LA AU PAIR

GEMA MEDINA



LA AU PAIR

GEMA MEDINA

Este libro es para mi mejor amigo, compañerito de todo, lector cero, mi estufita, almohada y hogar, entrenador personal, chófer, equipo siempre, masajista, pasado, presente y futuro, cocinero, amante, equilibrio, jugador dos, mi mitad y mi vida entera; para mi marido.

NOTA DE LA AUTORA

La música del grupo estadounidense Eagles tiene un papel muy importante y especial en esta historia.
Para una experiencia más inmersiva, recomiendo encarecidamente detenerse a escuchar las canciones
al mismo tiempo que van apareciendo en la novela.
Hay una lista de ellas al final del libro.

Somebody's gonna hurt someone
Before the night is through
Somebody's gonna come undone
There's nothin' we can do
Everybody wants to touch somebody
If it takes all night
Everybody wants to take a little chance
And make it come out right
There's gonna be a heartache tonight
A heartache tonight, I know
There's gonna be a heartache tonight
A heartache tonight, I know

EAGLES, HEARTACHE TONIGHT

1
LUCÍA

«La precariedad infantiliza». No recuerdo dónde escuché esa frase, pero es la que se me vino a la cabeza después de que mi madre abriese de par en par la puerta de mi habitación sin llamar ni pedir permiso, como de costumbre. La diferencia es que en ese momento no me encontró sentada en el escritorio trabajando, ni tampoco doblando ropa y guardándola en el armario, sino completamente desnuda y espatarrada mientras usaba el satisfyer y veía un vídeo que no tenía mucho argumento… Por decirlo de alguna forma.

Recreo los gritos y gestos de horror de mi madre mientras les narro la escena a mis amigos, que están aguantándose la risa. Hasta que les digo que, al intentar levantarme de la cama, con los nervios, lancé el *satisfyer* al aire y se cayó en el suelo, moviéndose en círculos sin parar de vibrar. Entonces ya ninguno de los dos puede más y rompen a carcajadas.

—Pero no os riais, hijos de puta, que si os hubiera pasado a vosotros…

—Ay, perdón, perdón. —Marina se limpia los lagrimales y suelta un suspirito—. Tía, ¿y tú cómo no pones un pestillito?

Le doy un sorbo al café y luego apoyo la espalda en la silla metálica. Estamos merendando en la terraza de nuestra cafetería favorita, la Q Pro Quo, que también es, a su vez, una librería. Empezamos a venir aquí casi todas las semanas cuando estábamos en la universidad y, a día de hoy, seguimos haciéndolo cuando

podemos. Aunque cada vez es más difícil encontrar un hueco que nos vaya bien a los tres.

Me paso las dos manos por la cabeza, entrelazando los dedos en mi cabello oscuro y pongo los ojos en blanco durante un segundo.

—No lo entendéis, de verdad. Y lo he intentado. —Le lanzo una mirada de desesperación a mi amiga—. Lo del pestillo, digo, pero mi padre dice que es su casa y que no le voy a prohibir entrar a ninguna habitación, que la ha pagado él con el sudor de su frente durante muchos años para que después venga yo y… Que solo estoy de prestado y que… —Doy una bocanada de aire y Álvaro y Marina comparten una mirada. Noto cómo se me acumulan las lágrimas—. Es que no me tratan como a un adulto. Voy a cumplir veintiocho años y me siguen tratando como si fuera una niña en todos los aspectos, ¡estoy harta! ¿La que me ha liado hoy? Como si me hubiese pillado cometiendo un asesinato. Tío, ¡que ella tiene tres hijos! —Mi tono de voz va subiendo a medida que me voy desahogando—. ¿Se va a escandalizar de que yo tenga vida sexual? ¿Qué pasa que soy la única persona del mundo que se masturba? ¡Nos masturbamos todos, coño! —Pego un golpe en la mesa—. ¿Nos masturbamos todos o no?

Mis amigos se sobresaltan con el golpe y la anciana de la mesa de al lado se me queda mirando completamente horrorizada. Y seguro que ella tiene cinco o seis hijos. Vuelvo a tomar aire y cierro los ojos mientras me cubro la cara.

—Sí, cariño, pero tranquilízate. Si tienes toda la razón del mundo, pero es que es una mierda todo —dice Álvaro mientras saca otro cigarro del paquete—. Mira que ya hace tres meses de la última manifestación por la vivienda y todo sigue igual. No sé a qué esperan para cambiar las cosas.

—Es que se reduce todo a lo mismo; a no poder permitirme un puto piso. Y como no puedo permitirme un puto piso, aunque trabaje, no tengo derecho a ser una adulta que viva su propia vida, sino que parece que estoy condenada de por vida a ser una extensión de mi madre.

—¡Perdona! —Marina llama al camarero—. ¿Nos traes una tila cuando puedas?

—Y no os creáis que ellos están contentos o que entienden mi situación. Más bien se encargan de dejarme bien clarito *todos los días* que ya tengo una edad, que tendría que buscar un trabajo mejor, que tendría que buscar una pareja porque con dos sueldos se vive mejor que con uno… —recito con un tono monótono— y, por supuesto, si no hago las tareas en el minuto en el que me las piden, de la forma exacta en la que me la piden —Uno el dedo índice con el pulgar y trazo varias líneas verticales en el aire— es que soy un desastre y una vaga. Sé que es muy raro esto que voy a decir —Gesticulo con las manos en el aire y luego me las llevo al pecho—, pero no encuentro otra forma de expresarlo: no me siento como si fuera una persona; como si fuera un ser humano. Es como si no tuviera vida, o como si la que tengo no me perteneciese… Que voy para los treinta y… No sé… —Rompo a llorar en silencio y hundo la cara en las palmas de las manos. Mis amigos acercan las sillas a la vez y me frotan la espalda.

—Si es que estamos todos igual. Nosotras porque vivimos en el pueblo, si no… Está Málaga imposible —explica Marina.

—Y yo compartiendo piso con cuatro desconocidos. —Álvaro suelta una pequeña risita que suena a «me río por no llorar»—. Si es que al final vamos a tener todos que picar billete, no nos va a quedar otra.

—Pues no te creas que no lo he pensado, ¿eh? —Arqueo las cejas —. Lo que pasa que, ¿adónde? Es muy complicado irte sin tener contactos o sin encontrar un trabajo desde aquí.

—No, y sin dinero… —concuerda mi amigo— a ver quién es la guapa que paga el avión y luego encuentra alojamiento y trabajo sin que nadie le ayude.

El camarero se acerca y coloca la taza de tila enfrente de mí. Le echo el sobre de azúcar y la empiezo a remover con la cucharilla.

—Tío, pues una amiga del novio de la mejor amiga de mi prima Almudena se fue dos años y medio a Londres y ahora en noviembre vuelve otra vez —cuenta Marina—. Dice mi prima que está super contenta, y que es prácticamente bilingüe ya.

Coloco los codos sobre la mesa y me inclino un poco, interesada por lo que explica mi amiga.

—Y ¿cómo lo ha hecho? ¿En qué empresa le han cogido? Para echar el currículum, vaya.

—No, no es una empresa. Se fue de au pair.

—Ah, la hija de una que trabaja en mi oficina también se fue así, pero ella a Estados Unidos. Yo la tengo en el Instagram y parece que está siempre de vacaciones, la muy hija de puta —dice Álvaro.

—¿¡Estados Unidos!? —Abro los ojos con sorpresa—. ¿Y qué piden para ser…?

—Au pair —repiten los dos a la vez.

—Eso.

—Pues creo que hablar inglés, que nosotros con la carrera lo tenemos más que acreditado creo yo, y tal vez experiencia trabajando con niños… Pues oye, cumples las dos cosas.

—Pues míralo cuando puedas, nena, a ver si suena la flauta por ahí —dice Álvaro.

◆ ◆ ◆

Después de llegar a casa, darme una ducha y cenar, me pongo en el ordenador a investigar sobre el tema. Me empiezo a empapar de toda la información que voy encontrando y veo que cada país es un mundo. Por ejemplo, no piden los mismos requisitos en Alemania que en Portugal, y la cosa varía bastante si comparas Inglaterra con Estados Unidos. En algunos lugares solo aceptan personas hasta los veinticinco años, y esto me hace sentir que llego tarde a todo. También es obligatorio tener el carnet de conducir y ser soltero. Bueno, al menos, lo del coche y lo del estado civil sí que lo cumplo.

Antes de que me dé cuenta, son las tres de la mañana y me he pasado horas y horas visitando las páginas de diferentes agencias y viendo vídeos en Youtube de chicas contando su experiencia, que son —en la inmensa mayoría— positivas; todas ellas hablan del mejor año de sus vidas y de cómo han mejorado con el idioma de una forma natural y sin esfuerzo.

A la mañana siguiente, sobre las nueve y media, me despierta una llamada de mi jefe. No tengo que entrar hasta las cuatro de la tarde,

así que lo dejo sonar y, cuando acaba, descubro que tengo el Whatsapp lleno de mensajes suyos:

Jaime: Lucía, buenos días, te estoy llamando y no me lo coges. 9:29
Jaime: Necesito que abras hoy la academia una hora antes. Me han avisado que los de tercero tienen un examen la semana que viene y lo llevan fatal. Prepara material para cada uno según lo que lleven más flojo. Te mando un pdf con todo lo que les entra. 9:32

Y otros cuantos por el grupo de profesores:

Jaime: Buenos días a todos. Os recuerdo que es vuestra responsabilidad mantener las aulas limpias. Que nadie vuelva a irse sin barrer y limpiar las mesas o se considerará abandono del puesto de trabajo y se procederá a un despido disciplinario. 7:15
Jaime: Por otra parte, no se está cuidando el material, que tanto dinero vale. Ayer me encontré las plastilinas nuevas todas mezcladas y convertidas en un pegote negro. La compra de otras plastilinas se te descontará de la nómina de este mes, Charlotte, ya que esto ha sucedido en tu clase, pero que sirva de precedente para los demás. 7:28

Resoplo y dejo caer el móvil en la cama. No sé cómo se las apaña Jaime, pero raro es el día que no nos manda unos cuantos mensajitos de «buenos días».

Salgo de mi cuarto y, después de usar el baño, voy a la cocina a prepararme el desayuno, donde me encuentro a mis padres. Sé que mi madre ya le habrá contado lo que pasó ayer, así que soy incapaz de mirarlos a los ojos.

—¿A qué hora te acostaste anoche? Fui a hacer pipí a las dos y media y todavía tenías la luz encendida.

—¿Qué estabas haciendo? —Se une mi madre con cierto retintín en la voz.

Intento no reaccionar y disimular la ansiedad que me causa que me traten así. Me sirvo una taza de café para hacer tiempo y luego me siento con ellos en la mesa.

—Estaba buscando material para clase. Jaime me ha pedido que organice un taller, así que seguramente trabaje horas extra la semana que viene —explico, mintiendo solo sobre lo que estaba haciendo anoche.

—Pero ¿de las que se pagan o de las que no? —pregunta mi padre —. Porque estás todo el día trabajando y luego no te da el sueldo ni para pipas. Y después no veas lo que viene de luz.

Me humedezco los labios con la mirada fija en el líquido negro de la taza.

—Si te lo decimos por tu bien, Lucía —continúa mi madre—. Lo hemos estado hablando y creemos que lo mejor es que te busques otra cosa. Algo con lo que puedas…

—¿Irme? —Levanto por primera vez la mirada y siento, por el tono de voz que se me escapa, como si les estuviese plantando cara.

—¿Tan descabellado te parece? Hija mía, que ya tienes una edad. Te hemos pagado las dos carreras, el máster, no sé cuántos títulos de inglés… Ya es hora de que te ocupes de ti misma. Nosotros también estamos apretados con la pensión de tu padre.

—¡Todos los meses os doy dinero para la casa!

—Y lo dices como si nos hicieses un favor —dice dibujando una minúscula sonrisa—. Además, que con la miseria que cobras cada mes… ni nos ayudas a nosotros, ni tú puedes ahorrar para el futuro. Lucía, tienes que buscarte un trabajo serio —sentencia mi padre.

Tomo aire y aprieto la mandíbula con fuerza a la vez que me pongo de pie, dejando el café, al que solo le he dado dos sorbos, encima de la mesa.

—Muy bien. No os preocupéis, que ahora mismo me voy a la copistería a imprimir currículums y a repartirlos por toda Málaga.

No les doy tiempo a responder, sino que salgo rápidamente de la cocina con la cabeza baja, sintiéndome, otra vez, como una niña.

◆ ◆ ◆

En lugar de ir a la copistería como les había dicho a mis padres, me voy a la biblioteca de la que era mi antigua facultad, la de Filosofía y Letras. Suelo venir aquí por las mañanas para preparar las clases de la tarde —sí, todas esas horas extra que los profesores le dedicamos a la empresa y no nos pagan ni en nuestros mejores sueños—. No sé muy bien por qué, pero me encanta venir aquí y estar durante horas trabajando en silencio. Creo que tiene que ver con el hecho de

que si me quedo en casa y mi madre me ve en el ordenador empieza a mandarme a hacer tareas, ya que, según ella, solo hago perder el tiempo. Además, la academia está a unos veinte minutos andando, así que suelo comer aquí y luego me doy un paseo hasta el trabajo.

Aunque debería preparar el material para esta tarde, ignoro el PDF que me ha mandado Jaime y vuelvo a mirar las agencias que descubrí anoche. Llego a la conclusión de que, puestos a elegir, la cosa estaría entre Inglaterra o Estados Unidos, por el tema del inglés. De Inglaterra no conozco mucho aparte de la historia y literatura, pero sé que siempre hace mal tiempo y que tienen un acento más marcado. Mientras que, de Estados Unidos… ¿cuántas películas he visto? ¡La gran mayoría de mis series favoritas se ambientan allí!: *Gossip Girl, Sexo en Nueva York, New Girl, Friends…*

Empiezo a recordar las tramas y los escenarios de las series que he visto una y otra vez. Y así es como yo, a mis veintisiete años de edad y sin haber puesto nunca un pie fuera de Andalucía, empiezo a fantasear con la idea de irme a vivir a los Estados Unidos. Tanto me emociono que la búsqueda se va cerrando y, tras registrarme en dos agencias, me centro exclusivamente en familias estadounidenses. El catálogo es inmenso de una forma abrumadora. Todas las familias parecen estupendas y maravillosas, aunque la página no muestra más que unos cuantos datos generales y una foto en conjunto.

Descubro que se puede filtrar la búsqueda por estados y, con la ilusión y el sentimiento de que todo es posible para el que se atreve, marco Nueva York.

◆ ◆ ◆

Después de las tres primeras horas de clase, el aula ya parece una auténtica leonera. Aprovecho para recoger ahora porque en las horas siguientes los alumnos son más mayores y no ensucian nada. A estas alturas de la tarde ya tengo la cabeza como un bombo de los gritos, las peleas, las regañinas, y de explicar el verbo *to be* siete millones de veces. En serio, ¿por qué les cuesta tanto?

Escucho la voz de Jaime decir mi nombre y, al girarme, lo encuentro apoyado en el marco de la puerta. Es alto, delgado, y va camino de quedarse calvo muy pronto. Viste un polo Lacoste y unos pantalones de pinza. Esta es la quinta academia en la que trabajo y, no sé por qué, pero todos los jefes que he tenido parecen cortados por el mismo patrón: cuarentones que vienen de buena familia y que tienen un cuerpo atlético, pero no de gimnasio, sino del típico tío aficionado al ciclismo o al pádel.

—Lucía —repite—, hoy te he llamado dos veces y no me has cogido el teléfono —dice con un tono acusador.

Creo que hay pocas cosas que me enfaden tanto en este mundo como que alguien que te llama te eche en cara que no has respondido la llamada. ¿Por qué crees que tengo que estar disponible en el preciso momento en el que decides llamarme? ¿Crees que debería dejar todo lo que estoy haciendo para atenderte sin que yo te haya dicho que estoy libre o te haya dado permiso para llamarme? ¿Por qué no me dejas un mensaje y yo te respondo cuando pueda?

Además, en el noventa y nueve por cierto de las ocasiones, las reuniones y llamadas se podrían resumir en un correo que nos ahorraría tiempo a todos. Pareciera que el hecho de que todos estemos con el teléfono las veinticuatro horas del día nos hace tener la obligación de estar disponibles y de atender a cualquier persona en todo momento, y lo odio. Hoy en día no es posible desconectar sin entrar en conflictos.

—Perdona, Jaime, estaba dando clases particulares y tenía el móvil en el bolso —miento.

Mi jefe se cruza de brazos.

—Lucía, te he dicho muchas veces que te traigas a esos alumnos a la academia, que es lo mejor para todos. Si trabajas aquí, trabajas aquí —me recrimina—. Además, así podría darte más horas. Te vienes por las mañanas y las das aquí.

—Se lo comentaré a la madre, a ver qué le parece —digo, obviamente sin ninguna intención de comentarle nada a la madre del niño ficticio al que doy clases imaginarias por las mañanas.

—Muy bien, háblalo con ella mañana por la mañana y luego me llamas —dice antes de irse.

Siempre que los jefes quieren que hagamos algo utilizan las palabras mágicas: «más horas», ya que en casi ninguna academia de idiomas se trabaja a tiempo completo, y saben que los profesores estamos lampando por trabajar más.

De hecho, con el tema de las horas siempre hay muchos chanchullos y competitividad entre los profesores; a principio de curso te hacen firmar un contrato de muy pocas horas, puede que doce o quince a la semana, y a la semana siguiente te dicen que se han creado nuevos grupos y tienes más horas. El resultado termina siendo que la mayoría de horas de clase se cobran en un sobre, en negro y con mucho secretismo, mientras que al banco te entra una nómina ridícula.

Los profesores, en lugar de ser honestos los unos con los otros y ponernos de acuerdo para exigir que se hagan las cosas bien, nos callamos e intentamos ser la persona a la que más horas le dan, fingiendo que somos tontos entre nosotros.

El ambiente es asqueroso. La gente es falsa e interesada, pero todos necesitamos el dinero y sabemos que, si nosotros no aceptamos todas las irregularidades, hay cincuenta profesores más esperando como locos por entrar a trabajar aquí.

Otra cosa que sucede mucho es que la gente se va constantemente, con la idea de encontrar algo mejor. Yo llevo aquí dos años y ya he visto salir a siete u ocho compañeros. A pesar de las sonrisas falsas cuando Jaime se pasea por las aulas, las fotos de grupo en las redes sociales de la academia y las cenas navideñas de empresa, ningún profesor está contento trabajando aquí. Ninguno lo ha estado nunca.

◆ ◆ ◆

La última clase, la de C1, termina a las diez. Para ese entonces el dolor de pies ya me está matando; es lo que tiene no tener silla y tener que dar todas las clases de pie —gracias por ser tan considerado, Jaime—. Después de caminar hasta la parada y coger

el metro y un autobús, llego a mi casa sobre las once menos veinte de la noche. Mis padres ya están acostados y yo no puedo alegrarme más de que haya silencio en la casa. Ceno algo rápido y, después de la ducha, me tiro en la cama con el portátil.

A mi lado, el teléfono vibra y la pantalla se enciende, mostrando el panel de notificaciones. Es el grupo del trabajo:

Jaime: Matthew, me ha llamado la mamá de Martina y me ha dicho que lleváis dos semanas haciendo la misma actividad en la hora de juego. Lo pongo por aquí porque va por y para todos: EL JUEGO TIENE QUE SER DIFERENTE EN CADA CLASE Y LO TENÉIS QUE TRAER PREPARADO DE CASA. Que no se vuelva a repetir. 00:42

Jaime: Pablo, también me han llamado para decirme que te han oído hablando español en clase. Lo mismo digo, va para todos: NO SE PUEDE HABLAR ESPAÑOL DELANTE DE LOS ALUMNOS. Somos una academia exclusivamente angloparlante. Si eres incapaz de expresarte al 100% en el idioma que ofertamos, dímelo y buscamos a otra persona. Buenas noches. 00:58

Madre mía, qué pesadilla de hombre. Una cosa está clara: no tiene vida más allá del trabajo, pero, como yo sí quiero tenerla, pongo el teléfono en modo avión y continúo mirando el catálogo de *host families* en el estado de Nueva York.

Al final, me vuelven a dar las tantas de la mañana hasta que decido enviarle una solicitud de entrevista a cinco familias. Luego cojo el móvil y lo vuelvo a conectar a internet para hacerle una foto a la pantalla del ordenador y enviarla por el grupo de Whatsapp que tengo con Álvaro y Marina. Junto con la imagen escribo: *I am actually doing this!!!*, a lo que me responden rápidamente con muchos emoticonos de caritas sorprendidas y aplausos.

2
LUCÍA

La espera se me hace eterna. Nadie contacta conmigo hasta que pasan seis días y, para entonces, ya he solicitado tres entrevistas más con diferentes familias. La semana siguiente tengo cuatro entrevistas a través de videollamada. Dos de las familias no me gustan y las conversaciones con ellas se vuelven bastante incómodas. Otra familia es bastante amable y formal y, con la última, acabo encantada; los Allen son maravillosos. Conectamos enseguida y no tardo en imaginarme una vida con ellos.

Me quedo otra vez a la espera hasta que, cinco días después, las dos familias con las que habría aceptado me mandan un email rechazándome. El mensaje parece bastante genérico: lamentan no poder ser mi *host family*, ya que han encontrado otro perfil que encaja mejor con ellos. Las otras dos ni siquiera vuelven a contactar conmigo.

Empiezo a desilusionarme un poco con el plan; pensaba que iba a ser todo más fácil y, sobre todo, más rápido. Durante un mes y medio tengo entrevistas con diferentes familias, algunas son un desastre, otras incómodas y otras van bien, pero terminan por elegir a otro candidato. Hasta que recibo dos correos con una carta de aceptación cada uno.

Las entrevistas con las dos familias que quieren contratarme fueron bastante similares: una conversación con la madre, preguntas genéricas, trato amable y cordial, alguna sonrisa… Nada especial, pero tampoco nada raro. Termino por elegir a los Keller por una

sencilla razón: la otra familia, los Baker, tienen cinco hijos mientras que ellos solo tienen dos, así que me imagino que el volumen de trabajo —y de estrés— será bastante menor. Acordamos concretar todos los detalles en las siguientes dos semanas, ya que, tanto a ellos como a mí, nos corre prisa por empezar lo más antes posible.

Y de esta forma, mientras lloro de felicidad y de emoción por la decisión que acabo de tomar, mi vida cambia para siempre.

◆ ◆ ◆

No le cuento nada a mis padres hasta que tengo los billetes de avión comprados, y menos mal, porque se lo toman fatal. Aguanto en silencio la charla que me echan sobre cómo me estoy equivocando y me explican los peligros del gravísimo error que estoy cometiendo. Les dejo terminar sin defender mi postura y siento lo mismo de siempre: que, para ellos, haga lo que haga está mal. Siempre piensan mal de mí, porque mis decisiones y pensamientos no son válidos, siempre están mal. Todo lo hago mal. Nunca seré suficiente para mis padres.

Me doy por fin el gustazo de dejar el trabajo en la academia, aunque Jaime insiste en que espera mi reincorporación el año que viene. Ya veremos qué pasa.

La semana antes de irme, la dedico a organizar mis cosas y a comprar muchas otras que me hacen falta. También, dedico un montón de tiempo a leer blogs sobre Estados Unidos y ver vídeos sobre historia y cultura.

Mis amigos me organizan una fiesta sorpresa de despedida que se llena de antiguos compañeros de la facultad y algún que otro rollete. Prometemos estar en contacto y hacer videollamadas siempre que podamos y me despido de Marina y Álvaro hasta el año siguiente.

Mis padres me llevan al aeropuerto y me despiden como si me fuera a la guerra. Mi padre no me ha dicho ni una sola palabra desde que les conté la noticia, y mi madre se pone a llorar y a llamar la atención de todos los que están alrededor. La forma en la que se comportan solo hace que me ponga más nerviosa y que sienta más ansiedad por el viaje. Dios, ¿por qué no pueden apoyarme y estar

felices por mí? ¿Por qué todo tiene que ser un drama que avecina el fin del mundo?

En el mismo momento en el que me siento en el avión y echo un vistazo a la pista de aterrizaje, me doy cuenta de que he empezado a respirar diferente. Me siento aliviada, libre y feliz. Por fin empieza mi vida. Ahora sí que sí.

Vuelo desde Málaga a Madrid y desde Madrid hasta Nueva York. Aunque el viaje es larguísimo, no se me hace pesado en absoluto. Veo una película y un par de capítulos de la serie que empecé la semana pasada, acabo el libro que me estoy leyendo y aprovecho para dormir el máximo tiempo posible cuando se hace de noche y apagan las luces.

Y, aunque los asientos de la clase turista no son los más cómodos del mundo y los ronquidos del vecino me despiertan cada dos por tres, estoy tan feliz de empezar esta nueva etapa que nada podría molestarme.

◆ ◆ ◆

El aeropuerto JFK parece gigantesco.

Al salir del avión, sigo al grupo de pasajeros y llegamos hasta las cintas, que están repletas de todo tipo de equipajes. Me cuesta hacerme un hueco entre tantas personas, pero al fin consigo acercarme lo suficiente para poder recoger mi maleta.

El único problema es que no aparece.

El grupo se va disolviendo a medida que van recogiendo sus pertenencias. Los pasajeros siguen su camino mientras que yo no puedo dejar de mirar a todas partes. ¿Dónde está mi maleta? ¿Por qué tarda tanto en salir? ¿La habrán perdido? ¿Me la habrán robado?

Cuando veo que una de las pocas maletas que quedan en la cinta, una azul con rayas blancas, da su tercera vuelta sin que su dueño la recoja, me doy cuenta de que me estoy comiendo las uñas y moviendo una de las piernas sin parar. Y, cuando atraviesa la puerta para dar su quinta vuelta, estoy a punto de echarme a llorar. Me llevo las manos a la cara y me aprieto los ojos a la vez que hago una

respiración profunda. Luego abro un poco los dedos, de forma que me estiro un poco los párpados, y, entonces, la veo.

Mi maleta se mueve lentamente encima de la cinta y aprecio con facilidad que tiene un pedazo de bollo en la parte derecha, algo que no tenía antes. Muchas gracias, aeropuerto.

Aun así, estoy tan aliviada de que no se haya perdido que ignoro por completo el detalle y, sin esperar que llegue hasta a mí, avanzo para recogerla.

Joder, no recordaba que pesara tanto. Me cuesta bastante levantarla de la cinta. Aunque, bueno, para ser justos, fue mi padre quien la llevó todo el tiempo en Málaga. Así que ahora me toca a mí cargar con ella.

Ahora tengo que encontrar la salida. Seguro que hay un montón de carteles con los que orientarme. Me giro sobre mí misma a la vez que tiro de la maleta, que rueda en el suelo y, justo al levantar la vista, me encuentro a un hombre muy cerca de mí, mirándome.

Doy un salto y me llevo la mano al pecho del susto.

—Buenas tardes, señorita —dice en inglés—. ¿Le importaría acompañarme?

Trago saliva con la mirada fija en la placa de policía. Con los nervios no me sale ni una sola palabra, así que asiento con la cabeza y él me hace un gesto para que lo siga.

Es un hombre de mediana edad, con el pelo plateado, un poco más alto que yo y bastante tranquilo. Nos apartamos de la zona de las maletas y caminamos más hasta llegar a un pasillo que parece privado. Atravesamos una puerta y llegamos a una pequeña habitación sin ventanas, en la que hay una mesa de plástico duro, tres sillas a juego y una máquina de agua potable. Me indica que me siente y le hago caso. Luego veo que se está poniendo unos guantes de látex.

Noto mi pulso latir con fuerza en el inicio de mi garganta. Tengo la boca completamente seca. No entiendo nada.

El policía coge mi maleta y la pone encima de la mesa. Luego la abre y empieza a sacar mis pertenencias y a examinarlas con detenimiento.

Pasan unos minutos cuando entran dos policías más al minúsculo cuarto. Pero estos son muy diferentes al primero: ambos son enormes y con cara de muy pocos amigos. Uno se sienta en la silla que tengo enfrente, y el otro se acerca hasta mí y se queda de pie, justo a mi lado. Incluso puedo oír su respiración y sentir su olor.

El que se ha sentado enfrente abre una pequeña libreta que coloca también en la mesa, al lado de mi maleta, que sigue siendo examinada. Mira las páginas y le da tres veces seguidas al botón del bolígrafo.

—Nombre completo y pasaporte.

Intento responder, pero tengo un nudo en la garganta y solo me sale un sonido raro que hace que él levante la vista y baje las cejas.

—¿No habla inglés?

—Sí —digo al fin—. Sí, hablo, perdón.

El policía parece ignorar mi comentario, porque se dirige a su compañero y le pide que traiga a alguien que hable español.

Esperamos unos minutos más en el silencio más incómodo de mi vida hasta que llega un cuarto policía.

—Buenas tardes —saluda al llegar—. Hola —se dirige a mí en español, en lo que me parece un acento cubano—. ¿Puedo ver su pasaporte?

—Sí, claro.

Lo busco en mi bolso y luego se lo entrego. Lo mira cuidadosamente y después se lo da abierto a su compañero, el que sigue sentado, que también lo revisa.

—Muy bien, señora Almenar, nosotros somos de inmigración y le vamos a hacer unas preguntas rutinarias para comprobar que está todo bien, ¿de acuerdo?

Que cuál es el motivo de mi visita. Que qué vengo a hacer a los Estados Unidos de América. Que si llevo armas o drogas encima, que si he consumido alguna. Que si he venido antes o si planeo quedarme de forma ilegal, que cuál es mi país de origen. Que cuál es mi profesión, que si viajo sola o tengo alguna condena en mi país, que si pertenezco a alguna banda criminal, que cuánto dinero llevo en efectivo, que si uso tarjetas de crédito. Que dónde me hospedo y quién es mi contacto, que qué tipo de visa tengo, que si planeo

quedarme de forma ilegal, me repiten para ver si respondo lo mismo de antes.

Cuando terminamos, tengo el cuello empapado en sudor frío. Me dan un par de minutos para volver a doblar la ropa y organizar la maleta, me desean una feliz estancia en Estados Unidos y, después de casi una hora de interrogatorio, me dejan marchar.

◆ ◆ ◆

La cantidad de gente circulando de un lado a otro, hablando en voz alta y arrastrando sus maletas cerca de mí me abruma bastante y, por un momento, la ansiedad se apodera completamente de mí y la situación me sobrepasa. Decido irme a una esquina apartada y tomo aire para intentar calmarme. *No pasa nada, Lucía, está todo bien. No ha pasado nada. Está todo bien.* Consigo tranquilizarme a mí misma y me obligo a pensar en lo siguiente que tengo que hacer.

Saco mi teléfono del bolso y lo reviso por si Olivia, mi *host mom*, me ha vuelto a escribir. Acordamos vernos en la T4, que es donde llegan los vuelos internacionales, así que le escribo otro mensaje para decirle que, aunque me he retrasado un poco en el control de seguridad, ya estoy aquí.

Y me quedo esperando.

Cuando pasa media hora sin que Olivia aparezca ni me conteste al mensaje, me empiezo a impacientar, pero de nuevo intento calmarme a mí misma pensando que seguro que está en un atasco. Al fin y al cabo, el tráfico de Nueva York tiene que ser una auténtica locura.

Después de cuarenta y cinco minutos esperando, oigo una voz de mujer hablarme en inglés.

—¡Lucy, estoy aquí!

Reconozco la voz de Olivia de las dos veces que hemos hablado por videollamada, solo que, al girarme, me llevo una sorpresa que no esperaba.

Una sorpresa bien grande.

—Ho-hola —digo sin poder evitar que la vista se me vaya a su barriga.

Esta mujer está embarazada de, al menos, siete u ocho meses. No había mencionado nada del tema y, en la pantalla, solo se le veía la cara. Aunque, por otra parte, pienso que podría haberlo dicho y tal vez se me haya escapado; a veces habla muy rápido y me cuesta pillar alguna que otra palabra. Sin duda alguna, me va a venir bien sumergirme por completo en el lenguaje para perfeccionar mi inglés.

—¡Hola, guapa! —Se sujeta las lumbares con una mano y la barriga con la otra mientras se acerca para saludarme con un abrazo rápido—. Discúlpame por llegar tarde, he pillado un atasco horrible.

—¡No pasa nada! —Le quito hierro al asunto con un gesto de mano.

Olivia mira mi maleta gigante y me sonríe.

—No te voy a poder ayudar con eso; ya casi no puedo ni conmigo misma. —Se señala la tripa y se ríe.

—Oh, no, no te preocupes, puedo sin problemas.

—Muy bien. Vamos al coche entonces —dice mientras se recoge la media melena pelirroja en una coleta baja.

◆ ◆ ◆

Llevamos algo más de una hora en la carretera y Olivia parece algo más seria ahora. Creo que se ha empezado a encontrar mal de repente porque ha dejado de hablar y de sonreír. Mientras tanto, yo me siento algo mareada del hambre y del viaje, y también desorientada por el cambio de hora.

—Y ¿en qué distrito está vuestro apartamento? En la información que da la agencia solo viene el estado. Por privacidad, me imagino.

—¿Apartamento? Humm, no, nosotros vivimos en una casa.

—¿Una casa? ¿En Nueva York? Pensaba que todos vivíais en apartamentos.

Olivia suelta una carcajada que me hace sentir tonta.

—En Brooklyn o en Manhattan puede, pero no donde vivimos nosotros. —Me mira con una sonrisa pícara—. Tú has visto muchas películas, ¿no?

Le correspondo el comentario con una risa incómoda.

—Entonces, ¿en cuál de los cinco distritos está la casa?

—En ninguno.

—¿Có-Cómo que en ninguno? —Me empiezo a poner nerviosa.

—Vivimos en Elizabethtown, en el condado de Essex. Oye —Me vuelve a mirar y frunce el ceño y los labios en lo que casi parece un gesto de asco—, ¿tú no decías que tenías estudios universitarios?

Soy incapaz de contestar a su pregunta y se vuelve a crear un silencio incómodo entre nosotras.

Me enfoco en el paisaje. El cansancio por el viaje y la monotonía de la carretera hacen que me entre un sueño terrible y, sin querer, me acabo quedando dormida con la cabeza apoyada en el cristal de la ventana.

◆ ◆ ◆

Una mano me zarandea el antebrazo con suavidad.

—Lucy, despierta. Ya hemos llegado.

Abro los ojos y veo la cara de Olivia tan cerca de la mía que doy un sobresalto.

—Ay, perdón, que me he dormido —digo avergonzada.

—No te preocupes. Mira —Señala mi ventanilla con un dedo—, esta es nuestra casa, ¿no es encantadora?

Me giro para verla y no puedo estar más de acuerdo con ella; ¡menuda casa! Es la típica que sale en las pelis americanas: gigante y preciosa. La fachada parece estar recubierta por madera pintada de blanco y, con el sol del atardecer, reluce de una forma preciosa. También tiene el típico porche elevado en la parte delantera, con cuatro escalones que conducen a la puerta. Justo ahí hay una mesita y unas sillas de madera que son una monada.

Salgo del coche, que Olivia ha aparcado en la zona del garaje, justo al lado de otro todoterreno, y miro alrededor. No hay nada aparte del camino asfaltado por el que parece que hemos entrado. El terreno de la casa está cubierto por césped repleto de hojas y árboles —algunos secos y otros pintados en tonos anaranjados y marrones—. No hay ninguna casa al lado, ni ninguna tienda o edificio. La casa está completamente aislada. Me pregunto cuánto se tardará en llegar al lugar más cercano.

Saco mi equipaje del maletero del todoterreno de Olivia y la sigo hasta la entrada de la casa. En el camino, veo aparecer a un labrador de color chocolate que viene corriendo hacia nosotras a toda prisa. Al verme, se para de golpe y empieza a ladrar y a gruñir con el pelaje erizado.

—¡Buster! ¡Ya está bien! No pasa nada. —Le regaña hasta que consigue que se vaya corriendo—. Es un perro muy bueno, pero es muy protector y no le gustan para nada los extraños. Ya verás, cuando te conozca, lo cariñoso que es.

Lo primero que noto al cruzar la puerta es que está todo muy oscuro, casi como si todas las ventanas estuvieran cubiertas y, además, siento un fuerte olor a cerrado.

—Pasa, pasa. —Olivia me invita con la mano mientras cruza el pasillo principal delante de mí.

A la derecha dejamos una escalera que sube y entramos por la puerta doble que hay en el lado izquierdo. Es el salón, donde encontramos una televisión de plasma enorme que está encendida y en la que veo unos dibujos animados que no reconozco.

Olivia rodea el sofá verde en forma de U y yo le imito para encontrar a los niños tumbados en él. Son mucho más pequeños de lo que parecían en las fotos. ¡Uno de ellos es prácticamente un bebé!

—¡Mamáááá! —El mayor se pone de pie encima del sofá y empieza a llorar como un loco.

El pequeño, que estaba durmiendo, se quita el chupete y se frota los ojos.

—Ya, cariño, ya. —Olivia lo coge en brazos—. Este es Ryan Junior; RJ. Y ella es Lucy —le explica a él— y a partir de hoy va a encargarse de vosotros.

El niño se me queda mirando con un gesto de horror y, tras mostrar el labio inferior, rompe a llorar como si lo estuvieran matando. Dios mío, ¿qué impresión voy a dar a los padres si los niños me odian? Necesito ganármelos para mantener este trabajo.

—Ay, ya está, ya está. —Olivia lo mece mientras el niño se refugia en ella sin dejar de berrear—. Se acerca la hora de acostarse, y es cuando más tontos se ponen. Ahora a comer algo y a la cama,

venga, que Lucy os va a preparar la cena. —Creo que mi cara refleja el miedo que estoy sintiendo de quedarme a cargo de estos dos niños tan pequeños, porque Olivia comenta: —¿Qué pasa? Tu contrato empieza hoy, ¿no? Aquí has venido a trabajar, querida.

—Sí, sí, por supuesto. Disculpa, es solo que estoy un poco desorientada con el *jet lag*. Para mí son como las…

—…pues vete acostumbrando —me interrumpe y su gesto se vuelve aún más serio—, porque estás en América, no en tu país. Así que venga, a la cocina a preparar la cena. No soy capaz de hacer otra cosa que no sea asentir y obedecer. Todavía no he podido dejar las cosas en mi habitación —ni verla—, ni tampoco usar el baño, y Olivia ya me está mandando tareas. Pensaba que la primera semana sería para conocer a la familia, y también la ciudad. Aunque, viéndolo así, ella tiene razón: mi contrato empieza hoy y yo he venido aquí a trabajar, no a hacer turismo.

Olivia levanta al niño pequeño y me lo da para que lo coja en brazos. Me guía hasta la gigantesca cocina, que está al final del pasillo y que también parece de película, y me dice que va a ducharse, que cuando terminen de cenar los acueste.

—De acuerdo —murmuro mientras la veo desaparecer por el pasillo.

No me ha dado ninguna indicación ni me ha dicho lo que tengo que preparar.

—*Hambe*… —se queja RJ.

—¡Ahora mismo lo solucionamos! ¿Qué soléis cenar?

RJ se encoge de hombros y no me dice nada.

—Eh…, bueno, vamos a ver qué hay por aquí —digo a la vez que abro el frigorífico de dos puertas.

La nevera, a pesar de ser la más grande que he visto en mi vida, está prácticamente vacía. Me imagino que Olivia, con los niños, el embarazo, y los preparativos para que yo venga, no habrá tenido tiempo de nada. Aunque me pregunto dónde está su marido.

Termino haciéndoles algo rápido: un par de tortillas francesas con queso y jamón cocido. Los dos me esperan en la mesa que enfrenta la isla de la cocina y, cuando le pongo los platos delante, empiezan a

devorar la comida con tanta rapidez que tengo que pedirles que coman tranquilos por miedo a que se atraganten.

—Oye, pequeñito, ¿y tú cómo te llamas?

El bebé levanta la mirada del plato y, sin soltar el tenedor y con la boca llena de comida, empieza a balbucear:

—*Pah…Pah…Que…*

Frunzo el ceño y me acerco un poco a él.

—¿Cómo?

—Parker —dice su hermano—. Él llama Parker.

—Anda, ¡qué bonito! ¿Y cuántos años tenéis?

Parker, después de mirarse la mano y quedarse pensando un rato, me muestra un dedo. RJ me enseña dos. Intento hablar un poco más con ellos durante la cena, pero los dos están muy callados, especialmente el pequeño, que parece que solo sabe un par de palabras. RJ habla un poco mejor, pero, aun así, a veces no se le entiende y no pronuncia muy bien la mitad de lo que dice.

Después de cenar y de lavar rápidamente los platos, los niños me guían hasta su habitación, en el piso de arriba. El desorden del cuarto y el olor no pasan desapercibidos. Mañana tendré que ponerme las pilas y empezar a limpiar toda la casa. Ahora entiendo muy bien por qué Olivia necesitaba una au pair; está casa es enorme para mantenerla limpia y ordenada y, al mismo tiempo, tener que cuidar de dos niños pequeños y estar a punto de recibir a un tercero. Por no hablar de cómo se debe de sentir físicamente con el barrigón que tiene ya… Pobrecita.

Los niños se quedan en la cama sin rechistar, parece que están agotados. Vuelvo a la planta de abajo en busca de Olivia y la encuentro sentada en el sofá del salón con las piernas en alto mientras se agarra la barriga con las dos manos. Hace una mueca amable al verme.

—Ya han cenado y se han acostado. Parecen unos niños encantadores. —Sonrío y me siento en la otra punta del sofá.

—Ya cambiarás de idea —dice con una risita y, con mucha dificultad y agarrándose las lumbares, se levanta—. No te sientes, voy a enseñarte tu habitación, que estoy deseando acostarme. Esta niña me está matando.

La sigo hasta el final del pasillo. Al lado de la entrada de la cocina hay dos puertas más. La que está inmediatamente al lado está entreabierta y puedo ver que es un baño y, al lado de este, hay una puerta metálica y blanca. Olivia se para delante y se queda mirándome.

—Aquí es. Mañana, con la luz del día, te enseñaré mejor la casa y te explicaré todas tus tareas. Disculpa el desastre; estoy teniendo… complicaciones en la recta final del embarazo, y con Ryan fuera, los niños, la barriga… —Se señala y luego se pasa los dedos por los lagrimales. Noto cómo brillan sus ojos verdes—. Perdona, Lucy, estoy saturada. No sabes cuánto te necesitaba —me sonríe y me provoca tanta ternura que me dan ganas de abrazarla, pero me contengo.

—Claro que sí, Olivia, yo te voy a ayudar en todo lo que esté en mi mano.

Nos volvemos a sonreír y luego abre la puerta que, para mi sorpresa, no da directamente a una habitación, sino a unas largas escaleras de madera que bajan. Un escalofrío me recorre la nuca y trago saliva al ver la profunda oscuridad que hay tras la puerta que Olivia sigue sujetando.

—Vas a disculparme que no baje contigo, pero ya tengo suficiente con subir las escaleras hasta mi habitación. Créeme que estoy tentada de dormir en el sofá. —Arquea las cejas—. Ayer vestí la cama de limpio, y en el armario tienes otra manta por si te da frío. Mañana podrás sacar el resto de trastos del armario y meter tu ropa. Ah, y otra cosa… —Se toca la frente con un gesto de haber recordado algo—. La ventana está un poco abierta, pero no intentes cerrarla del todo, por favor. Está rota y se atasca enseguida. Tenemos que reemplazarla, pero ya se encargará Ryan cuando vuelva. Buenas noches, Lucy, mañana a las seis nos vemos en la cocina. Que descanses.

—Bu-buenas noches —le digo a Olivia, pero ella ya se ha dado media vuelta y se ha perdido en la oscuridad del pasillo.

Miro de nuevo hacia las escaleras que bajan y vuelvo a tragar saliva. Se me ha quedado la garganta totalmente seca y me doy

cuenta de que no tengo ni una triste botella de agua para pasar la noche.

Busco a tientas algún interruptor antes de poner un solo pie en las escaleras y, gracias a Dios, encuentro uno y el lugar se ilumina. La luz es tenue, pero al menos es estable y no parpadea como en las pelis de miedo. Como decía mi abuela: menos da una piedra.

Bajo con cuidado para hacer el menor ruido posible al arrastrar la maleta y, cuando llevo un par de escalones, la puerta se cierra de golpe y casi me caigo escalera abajo del susto que me llevo.

Llego por fin a *mi habitación*, aún con el corazón en la garganta, y me quedo en shock durante unos segundos.

Esto no es una habitación.

Es el sótano.

Es un espacio rectangular con un par de muebles viejos, un armario lacado y una cama de setenta en una esquina. Miro hacia arriba y veo que el techo está completamente cubierto por cañerías y, a un lado, veo una cortina pequeña que me imagino que está tapando la ventana de la que me hablaba Olivia. Me pregunto por qué me ha dicho que no intente cerrarla, si de todos modos no podría llegar sin unas escaleras. Bueno, al menos así esto ventila un poco. Menos mal que aún queda para que llegue el frío.

Me siento en la estrecha cama y los muelles crujen de forma ruidosa debajo de mí. Veo que las paredes tienen el cemento descubierto y están llenas de desconchones por todas partes. Solo una de ellas está cubierta con un papel estampado de color turquesa con flores blancas. Es la pared que queda enfrente de las escaleras y la que sujeta el cabecero de la cama. Si me fijo bien, veo que el papel no está muy bien pegado, que está algo desgastado y hay pequeñas burbujas que crean un efecto óptico en algunas zonas, haciendo que la pared parezca abultada.

Será mejor que no lo toque, no quiero que se despegue más y que Olivia me culpe de fastidiar la única pared que está algo más bonita. Hay también una cómoda que debe de tener más años que yo. Supongo que tendré que usarla como mesita de noche.

Me encantaría poder enviarle un mensaje a mis amigos y a mis padres para decirles que estoy bien, porque sé que estarán

preocupados, pero Olivia no me ha dado la clave del wifi y mi móvil no tiene datos aquí, así que eso tendrá que esperar hasta mañana.

Abro la maleta de par en par en el suelo y, tras ponerme el pijama, me meto en la cama y apago la luz. El mal olor a humedad y cañerías del sótano, la brisa fresca que se cuela por la ventana y el constante goteo de las tuberías me hacen sentir incómoda de una forma que no logro explicar. Aun así, estoy tan cansada que no tardo en conciliar el sueño. Mi cabeza hace un repaso rápido de todo lo acontecido en el día de hoy y, un segundo antes de quedarme completamente dormida, me surge una pregunta: ¿Quién estaba a cargo de los niños mientras Olivia iba a recogerme al aeropuerto?

3
LUCÍA

A las seis menos cinco de la mañana ya estoy de pie en la cocina como un clavo esperando a Olivia. Todavía sigo muy desorientada con el cambio de hora y me he despertado un par de veces esta noche, pero me siento bastante descansada y con ganas de empezar el día.

Dan las seis y media sin que nadie aparezca, así que decido preparar café y, si encuentro algo comestible, el desayuno. Termino haciendo huevos revueltos y beicon, algo con lo que no puedo fallar en este país. Con este desayuno se terminan los huevos y en la nevera solo quedan un par de paquetes de queso en loncha, algunas verduras y una botella grande que llama mi atención. Parece leche, pero, ¿en una garrafa? La sostengo delante de mi cara y agito el líquido blanco que queda en su interior. Abro el tapón y huelo la boquilla. Me aguanto una arcada cuando el olor a podrido me llega. Vuelvo a cerrar la garrafa y la tiro en el cubo de basura.

A las siete, RJ entra en la cocina de la mano de su hermano pequeño.

—¡Buenos días! ¿Habéis bajado vosotros solitos?

—Yo ayudo Parker —explica Junior, todo orgulloso.

—Muy bien, RJ, pero hay que tener cuidado con las escaleras. Bueno, ¿tenéis hambre?

—¡Síííí! —exclaman a la vez y se sientan para empezar a comer.

—¿Dónde está mamá?

—Mamá, ma-má —balbucea Parker.

—No lo sé —dice Junior mientras mastica y se encoje de hombros.

—Bueno, seguirá durmiendo, estará muy cansada de tener a la hermanita en la barriga —le explico.

Después de desayunar, los niños me piden ir al salón a ver los dibujos y yo, mientras, lavo los platos sucios. A las nueve y media, Olivia entra en la cocina.

—Buenos días. ¡Qué bien huele!

—Buenos días, Olivia, ¿quieres desayunar?

—¡Por favor! Me estoy muriendo de hambre. Estoy todo el día igual, por mucho que coma. —Retira la silla y, con una mano en la parte baja de la espalda, se sienta muy despacio. Luego se junta la melena ondulada con las manos y la deja reposar en su espalda.

—¿Los embarazos de los niños también fueron complicados?

Hace un gesto con la mano en el aire, como si dijera: «para nada». Le pongo el plato con los huevos y el beicon delante.

—El de Junior fue difícil, pero no por lo físico, sino por lo asustada que estaba. Era primeriza y me daba miedo absolutamente to-do —explica poniendo énfasis en sus palabras—. Mientras que con Parker fue una maravilla. Disfrute cada segundo, te lo juro, pero con…

Los niños entran corriendo a la cocina mientras dan voces y se ríen, jugando el uno con el otro. Parker se lanza a los brazos de Olivia nada más verla y ella le corresponde.

—Buenos días, cielo.

—Ma-má, ma-má, mamá.

—RJ, ¿y tú no le das los buenos días a mamá? —pregunta Olivia.

El niño me tira de la mano y levanta un dedito, como queriendo decirme algo. Se acerca a ella y le señala la barriga.

—Em. Em-ery.

Olivia y yo nos miramos y ella esboza una tierna sonrisa.

—Sí, mi amor, la hermanita está aquí. —Entonces le toma la mano a su hijo y le guía para que le toque la tripa.

—*manita* —balbucea Parker, que también se une para sentir a su hermana.

—Es un nombre precioso, Olivia. Me encanta, de verdad.

—Es por la hermana de Ryan. Falleció hace ocho años. Cáncer.

Me llevo una mano a la boca.

—Cuánto lo siento. Es un gesto precioso.

Ella se humedece los labios mientras balancea la cabeza para asentir.

◆ ◆ ◆

Olivia me enseña la casa al completo, empezando por el cuarto de la lavandería, el cual se entra desde la misma cocina. Al lado de la secadora hay una puerta que da al patio trasero y que también me muestra. Hay unos columpios para los niños y un pequeño cobertizo al final del terreno, al lado de la caseta de Buster. También hay una mesa con un par de sillas. Es un espacio muy amplio y está recubierto casi al completo por hierba verde y hojas secas caídas de los árboles del alrededor.

Luego me enseña el baño que está al lado de la puerta del sótano y después caminamos hasta el otro extremo del pasillo para subir las escaleras, que están al lado de la puerta principal y de las puertas dobles que llevan al salón. Al subir, vemos otra vez la habitación de los niños y me comenta que tengo mucho trabajo por delante.

Después vamos al cuarto de al lado y entramos dentro. Es una habitación grande, decorada a modo de oficina; las paredes están recubiertas por grandes estanterías y hay varios muebles archivadores. Presidiendo el cuarto hay un gran escritorio de madera maciza con un ordenador de mesa.

—Este es el despacho de mi marido. Cuando está en casa lo usa mucho, es incapaz de desconectar del trabajo.

—Y ¿cuándo va a venir?

Olivia se gira hacia a mí. La forma en la que su mirada me atraviesa hace que me estremezca sin saber por qué.

—Vino hace un mes y medio. Antes venía mucho más a menudo, pero la base militar en la que está ha triplicado el volumen de trabajo por razones que no entenderías ni aunque te lo explicase, así que no le es posible venir cada fin de semana. ¿Por qué estás tan interesada en mi marido?

Trago saliva tan fuerte que creo que Olivia puede oírlo.

—N-n-o, yo… Por saber… sobre vosotros —titubeo—. Para adaptarme mejor.

—Ya. —Se cruza de brazos—. Bueno, aquí acaba el tour; Tanto nuestro dormitorio como el baño que hay dentro son privados y no tienes permitida la entrada bajo ninguna circunstancia. Y el baño de los niños es la puerta de al lado de su habitación. No hace falta que te lo enseñe.

—Cla-claro, sin problema.

—Voy a quedarme aquí redactando tus horarios, normas y deberes, mientras, ponte a limpiar toda la casa. En el cuarto de la lavandería encontrarás todo lo necesario para hacerlo. En cuanto termine de escribir estas cosas, iré a hacer la compra. Y no te olvides de estar pendiente de los niños y comprobar constantemente si están bien o si necesitan algo.

—¡Perfecto! Me pongo a ello ahora mismo. —Me giro sobre mis talones, un tanto aliviada por poner fin a esta conversación.

—Ah, y, Lucy…

Glup

—…recuerda que estás en el periodo de prueba. Si no estamos contentos contigo no tendré ningún problema en mandarte de vuelta a tu país. Por muy mal que estéis allí.

◆ ◆ ◆

Creo que nunca he limpiado tanto en mi vida, y me da la sensación de que nadie lo ha hecho en esta casa durante semanas. Cuando estoy con el baño de abajo, Olivia viene a decirme que me ha dejado los papeles en la oficina, y que los lea cuando acabe de limpiar. Luego me informa de que se va a hacer la compra y que volverá en un rato.

Después de unas cuantas horas, solo me queda por limpiar la oficina y el sótano —sin contar la habitación de los padres, a la cual no me dejan entrar—. Dejo el sótano para lo último y me pongo manos a la obra con el despacho. Veo los papeles de los que me hablaba Olivia encima del escritorio y, después de doblarlos, me los guardo en el bolsillo de la chaqueta. También aprovecho para mirar

la parte de atrás del rúter, que está al lado del ordenador, para que mi móvil vuelva a tener internet. Una vez que se conecta al wifi, las notificaciones empiezan a sonar una tras otra, así que pongo el teléfono en silencio y me lo guardo en el bolsillo.

Tras terminar en la oficina y comprobar otra vez que los niños están bien, me voy a mi habitación y, tras limpiarla rápidamente, me dejo caer sobre la cama.

Menuda paliza de día. Si esta casa me parecía grande anoche, hoy me parece un maldito castillo. Qué pechá de limpiar, por Dios. Estoy completamente agotada.

Aprovecho para leer los mensajes que no me habían llegado hasta ahora y les dejo un audio de voz a mis padres y otro a mis amigos diciéndoles que estoy bien, que va todo genial, y prometiéndoles que les llamaré pronto para ponerles al día.

Me pongo a sacar las cosas del armario para hacerle hueco a mi ropa. La mayoría son mantas y ropa de Olivia. También encuentro una caja de cartón que tiene enseres personales: peine, cepillo de dientes, champú, crema hidratante, perfume… Me imagino que esto lo habrán dejado para mí, ¡qué detalle!

Pulverizo un poco de perfume en mi muñeca izquierda y la agito antes de olerla. El olor a rosas me envuelve y decido echar un poco también en la cama y por el resto de la habitación, a ver si así consigo que se vaya el olor a humedad. Acomodo mi ropa junto con la de Olivia y, para mi sorpresa, cabe todo en el armario excepto dos mantas que dejo a los pies de la cama.

Vuelvo arriba con los niños, que me piden ir al patio. Cuando salimos fuera, Buster gruñe al verme y luego acompaña a los niños hasta los columpios moviendo la colita.

Olivia vuelve una hora después y me pide que saque las bolsas del coche y las ordene en la cocina. Después de eso, vuelvo al salón y le cuento que ya dejé todo limpio y también le agradezco lo de la caja.

—¿Qué caja?

—La del armario de mi habitación. Con el peine, el perfume…

—Ah, esa caja. No es para ti.

Madre mía, no paro de meter la pata con esta mujer. Qué vergüenza.

—Oh, perdona, yo pensé… ¿Entonces es tuya? ¿Y también la ropa?

—No, esas son las cosas que se dejó la antigua au pair. Lo había olvidado por completo. Súbela y la metemos en una caja para enviársela por correo.

4
EMERY

A pesar de no haber empezado con buen pie, tengo que admitir que estaba empezando a cambiar de opinión respecto a Olivia. De hecho, si aquella mañana no se hubiese disculpado por las salidas de tono que tuvo la primera semana, habría dejado el trabajo. Y es que, aunque el sueldo no estaba nada mal, cuando me enseñó mi «habitación» casi me da algo.

Las primeras noches apenas podía conciliar el sueño; la humedad del sótano, las gotas golpeando las cañerías y la sensación de encierro me iban a volver loca. Intenté abrir la única ventana que hay —una diminuta y de forma alargada— casi a la altura del techo, pero estaba muy dura y, de tanto forzarla, acabé atascándola.

Olivia se enfadó conmigo. Me dijo que me había pedido que no lo hiciese, pero es que no podía respirar bien. Cuando le dije esto casi llorando, se calmó un poco y le empezó a quitar hierro al asunto. Me dijo que su marido la arreglaría cuando volviese.

Aunque lo que peor llevaba es lo de dormir en ese zulo, tampoco ayudaba lo enorme que era la casa de los Keller y que, además de tener que ocuparme de la limpieza, tenía que cuidar del pequeño Ryan.

Después de que el día anterior Olivia volviese a montar un drama porque me dejé unos platos sin fregar, estaba casi decidida a renunciar. Incluso ya llevaba un par de noches buscando otras ofertas de empleo —no podía tomarme el lujo de quedarme sin un

sueldo—. Pero entonces, esa misma mañana, mientras le daba el desayuno a RJ, Olivia se sentó con nosotros y empezó a hablarme.

—Emery, quería decirte algo.

Asentí sin dejar de prestar atención al pequeño.

—Sé que te está costando un poco adaptarte a nuestra casa, y que no te sientes del todo cómoda conmigo. —Me cogió de la mano y yo levanté la vista para mirarla—. Pero también sé que es cuestión de tiempo, porque yo te contraté con la idea de que fueses como una más de nuestra familia. —Sonrió—. Tal vez he sido demasiado estricta mandándote tantas tareas en tus primeros días, queriendo que lo hagas todo como a mí me gusta. Al fin y al cabo, esta es solo tu tercera semana aquí, y para ti todo es nuevo. Discúlpame por no haber sido más empática contigo, por favor. Vamos poco a poco.

—Olivia, yo… Si te soy sincera estaba pensando en renunciar. —Le solté la mano. La mujer entreabrió la boca con sorpresa.

—¡Emery, no, por favor! Estás agobiada porque no nos hemos tomado el tiempo de organizarnos bien, ¡ha sido culpa mía! —Se golpeó suavemente la frente—. Solo te mandé a limpiar sin darte instrucciones, ¡soy imbécil! Perdóname, de verdad, he tenido mil cosas en la cabeza y solo estaba deseando tener esa ayuda extra sin pensar en tu posición.

—No sé, Olivia.

—Mira, podemos reunirnos una vez a la semana para planificar todo lo que tenemos que hacer. Juntas, codo con codo. O si lo prefieres, ¡todas las mañanas! Puedes preguntarme todo lo que quieras, mil veces si hace falta. Quiero que te sientas cómoda, de verdad, quiero que seas una más. Además… —Se detuvo un instante y colocó una de sus manos sobre su estómago—, ahora te voy a necesitar más que nunca: estoy embarazada.

Me llevé las manos a la boca y solté un sonido de asombro.

—¡Olivia, enhorabuena!

No sé cómo pasó, pero nos abrazamos emocionadas.

La semana siguiente fue maravillosa, incluso había conseguido dormir toda la noche de seguido. Cada mañana desayunábamos los tres juntos y aprovechábamos para organizar el día. La comunicación

estaba siendo fluida, y hasta tomábamos café cada tarde y hablábamos sobre nuestras cosas.

Mi jefa me confesó que aún no le había dicho nada a su marido del embarazo, que prefería decírselo en persona el fin de semana, cuando volviese a casa. También me preguntó si tenía o había tenido novio, y yo le hablé un poco, sin darle muchos detalles, sobre Tony. Le dije que después de año y medio decidimos dejar la relación por la distancia. Por supuesto, no mencioné nada sobre su infidelidad. Ni mucho menos sobre Stella.

El viernes, cuando el reloj marcaba las doce de la mañana, ya llevábamos desde las nueve limpiando toda la casa a fondo porque al día siguiente venía el marido de Olivia por primera vez desde que yo vivía allí. Ella estaba muy nerviosa por lo que le tenía que contar, y yo porque iba a conocer y a convivir con un desconocido. Y es que, cuando por fin me había adaptado a la casa, y la relación con Olivia había llegado a un lugar maravilloso, de pronto iba a venir un extraño a irrumpir en nuestra rutina, y me daba miedo. Miedo de volver a estar mal, de que no estuvieran contentos con mi trabajo, de que se rompiese la conexión que había conseguido tener con ella. Miedo de…

Siendo completamente honesta, no sabía exactamente a qué tenía miedo, pero algo me decía que todo estaba a punto de cambiar para siempre.

5
EMERY

Estábamos de los nervios, y creo que se lo habíamos transmitido a Junior porque no paraba de llorar. Lo tenía en brazos, con su cuerpo apoyado contra un lado de mi cadera, y lo mecía sin parar mientras siseaba una y otra vez. Pero RJ lloraba, lloraba y lloraba sin parar, y yo estaba a punto de hacer lo mismo.

Olivia apareció por la puerta de la cocina. Se había tirado casi tres horas en el baño de arriba, y cuando la vi entendí por qué: llevaba un vestido precioso y un maquillaje que favorecía sus facciones; una sombra de ojos clara que le dejaba todo el protagonismo a sus ojos verdes, un pintalabios que le daba el volumen que sus labios necesitaban y un bronceador para estilizar sus pómulos. Se había alisado su larga melena pelirroja y se había puesto zapatos de tacón.

—Bueno, ¿qué tal? —preguntó antes de dar una vuelta sobre sí misma.

Iba a abrir la boca para contestar, pero entonces se escuchó cómo se abría la puerta principal de la casa. Olivia soltó un quejido de asombro y salió corriendo por el pasillo.

Me giré un poco y vi mi reflejo deformado en la puerta del horno. Agarré al bebé con solo un brazo para tocarme el moño medio deshecho que se había torcido hacia la izquierda. Noté los mechones rubios desperdigados por mi cabeza y, aunque no podía verlas, también sentía mis ojeras marcadas. Fue entonces cuando dos lágrimas se me escaparon.

—¡Déjalo, déjalo en el suelo! —me gritó Olivia desde el pasillo.

Me limpié las lágrimas con disimulo y obedecí.

—¡Corre, corre! ¡Mira quién es! ¡Es papá! —exclamó con emoción.

El bebé avanzó gateando con torpeza y empezó a cambiar el llanto por gritos entusiasmados.

—Pa-pá-pá. Pa-pá —balbuceaba mientras atravesaba el pasillo.

Les dejé su espacio a los tres. Oí por primera vez la voz del hombre saludando a su hijo. Sonaba grave y pausada. Me sentí incómoda, muy incómoda. Aún no lo había visto y ya quería que se fuese. No sabía por qué, pero era como si estuviera invadiendo un espacio seguro. No sé qué era, pero…

Me crucé de brazos cuando oí los pasos acercándose.

—Está aquí, en la cocina —dijo Olivia, que entró la primera—. Emery, te presento a Ryan, mi marido. —El hombre, vestido con uniforme militar, entró en la habitación con el bebé en brazos y nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

Entonces pasó.

Algo prendió cuando nos vimos, una chispa. No, una chispa no, una llama. Una llama que se llevó todo por delante, que hizo que desaparecieran el resto de personas, los muebles, las paredes y el suelo. En mi pecho apareció una bola de fuego y en el suyo otra, que abandonaron nuestros cuerpos, se unieron en el espacio que nos separaba y formaron una explosión como nunca antes había existido. Mi pulso se aceleró cuando bajé la mirada hasta su boca y nació en mí una sensación que nunca había experimentado: la de haber llegado a casa.

—Encantado, Emery —Me ofreció la mano y yo volví a la tierra. Le correspondí el saludo y me pareció que sentí el tacto de su piel durante una milésima de segundo y, a su vez, durante horas—. ¿Qué tal estás? ¿Te está dando mucho la lata este enano? —Giró el rostro hacia el bebé y le hizo cosquillas.

—Eh…, no… —Es lo único que alcancé a decir.

—Bueno, ¿por qué no subes a ducharte? He hecho la reserva para las seis —dijo Olivia a la vez que se enganchaba a su cuello y se ponía de puntillas para besarle en la boca. Luego le quitó al niño y me lo dio a mí. —Venga, cielo, te quedas con Emery hasta que mamá y papá vuelvan. Vamos, que te preparo un baño de espuma

—murmuró a su marido con una sonrisa y le tomó de la mano a la vez que empezó a caminar hacia el pasillo.

—Suena bien. —Entonces él se giró hacia a mí y me sonrió—. ¡Un placer, Emery!

Le devolví la sonrisa antes de que apartara el rostro.

◆ ◆ ◆

Los gritos me despertaron.

No tenía ni idea de la hora que era hasta que miré el teléfono: casi las dos de la mañana. Olivia y Ryan se habían ido de casa sobre las cinco. Un rato después acosté a RJ y luego me quedé dormida sobre las diez o así.

Subí las escaleras del sótano muy despacio y pegué la oreja a la puerta. Contuve la respiración para oír mejor.

—…¿Te crees que para mí es fácil?...¡Sola!... —Se oía la voz de Olivia entre sollozos—…Mis padres…¿De verdad, Ryan?...Tan lejos…

—…Vengo hoy…Lo mismo una y otra vez…Agotado…Joder —gritó él a la vez que se interrumpían mutuamente.

Oí unos pasos acercarse y me asusté. Dudé entre bajar las escaleras corriendo o quedarme quieta; si abrían la puerta del sótano me iban a pillar espiándoles, pero si me escuchaban bajar en ese mismo momento tal vez iba a ser peor.

—Pues muy bien, duermo en el sofá. —Escuché a Ryan justo al otro lado de la puerta—. ¡En la primera puta noche duermo en el sofá, Olivia! ¡La primera puta noche de dos putas noches! ¡Joder! —gritó a la vez que dio un portazo de la que creí que era la puerta de la cocina.

Escuché las fuertes pisadas de Olivia subir los escalones hasta la planta de arriba.

No me atreví a moverme ni un centímetro, por si Ryan llegaba a oírme. A la media hora más o menos lo escuché volver a pasar y encerrarse en el salón. Me esperé un poco más, completamente quieta, para asegurarme de que no se diese cuenta de que estaba ahí, escuchándolos.

No quería que pensase que le estaba espiando. No quería caerle mal ni que me odiase.

No quería irme de esa casa.

◆ ◆ ◆

Me desperté un poco antes de lo normal y me di cuenta de que estaba empapada en sudor. Cada vez hacía más calor, y la humedad y la poca ventilación de ahí abajo no ayudaban en absoluto.

Me levanté y saqué ropa limpia de la cómoda. Subí las escaleras y me metí en el baño de la planta baja para darme una ducha de agua templada.

Cuando terminé, me envolví el cuerpo en una de las toallas que había dobladas en el mueble y usé otra para frotarme el pelo y quitarme el exceso de agua. Luego me incliné sobre el lavabo para mirarme de cerca en el espejo. Tenía mala cara. Las horas de sueño que me había saltado se notaban, y mis ojeras las reflejaban con mucha claridad. Decidí ponerme un poco de maquillaje que encontré en uno de los cajones. Me apliqué corrector debajo de los ojos, base y un poco de polvos para disimular las venas púrpuras y azules que siempre se transparentaban en mi piel. Luego me hidraté los labios con cacao y también usé máscara de pestañas para agrandar mi mirada.

Tony siempre decía que mi boca y mis ojos eran demasiado pequeños, que era algo casi ridículo. Se esforzaba mucho en hacerme creer que todo lo que había en mí era feo; que mi cuerpo era demasiado delgado, mis piernas demasiado largas o mi cara demasiado estrecha. Tantas veces me convenció de que no valía nada… Me había costado años volver a quererme, pero al fin lo tenía claro. Me sonreí en el espejo al ver el resultado. Mucho mejor así.

Me había empezado a deshacer de la toalla cuando la puerta se abrió de golpe.

Solté un grito ahogado y me volví a tapar el cuerpo rápidamente.

—¡Perdón! —exclamó Ryan a la vez que extendía una mano delante de su cara y giraba el rostro—. Perdón, no sabía que estabas aquí. Quiero decir, que pensaba que no había nadie, que estabas en

el sótano... Ya me voy, ya me voy. Perdón —repitió antes de cerrar la puerta.

No dije nada en ese momento; no le respondí.

Pero el corazón me latía desbocado cuando se fue.

6
LUCÍA

A los pocos minutos de llegar a casa después de hacer la compra, Olivia me dice que va a retirarse a su habitación a descansar porque se encuentra mal. Me pide que me quede con los niños y que me encargue de que no hagan mucho ruido. También que prepare el almuerzo dentro de unas horas.

Me vuelvo a llevar a los niños al patio para que jueguen sin molestar a su madre. Buster nos acompaña y se tumba en el césped sin quitarle ojo a sus humanos. Parece un buen guardián. Yo me siento en una de las sillas que está entre la puerta y los columpios para verlos jugar, hasta que me acuerdo de que aún no he leído las notas que me escribió Olivia, así que me las saco del bolsillo y aprovecho para hacerlo:

Horario:

5:30 am — cocinar desayuno y preparar almuerzo
6:30 am — despertar y preparar niños (vestir, cepillar dientes, etc)
8:00 am — llevar a RJ a la escuela infantil (entra a las 9:30 am y sale a las 1.30 pm)

Mientras él está en el cole, ir al supermercado a por lo necesario, llevar a Parker al parque, pasear a Buster… (recados que se necesiten según el día)

1.30 pm — recoger a RJ y volver a casa
3.30 pm — almuerzo y siesta niños
4.45 pm — limpieza casa, tareas y estar con los niños
6:00 pm — cena

7:30 pm — bañar y acostar a los niños, comprobar dos veces que tanto la puerta principal como la del patio trasero están cerradas con llave.

*Tienes las direcciones de la escuela infantil y de las tiendas en la parte de detrás.
*Los sábados y domingos no hay escuela, por lo que todas las actividades serán en casa y no se irá al pueblo.
*Cada dos domingos recibirás el presupuesto el cual deberás administrar para todos los gastos de los cuales eres responsable (comida, gasolina, productos de limpieza, etc)
*Recuerda que este horario es variable según las necesidades familiares.

Siento marearme por un instante. El horario que ha hecho Olivia supone… ¡catorce horas de trabajo diarias! Por no hablar de que es *variable.* Saco el teléfono para memorizar las direcciones en Google Maps y, entonces, una realidad aún mayor me golpea.

Estamos en mitad de la nada.

En la pantalla, las zonas verdes que rodean la casa se siguen extendiendo y extendiendo a medida que voy deslizando el dedo. Busco el nombre de la escuela infantil a la que va Junior y el teléfono me informa de que está a cincuenta minutos en coche. ¡Casi una hora cada día! ¡Ida y vuelta!

¿Dónde me he metido?

Después de sentir un pánico momentáneo, intento respirar hondo y tranquilizarme. No es para tanto. Mientras que RJ esté en la escuela, estaré paseando con Parker o sentados en unos columpios, no es como que voy a estar picando piedra en la mina. Al fin y al cabo, de eso se trata ser au pair, ¿no? De cuidar de los niños. Es cuestión de acostumbrarme a ellos y de adaptarme al horario… Espero.

Ya he memorizado en mi móvil las direcciones que Olivia había apuntado detrás del horario, así las podré ver sin necesidad de internet. Parker camina hacia mí sujetando una hoja seca que es dos veces más grande que su cara y me la da. Se quita el chupete antes de hablar.

—*ti* —me dice con una sonrisa tímida.

—¿Para mí? —pregunto haciéndome la sorprendida—. ¡Muchas gracias, Parker! Es muy bonita.

El niño se sonroja y suelta una risita tímida. Después, echa a correr con zancadas desiguales hasta llegar a su hermano, que está jugando a tirarle la pelota a Buster.

Doy un suspiro profundo antes de atreverme a leer la última hoja de Olivia:

Reglas de la casa de los Keller:

1. Exceptuando aviso previo, no se podrá cambiar el horario establecido ni las actividades que hay en él.
2. No se podrá salir al pueblo durante los fines de semana.
3. La vida de la familia y el día a día de la casa pertenecen a nuestro entorno privado, por lo que está prohibido hablar de ello a terceros.
4. Está prohibido hablar cualquier otro idioma que no sea inglés, excepto en los tiempos acordados para las clases de español (aún por asignar).
5. La au pair no podrá tomar fotos y/o vídeos con su teléfono personal, así como realizar videollamadas en la propiedad de la familia.
6. La au pair tiene prohibida la entrada al dormitorio principal, así como al baño en suite del mismo. Por otro lado, tampoco podrá darle un uso personal al baño de los niños.
7. El perro permanecerá preferiblemente en el patio, y queda TERMINANTEMENTE PROHIBIDO que suba al piso de arriba o que entre en las habitaciones, lo cual incluye el sótano, ya que muerde los muebles y araña las paredes. En caso de que Buster llegara a romper algo, la au pair pagará los desperfectos.
8. Desde su llegada, el bienestar y cuidado de los niños, de la casa y de las mascotas, es completa responsabilidad legal de la au pair.

*La violación de estas normas supondrá el despido y la toma de acciones legales por parte de la familia Keller, lo cual podrá resultar en deportación y/o compensación económica.
*Podrán añadirse más normas en cuestión de las necesidades familiares.

Dios santo.

¿Está amenazando con deportarme si el perro le muerde la pata a la mesa? Esto debe de ser una broma.

Mientras trato de asimilar todo lo que acabo de leer, le digo a los niños que nos vamos a ir a comer algo a la cocina. Protestan un poco, especialmente el pequeño, porque quieren seguir jugando con

Buster, pero al final termino por convencerles y volvemos a entrar a la casa.

Después nos vamos al salón y los niños se ponen a ver los dibujos. Yo me aburro rápido, así que me doy un paseo por la habitación y termino echándole un ojo a las fotos familiares que están en la pared.

No son muchas, pero, las pocas que hay, son muy bonitas. Uno de los retratos muestra a los hermanos, algo más pequeños, abrazados y sonriendo en la playa. En otra de las fotos aparecen Junior, bastante más bebé, y Olivia en lo que parece el tiovivo de una feria. A la derecha de ese marco, hay una instantánea de Olivia, Ryan y Junior de pie delante de la casa y, al lado, otra foto de Olivia y Ryan el día de su boda.

No puedo evitarlo, me quedo embobada mirando la cara de Ryan. Solo lo había visto en la foto de perfil de la página de la agencia, y entonces no me había fijado tanto en él, pero en estas fotos se le ve mejor y… ¡es guapísimo!

Ahora entiendo de dónde han sacado los niños el pelo tan rubio. En las imágenes lo lleva siempre recortado a máquina, al ras en los lados y corto por arriba. Tiene una mandíbula cuadrada que enmarca una sonrisa torcida sobre dos pequeños lunares en la parte izquierda y una barba de un par de días. Me fijo en sus orejas, que le sobresalen un poco por la parte de arriba, dándole una armonía perfecta a su cara.

Ahora no puedo dejar de pensar en cómo le quedará el uniforme militar y… ¡*No, no, no, Lucía*! Me tengo que quitar esa imagen de la cabeza, o si no, cuando venga a casa, me sentiré super incómoda con él.

Me siento en el sofá con los niños y aprovecho para contestar algunos mensajes y ver Instagram hasta que, de repente, una voz ronca resuena justo detrás de mí. Me sobresalto de forma exagerada y se me resbala el móvil de las manos.

—Lucy.

Me giro a la vez que me llevo la mano al corazón y encuentro a Olivia con cara de pocos amigos.

—Ay, que susto, no te había oído entrar.

La mujer da un suspiro que se torna en una especie de pequeño gruñido y pone los brazos en jarra.

—¿Has leído las normas?

—S-sí, claro.

—Dámelas, se me ha olvidado escribir una cosa.

Obedezco y le devuelvo la hoja con la lista de reglas a Olivia, que me la quita de un tirón seco y se da media vuelta. Oigo cómo sube los escalones dando fuertes pisotones. ¿Por qué se ha enfadado tanto?

A los dos minutos, mi jefa vuelve al salón y, sin mediar palabra, me devuelve la hoja con el brazo muy estirado.

—Lee.

No puedo hacer otra cosa que no sea obedecer y, al bajar la vista al final de la hoja, veo la nueva regla:

> 9. Queda terminantemente prohibido el uso del teléfono móvil en horario laboral. No te pago para que estés chateando, sino para que cuides de mis hijos.

—Y ahora ve a hacer la cena.

Asiento y me levanto en menos de un segundo para desaparecer del salón. Me arde la cara de la vergüenza que siento. ¿Tendría que haber dejado el teléfono en mi habitación, quiero decir, en el sótano? ¿Qué habrá pensado Olivia, que estaba descuidando a los niños? *Dios, Lucía, tienes que centrarte*. Tengo la sensación de que en cualquier momento voy a perder el trabajo y voy a tener que poner rumbo a Málaga otra vez. ¡Solo es mi primer día y no paro de cagarla! ¿Qué me pasa?

Me resulta mucho más fácil cocinar ahora que la nevera y la despensa están llenas de comida, así que hago mi especialidad: pasta boloñesa, y también preparo una ensalada para acompañar.

La tensión entre nosotras es bastante notable. Los niños «hablan» entre ellos mientras que nosotras no cruzamos palabra.

—¿Os gusta? —pregunto incómoda, con la intención de romper el hielo.

Los niños dicen que sí sin hacerme mucho caso.

—No está mal —responde Olivia a la vez que se limpia los labios a toquecitos con la servilleta—. A propósito, Lucy, ya te lo había mencionado, pero veo que no te has acordado. —Un escalofrío me estremece el cuerpo. ¿Y ahora qué?—. El servicio no come con los señores. Nunca. Abro la boca para decir algo, pero la vuelvo a cerrar. Olivia no me había dicho nada de eso, estoy segura…, ¿verdad?

—Por hoy pasa, porque es realmente tu primer día de trabajo, pero a partir de mañana comerás cuando nosotros terminemos. No tenemos por qué verte masticando, y mucho menos tiene que hacerlo mi marido cuando vuelva.

—P-p por supuesto… yo… no sabía…

Olivia deja el tenedor en el plato y se queda mirándome con un gesto de desagrado.

—En tu currículum decía que eras bilingüe. —Entrecierra un poco los ojos.

—Sí… —Los nervios me juegan una mala pasada y empiezo a sentir las lágrimas acudiendo a mis ojos.

—Ya. —Se pone de pie con dificultad y se dirige a la puerta—. Pues a veces ni se te entiende. No deberías de mentir para conseguir un trabajo, te van a acabar descubriendo. Igual que ahora.

No soy capaz de pronunciar palabra, ¿qué podría decir en este momento? Estoy totalmente quieta y todas mis energías se están concentrando en contenerme para no romper a llorar.

—Limpia todo esto y encárgate de los niños. Te recuerdo que mañana empiezas con el horario que te he dado. Buenas noches.

Y así, sin más, Olivia se marcha a la planta de arriba y yo dejo caer las lágrimas.

Unos segundos después, noto un pequeño dedito que me recorre la mejilla hasta llegar a la lágrima. Levanto la vista y veo a Junior mirándome, parece sorprendido.

—*¿Lloda? ¿Ta tite?*

Aprieto los labios y estoy a punto de lanzarme a los brazos de un niño de dos años en busca de consuelo. Dios, soy patética.

—No, cariño, es que me duele un poco la barriga.

—¿*Onde* mamá? —pregunta acercándose a mí un poco más.

—Se ha ido a dormir. Es que estabais jugando y no os habéis dado cuenta. —Le acaricio el pelo rubio con los dedos y Parker se baja de la silla y se acerca a nosotros.

—Pa…pá… —balbucea.

—¿*Onde* papá? —pregunta RJ, como si fuese el intérprete de su hermano.

—Está trabajando, cielo.

—*Quedo* papá. ¡*Quedo* papá! —RJ empieza a subir el tono de voz y a hacer pucheros, haciendo que su hermano le imite y empiece a llamar a su padre a gritos.

—No, no, por favor, no lloréis. Por favor… —suplico susurrando a la vez que me arrodillo en el suelo e intento calmarlos con un abrazo.

No sé cómo, pero consigo tranquilizar a los niños, que se quedan enganchados en mi cuello como si no hubiese un mañana. Les froto las espaldas a los dos mientras que intento relajarme yo también; me estaba cagando viva de pensar que Olivia iba a oír a los niños llorar y me iba a acusar de hacerles algo malo.

Uf, qué tensión constante.

Me llevo a los niños a la planta de arriba pidiéndoles en todo momento que no hagan ruido. Les doy un baño, les pongo el pijama y me los llevo a su habitación. Junior me pide que les lea uno de los cuentos que tienen en la estantería y Parker elige uno de un ratón que viaja en un tren.

Por suerte los niños no tardan nada en dormirse, así que aprovecho para ir de puntillas hasta la planta de abajo.

Voy al sótano, cojo el neceser y el pijama, y subo de nuevo hasta el baño. Es mucho más pequeño que el de arriba y, en lugar de bañera, tiene un pequeño plato de ducha, pero para mí es perfecto.

Me tiro un buen rato debajo del agua caliente, lo que hace que me sienta relajada por primera vez en el día. Tal vez estoy dramatizando. Tal vez Olivia se siente insegura de dejar a sus hijos a cargo de una extraña y quiere mostrarse fría y autoritaria por el bien de su familia. Tal vez está muerta de miedo; está teniendo un embarazo complicado, con dos niños pequeños y con su marido lejos de casa. Tal vez estoy siendo demasiado egocéntrica al pensar que

su actitud es algo personal hacia mí, en lugar de una proyección de su situación.

Olivia está pasando por un momento muy difícil, y puede que no esté siendo la persona más amable del mundo, pero tengo que entenderlo y, en medida de lo posible, ayudarla. Ese es mi trabajo.

Me siento un poco mejor al salir de la ducha y ponerme el pijama limpio. Tan solo ha sido mi primer día si no contamos ayer. Tengo que ir acostumbrándome. Tengo que ser más paciente conmigo misma. Todo va a ir mejor. Cada vez será más fácil.

De repente, mientras me cepillo el pelo frente al espejo, escucho un ruido en el pasillo.

Parecen… golpes.

¿Alguien está dando golpes ahí fuera?

La piel se me pone de gallina al acercar el oído a la puerta del baño. Los ruidos son intermitentes, pero cuando se oyen suenan bastante fuerte.

¿Qué es eso?

Abro lentamente la puerta, que chirría un poco, y, al poner un pie en el pasillo oscuro, los golpes se vuelven a detener. Trago saliva.

Me atrevo a encender la luz del pasillo y entonces lo veo.

Es Buster.

El labrador está de pie delante de la puerta metálica. Al verme suelta un quejido que se parece a un lloro y, acto seguido, vuelve a levantar una de las patas para arañar otra vez la puerta del sótano.

—¡Nooo, nooo! —exclamo intentando no subir mucho la voz—. ¡Buster, no! —Me acerco a él, olvidando todas las veces que me ha gruñido anteriormente y le agarro del collar que lleva en el cuello para retirarlo de la entrada—. Buster, para, para, bonito.

Me agacho y le empiezo a acariciar para intentar calmarlo. Esta vez no me gruñe, sino que lloriquea, se queja y da tirones para volver a hacer de las suyas.

Pero, ¿cómo ha entrado? Si yo misma…

Oh, oh.

Ahora me acuerdo. Le deje fuera pero no cerré con llave como debería haber hecho justo después de acostar a los niños. Olivia tenía razón con lo de Buster: ¡lo quiere arañar todo! Y encima sabe

abrir la puerta del patio trasero si no está bien cerrada. Tengo que empezar a prestar más atención a estas cosas, o me meteré en problemas.

Buster se deja acariciar detrás de las orejas y esto le calma tanto que acaba por tirarse en el suelo para que yo continúe con el masaje. Parece que empiezo a gustarle un poco a este peluche. Le convenzo para que me siga a la cocina y le doy una de sus chuches como premio por hacerme caso. Luego lo llevo hasta su caseta, junto a los columpios, y me aseguro de cerrar con llave las dos puertas de la casa.

Y por fin, después de esta locura de primer día como au pair, bajo a mi habitación y me quedo dormida en cuestión de minutos.

7
LUCÍA

A las cinco de la mañana suena el despertador. Me sorprendo muchísimo a mí misma al levantarme de la cama con un salto y llena de energía. ¿Cómo es que no me estoy muriendo de sueño?

Mientras me visto, echo un vistazo a la pequeña ventana del sótano, que ahora parece que ha desaparecido tras la cortina beige, que se mueve con suavidad; aún quedan un par de horas para que se haga de día.

Paso rápidamente por el baño para peinarme el pelo en una trenza y uso un poco de maquillaje para cubrirme las marcas de acné. Con ayuda de las pinzas y de un lápiz, me perfilo un poco mis cejas oscuras para que no se vean tan gruesas, me lavo los dientes y me pongo unas gotas de colonia en el cuello y en las muñecas.

¡Listo! Ahora sí puedo empezar el día.

Después de preparar unas tortitas y café, subo las escaleras y voy hasta la habitación de los niños con la intención de despertarlos, pero, al llegar a la puerta, encuentro a Olivia dentro. Está de pie delante de Parker, que todavía duerme a pierna suelta y está medio destapado. Olivia tiene el teléfono en las manos y está enfocando a su hijo en silencio. Al ver esto, cambio de idea y doy media vuelta; me imagino que estará haciendo una videollamada con su marido y no quiero interrumpir el momento.

Aprovecho entonces para salir al patio y darle el desayuno a Buster, que me vuelve a gruñir al verme pero que me deja acariciarle

mientras come. Todavía no le gusto mucho, pero siento que poco a poco me voy a ir ganando su corazoncito.

Al volver a la cocina, me encuentro con los niños desayunando y a Olivia con ellos, de nuevo con la cámara delante de Parker.

—Buenos días —dice Olivia que, al verme, se guarda el teléfono en el bolsillo de la bata de seda azul.

—¡Hola! ¡Buenos días! ¿Cómo habéis dormido? —Noto el esfuerzo por agradar en mi propio tono e intento aparentar la tranquilidad que no tengo en presencia de mi *host mom*—. ¿Necesitáis algo más o está todo bien?

—*Tá* muy *licooo* —exclama Junior levantando el tenedor con un pedazo de tortita.

—*lico, lico* —coincide su hermano.

—Está todo delicioso, Lucy. Muchas gracias —me sonríe Olivia y siento que vuelvo a respirar—. Hoy me he levantado a esta hora porque es tu primer día de semana, y quiero estar disponible por si necesitas algo, pero la fecha del parto se acerca y, por recomendación del doctor, debo descansar lo máximo posible. Lo entiendes, ¿no, querida? —Le da un sorbo a la taza que ha llenado de zumo de naranja.

—¡Por supuesto! No te preocupes, Olivia. Voy a intentar adaptarme lo más rápido posible para que puedas estar tranquila.

—Muy bien. Entonces llévate a los niños arriba y prepáralos. Tienes que llevar a RJ al cole. Ah, por cierto… —Se mete la mano en uno de los bolsillos para rebuscar algo— esto es para ti. —Me da un teléfono móvil—. No se puede desbloquear, pero puedes usar la cámara. Como vas a tener bastante tiempo en el pueblo mientras que Junior está en la escuela, quiero que aproveches para hacerle algunas fotos y vídeos a Parker. Su padre… —Aprieta los labios y desvía la mirada hacia arriba. Creo que se está emocionando—. Su padre lo pasa fatal con el tema de la distancia. Siente que se está perdiendo la infancia de sus niños. —Le acaricia la cabeza a RJ y le sonríe—. Por favor, captura todos los momentos que puedas de ellos. Ryan lo agradecerá.

—Claro, sin problema. Haremos unas fotos muy bonitas en el parque, ¿verdad, chicos? Venga, vamos arriba a vestirnos.

—¡Ah, otra cosa! Casi se me olvida —dice a la vez que estoy ayudando a los niños a levantarse—. Ayer estuve hablando con mi marido y hemos decidido cambiar lo de tu presupuesto semanal. Ryan dice que te dé una de sus tarjetas y que la uses sin preocuparte de nada. Me ha dicho que puedes comprarte ropa o cualquier otra cosa que necesites, y que tampoco dudes en usarla en caso de emergencia, que el dinero no es un problema y que así no tenemos que estar pendiente todas las semanas —explica con un tono monótono, como si estuviera recitando sus palabras de memoria.

—¡Muchas gracias, Olivia! Eso es muy generoso por vuestra parte.

—Tendrás que dárselas a mi marido cuando venga, él es así. —Sonríe—. Creo que me dijo que la dejó en su oficina, ¿o dijo en la habitación? Voy a subir a buscarla para que te la lleves, así la puedes empezar a usar desde hoy mismo.

◆ ◆ ◆

Al encender el coche, un estallido en forma de música a todo volumen sale por los altavoces, haciéndome saltar en mi asiento: «One of these nights. One of these crazy old nights…». Apago la radio para poder concentrarme mejor en lo que tengo que hacer.

Primer choque cultural: los americanos conducen coches automáticos, y a mí no me puede parecer más raro hacerlo. Cada vez que siento la resistencia del vehículo al subir la velocidad, muevo instintivamente el pie izquierdo hacia el inexistente pedal del embrague y llevo la mano a la palanca de cambios. Después de tantos años conduciendo manual, creo que voy a tardar un poco en acostumbrarme.

Google Maps no bromeaba al mostrar los alrededores de la casa. Llevamos más de veinte minutos en el coche y aún no he visto ni una sola casa, solo árboles, árboles, y más árboles. Segundo choque cultural: el terreno en estados unidos es increíblemente extenso y plano, o al menos eso es lo que parece por aquí. Es como si pudieses estar horas y horas circulando sin que haya nada en el

horizonte. La primera casa que dejamos a nuestra izquierda debe de estar a kilómetros de la propiedad de los Keller.

La sensación de aislamiento e inseguridad se apodera de mí. Si no fuera por el coche, no tendría forma alguna de… *Bueno, YA, Lucía, por favor*. Dejar que los pensamientos intrusivos campen a sus anchas por mi cabeza no va ayudar en absoluto, así que será mejor centrarme en mi trabajo y no rayarme con escenarios hipotéticos.

Pero todo lo que veo es carretera, carretera y muchos árboles. ¿Estoy tomando el camino correcto? A lo lejos, se empiezan a ver algunas montañas. Compruebo el teléfono, que está en un soporte al lado del volante, mostrando el GPS, y dice que quedan unos treinta minutos para llegar al pueblo. Aunque yo tengo la sensación de estar completamente perdida. Si el coche se parase, no tendría cómo salir de aquí. Oigo a los niños pelearse en el asiento de atrás y, al echar un vistazo por el retrovisor, veo la cabeza de Buster asomarse desde el maletero. Se me acelera la respiración mientras pienso que todo esto es demasiado para mí.

Sin embargo, todo cambia cuando un cartel anuncia que hemos llegado a Elizabethtown. Disminuyo la velocidad mientras circulamos por las calles del pueblo, observando cada detalle. Siento que hemos entrado en una película de los noventa: las casitas, la iglesia blanca, los pequeños edificios y las calles llenas de árboles… ¡Es precioso! Esto sí que se parece un poco más a lo que tenía en mente cuando decidí venir a Estados Unidos.

Como vamos bien de tiempo, decido dar un par de vueltas para seguir viendo el pueblo, pero en cuestión de unos diez o quince minutos, parece que ya lo he visto todo. Aun así, es encantador.

Encuentro la escuela infantil sin problemas y, tras aparcar, cojo a Parker —que está quedándose dormido otra vez— en brazos y tomo a RJ de la mano. Llegamos a la entrada, que está completamente repleta de madres. No sé muy bien si tengo que decir algo o solo asegurarme de que Junior entre sano y salvo, así que me quedo a cierta distancia, insegura.

Antes de que pueda decidir qué hacer, RJ se suelta de mi mano y echa a correr mientras grita: «¡Jay!». Veo que se lanza a los brazos de un hombre que está en la puerta, vestido con el uniforme de

cuidador infantil. El hombre le saluda feliz, luego levanta la vista hasta mí y me hace un gesto para saludarme y decirme que lo lleva dentro. Y así, sin más, desaparece con el niño.

Pues ya está, supongo que es así como las madres dejan a sus hijos en el colegio cada mañana. No era para tanto. Ahora solo me queda entretener a Parker y a Buster durante cuatro horas… ¿De verdad es necesario traer al perro todos los días? Ya es suficiente tener que lidiar con dos niños tan pequeños, pero no me atrevo a decirle nada a Olivia del tema, así que me dirijo con Parker y Buster al parque.

Nos sentamos en un banco hasta que Parker se despierta en mis brazos y, al darse cuenta de donde estamos, se pone supercontento y me abraza de nuevo. Jugamos en los columpios y aprovecho para sacarle algunas fotos y vídeos mientras se divierte. Le tomo algunas con el perro, que lo persigue continuamente como si fuera su escolta.

Me estaba lamentando de tener que cargar con Buster, pero, viendo cómo juegan, me estoy alegrando de que esté con nosotros; ¿cómo iba a entretener tanto tiempo yo sola a Parker? Aprovecho que están jugando para sentarme otro ratito en el banco y, por inercia, intento ver las fotos que he sacado, pero rápido me doy cuenta de que no puedo desbloquear el móvil. ¿Por qué Olivia no me ha querido dar el código? ¿Tendrá fotos personales aquí… con Ryan?

No puedo remediarlo, echo un vistazo a mi alrededor para ver que nadie me está mirando e intento desbloquear el teléfono. Pruebo el típico: «1,2,3,4», para luego intentar: «4,3,2,1», y: «0,0,0,0». Pruebo suerte unas cuantas veces hasta que el teléfono se bloquea.

Oh, oh.

Siento que mi corazón se para por un segundo cuando aparece un cartelito diciendo: «Demasiados intentos. El dispositivo se ha bloqueado por la seguridad del usuario».

Mierda.

Toqueteo la pantalla en un inútil intento de arreglar lo que he hecho, pero no me deja hacer nada nuevo. Se me ocurre apagarlo durante unos minutos para volver a encenderlo y, como si de un

milagro se tratase, todo vuelve a aparecer como si no hubiese pasado nada.

Uf. Nota mental: no volver a intentar hacer eso. Nunca.

◆ ◆ ◆

El tiempo se me pasa más rápido de lo que había imaginado y, tras tomar el almuerzo, damos un paseo por el pueblo, entramos en el supermercado y volvemos al parque. Antes de darme cuenta, ya es casi la hora de recoger a RJ.

Al llegar a la escuela encontramos el mismo revoltijo de madres que a la entrada, pero esta vez me tengo que acercar a la puerta para encontrar a Junior, que está de la mano de una mujer vestida de uniforme. La mujer, al verme, me saluda pero no suelta al niño, sino que le pregunta algo a la vez que me señala. RJ asiente y dice algo, ella vuelve a mirarme seria y luego me dice que me acerque con la mano. Obedezco y, tras sortear a las madres con cuidado de que Parker no se me caiga ni de que Buster moleste, llego hasta ellos.

—¡Hola! —saludo forzando una sonrisa.

—Hola, buenas tardes, disculpa que te moleste, pero quería hablar contigo un poquito para conocerte. Olivia ya me había dicho que a partir de hoy su nueva au pair traería a RJ —dice y baja la vista hasta él a la vez que le acaricia la cabeza.

—Sí, me llamo Lucía, encantada. Me imagino que nos veremos mucho a partir de ahora. —Suelto una risita sin saber muy bien por qué.

—Ya verás como te adaptas rápidamente. La gente de este pueblo es encantadora, y siempre está todo muy tranquilo… ¡hasta aburrido diría yo! —Ahora es ella quien se ríe y yo me siento aliviada—. Por cierto, quería preguntarte: ¿sabes qué fue lo que pasó con Emery?

¿Emery? ¿No es ese el nombre de…?

—Me refiero a la anterior chica que trabajaba con los Keller. Era una muchacha encantadora, pero un día, de repente, dejó de traer a los niños. De hecho, hacía bastante tiempo que RJ no venía a la

escuela —susurra—. Disculpa la indiscreción, pero me resultó raro que no se despidiera.

Me encojo de hombros y hago una mueca que expresa que no sé la respuesta.

—No creas que no le he preguntado a Olivia por el tema, pero lo único que me dijo es que se tuvo que ir por una emergencia familiar, pero, entre tú y yo… —Me toca el brazo y acerca su cara un poco más a la mía— a mí me pareció todo muy extraño.

—La verdad es que no…

—…desde entonces me pregunto: —me interrumpe y baja aún más la voz— ¿qué será eso tan grave que le pasó a Emery en casa de los Keller para irse de repente y no querer volver nunca más?

8
EMERY

Ya se me había secado el pelo casi por completo cuando estaba sirviendo el desayuno. Mientras tanto, Olivia colocaba a RJ en la trona. Luego se sentó y agarró una tostada para empezar a untarla con mermelada. Puse un par de servilletas al lado de los platos y noté que Olivia estaba mirándome. Bajó las cejas y entrecerró los ojos.

—¿Te has maquillado?

Justo en ese momento entró Ryan, dio los buenos días y se sentó en la silla que estaba al lado de Junior. Le empezó a hacer carantoñas y el bebé rompió en carcajadas. Luego le tocaba la cara a su padre y este le besaba las manos y le hacía pedorretas. Apreté los labios para disimular mi sonrisa a la vez que volcaba la sartén con huevos revueltos y queso en un plato limpio. Luego lo llevé desde la encimera hasta el centro de la mesa. Ryan carraspeó.

—Tiene todo una pinta estupenda. —Levantó el rostro y me miró con sus ojos celestes—. Gracias, Emery.

Quise decir algo, pero en su lugar solo sonreí y asentí.

Preparé un plato pequeño para el bebé y se lo puse en la bandeja de la trona. Junior aplaudió entusiasmado. Le devolví el gesto y le di una caricia en el brazo. Olivia y Ryan seguían sin compartir ni una sola palabra. Retiré la silla que estaba al otro lado de la trona para sentarme en ella.

—Emery, si no te importa… —empezó a decir Olivia.

—¿Qué? —pregunté echando un vistazo a la mesa, creyendo que se me había olvidado poner algo.

—Déjanos desayunar solos.

—¡Olivia! —exclamó Ryan, avergonzado.

—Tenemos que hablar, ¿no crees? Y tu avión sale mañana por la mañana. No tenemos mucho tiempo.

El hombre cerró los ojos y suspiró molesto. Esperé un poco.

—Emery, por favor, vuelve a tu habitación —ordenó la mujer con tono firme—. Luego podrás desayunar tranquila, y tendrás la tarde libre.

Permanecí inmóvil durante unos segundos en los que Olivia no paraba de mirarme fijamente. Sin decir nada más, tragué saliva, me levanté y abandoné la habitación.

Oí detrás de mí cómo se cerraba la puerta de la cocina. Entré en el sótano y me quedé sentada en el primer escalón, otra vez con el oído pegado a la puerta, pero esa vez no conseguí oír absolutamente nada.

Después de un rato, Olivia golpeó en la puerta metálica para decirme que ya podía ir a desayunar. Cuando salí, me explicó que iban a prepararse para ir a dar un paseo los tres juntos, que necesitaban algo de aire fresco. Luego se marchó a la planta de arriba.

Cuando entré en la cocina me encontré a Ryan con su hijo en brazos. Estaba limpiando un vaso que parecía haberse derramado en la encimera.

—N-No se preocupe, ya lo limpio yo —dije, haciendo que se girase hacia a mí.

—¡Ah, hola! No, si ya está. —Arrugó el papel que estaba usando—. No te quiero dar más trabajo —respondió, volviendo de nuevo la vista hacia a mí.

Nos sonreímos en silencio.

Noté cómo el pulso se aceleraba en mi cuello.

—¿Qué tal todo? ¿Estás cómoda en la casa? Si necesitas algo solo tienes que decirlo, ¿eh?

—Sí, todo genial. Muchas gracias, señor Keller.

—Me alegro. —Se aclaró la voz—. Y tú… ¿eres de aquí, de Nueva York?

—Nueva Jersey.

—¡Ah, vecina entonces!

—Sí. —Solté una risita minúscula.

—Bueno, te dejo desayunar tranquila. —Caminó hacia la puerta.

—Vale.

—Oye —Se detuvo antes de salir—, perdona por lo de antes. —Abrió la mano que tenía libre y, negando con la cabeza dos veces, puso los ojos en blanco—. Ya sabes. —Señaló el pasillo con el pulgar —. No es fácil. La distancia, el trabajo… —Resopló.

—No se preocupe —dije en voz baja.

Asintió con un breve movimiento de cabeza y nos sonreímos de nuevo. Nos miramos unos segundos antes de que se fuera.

Cuando terminé de desayunar, me puse a recoger todo y a limpiar un poco la cocina. Mientras estaba enjuagando los platos, escuché cómo se cerraba la puerta principal. Recorrí el pasillo para confirmar mis sospechas: se habían ido sin despedirse de mí.

Aunque Olivia me había dicho lo de la tarde libre, no me fiaba ni un pelo, así que me dediqué a hacer limpieza por toda la casa. Me esforcé mucho para que cada rincón quedase perfecto y, aunque tardé unas cuantas horas, cuando terminé todavía no habían vuelto. Decidí salir un poco al patio; yo también necesitaba aire fresco. Jugué a tirarle la pelota a Buster hasta que se cansó. Luego nos fuimos juntos al salón y me puse a ver la tele para matar un poco el tiempo. Al rato recibí un mensaje de Olivia diciéndome que estaban en Plattsburgh y que seguramente volverían de noche, que no me preocupase por la cena.

Las horas se pasaban lentas. Muy lentas. Y me sentía especialmente sola ese día. Desbloqueé mi teléfono y deslicé un poco por redes sociales. Cuando me cansé, abrí la lista de contactos y fui bajando poco a poco.

Y en el fondo creo que es por eso por lo que me sentía tan triste.

No tenía a nadie a quien llamar.

9
EMERY

La visita de Ryan duró dos días que parecieron minutos. Además, el sábado solo los vi durante el desayuno. Estuvieron todo el día fuera y, cuando volvieron a casa, yo ya estaba dormida.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, aún no había amanecido. Subí las escaleras con la idea de ir a preparar el desayuno, sin embargo, al cruzar el pasillo me embriagó el olor a café recién hecho. Entré en la cocina y me encontré a Ryan, apoyado en la encimera y mirando por la gran ventana que daba al patio mientras sostenía una taza humeante entre las manos.

—Hola —dijo en voz baja al verme—. ¿Te he despertado con tanto ruido?

Negué con la cabeza y me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Siempre me despierto a esta hora.

El hombre abrió los ojos con sorpresa.

—Mi mujer debe de estar muy contenta contigo.

—Eso espero. ¿Puedo? —Señalé la cafetera.

—¡Claro! Pero siéntate, yo te sirvo.

Le hice caso y él me dio la espalda para rellenar la taza.

—Yo me desperté hace una hora y no he podido dormir más. Siempre que llega el día que tengo que viajar me pasa lo mismo: me da pánico llegar tarde y perderlo. Y mira que nunca me ha pasado, a pesar de todas las veces que vuelo.

—¿Ya se va, señor Keller? ¿Tan pronto?

Caminó hasta la mesa y puso la taza y el azucarero delante de mí.

—Sí. —Retiró la silla para sentarse—. Solo me quedo más tiempo en algunos festivos, o si no solo el fin de semana, como ahora. Y no muy a menudo, porque los vuelos son caros y al final me tiro casi más tiempo viajando que aquí. A veces se siente como un desperdicio de dinero.

—Bueno, Junior parecía muy contento de verle.

Él sonrió con ternura.

—Solo por eso ha merecido la pena cada centavo. ¿Quieres algo más? —Señaló la taza.

—No, gracias.

—Bueno, entonces yo debería subir para terminar de preparar la maleta. —Miró el reloj de su muñeca—. He dejado a Olivia y a RJ durmiendo en la cama, y no quiero despertarlos, pero tenemos un viaje en coche hasta el aeropuerto —dijo y se levantó de la silla—. Bueno, Emery, ha sido un verdadero placer conocerte. —Me ofreció la mano.

—Igualmente.

Nos dimos las manos lentamente, mientras yo le observaba desde abajo, sentada. Ryan me sonrió con la mitad de la boca antes de soltarme y comenzar a caminar.

—Por cierto. —Hice que se girase hacia a mí otra vez y luego esperó a que dijese algo más—. Enhorabuena —dije y le sonreí de nuevo.

—¿Y eso?

Solté una risita antes de responder con un tono divertido, haciendo ver que lo que decía era evidente y que él se estaba haciendo el tonto.

—Me refiero al embarazo de Olivia. —Abrí las manos.

—Al emba… —Bajó las cejas y arrugó el rostro con extrañeza—. ¿Olivia… está embarazada? —Asentí en silencio—. N-No sabía nada —confesó.

—¡Ryan! —Se escuchó la voz de su mujer resonar en las escaleras —. ¡Sube que no llegamos! ¡Y la maleta no cierra!

Ryan apretó los labios haciendo una mueca que no logré comprender y se despidió con la mano, sin decirme nada más.

◆ ◆ ◆

Los primeros días sin él fueron raros, incómodos. Me pareció volver a las primeras semanas, en las que Olivia parecía odiarme. Temí haber roto la relación de amistad que habíamos formado antes de que su marido apareciera. Pero con los días la tensión se fue liberando y volvimos a estar cómodas la una con la otra, a hablar, a compartir el día a día, incluso a reír juntas.

Era un domingo, sobre las cuatro de la tarde. Ya hacía tres semanas desde la visita de Ryan y estábamos en el patio tomando limonada con hielo mientras que Junior jugaba encima de su alfombra electrónica.

—Cada vez hace más calor —se quejó Olivia, secándose el sudor con el dorso de la mano— y yo cada vez estoy más gorda.

Me reí y le di otro sorbo a la limonada. No le faltaba razón, estábamos a principios de verano y el calor estaba siendo demasiado intenso para esas fechas.

—¿Qué te parece si comprásemos una piscina? Una grande, de las que se montan con una estructura metálica. Que podamos nadar todo el verano —me propuso.

—Eso sería estupendo, Oli —dije entusiasmada—. Me encantaría, de verdad. —Me mordí el labio inferior y me abaniqué con la mano.

Olivia se ajustó la pamela y se acomodó en la silla.

—Oye, Emery.

Giré la cara para mirarla, pero ella seguía con la vista clavada en su hijo.

—Sé que he estado un poco rara. Después de que se fuera mi marido, digo. Lo siento. —Me miró al fin y formó una línea recta con los labios—. No tiene nada que ver contigo. Es solo que… —Se detuvo y dio un profundo suspiro—. Todo esto a veces…

—Si puedo ayudarte en algo, en lo que sea —murmuré.

Me volvió a mirar y, sonriendo, negó con la cabeza.

—¿Más? Si ya estás todo el día ayudándome, Emery. No sé qué haría sin ti, de verdad. Te has convertido en… Yo que sé, en mi ángel. —Se rio—. Pero no es eso, es…

—¿Ryan? —me sorprendí a mí misma diciendo.

—Sí. Bueno, no —se corrigió enseguida—. Es que no es fácil. —Se incorporó y apoyó los codos en la mesa. Se quitó las gafas de sol y las dejó junto a su vaso, que había formado un minúsculo charco—. Con un niño tan pequeño, otro en camino… Y él nunca está. Nunca.

Me limité a mirarla.

—Ya sé que está trabajando —admitió, como si me hubiese leído la mente—, pero es que, a veces… —Empezó a sorberse la nariz y vi que había empezado a llorar. Se limpió corriendo y volvió a ponerse las gafas—. Me supera. A veces todo esto me supera —concluyó.

Puse mi mano sobre la suya y nos sonreímos.

—No estás sola, Olivia. Yo estoy aquí contigo, con vosotros. —Miré a RJ.

—Lo sé, de verdad. Estoy tan agradecida por eso. No sé qué haría sin ti —repitió—. De verdad que no lo sé.

El bebé rompió a llorar y yo me levanté para atenderlo. Le dije a Olivia que ya era la hora de su merienda. Extendió los brazos para coger a su hijo y yo me fui a la cocina para preparar la fruta. Luego volví al patio y me ocupé de que RJ se lo comiese todo.

—La verdad es que he estado pensando mucho y creo que me vendría bien salir unos días de casa. He pensado viajar con Junior a Oregón, a ver a mis padres. Bueno, de hecho, ya tengo los billetes —confesó.

—Ah —es lo único que conseguí decir.

—No te importa, ¿verdad?

—Cla-claro que no, Olivia. Seguro que sus abuelos están deseando verle.

—Sí. Están muy mayores, y nosotros somos su única familia. Me duele demasiado no verlos más a menudo, pero estando tan lejos es complicado —negó con la cabeza.

Junior comenzó a gatear hasta los pies de su madre y luego empezó a llorar. Olivia lo levantó en brazos y lo acurrucó con ternura en su pecho.

—Ya quieres tu siesta, ¿verdad? —le murmuró entre caricias, pero RJ seguía quejándose, moviéndose de forma inquieta—. Shh, vamos a dormir.

Olivia le acunó en sus brazos y empezó a cantarle su canción de cuna:

Hush-a-bye, don't you cry,
go to sleep, my little baby
When you wake, you shall have
All the pretty little horses
Dapples and greys, pintos and bays,
All the pretty little horses

Como de costumbre, el niño se quedó dormido al poco rato de oír la nana.

—Oye, y ¿cuándo os vais? —quise saber entre susurros.

—El miércoles que viene. Estaremos dos semanas allí. ¿De verdad que no te importa? Te quedarás con Buster, ¡y nada de trabajar! A la vuelta te ayudo a limpiar. ¡E iremos a comprar tus chucherías favoritas para que te pongas al día con Netflix! ¡Pero ni se te ocurra seguir viendo nuestra serie sin mí!

Me reí.

—Claro que no me importa, y más si me lo dices así. Me lo tomaré como unas vacaciones.

—Ay, menos mal. —Se colocó una mano en el pecho—. Estaba preocupada por cómo te lo tomarías. No quería irme con mal sabor de boca.

—¡Nada de eso! Id y disfrutad mucho del viaje.

◆ ◆ ◆

El miércoles siguiente llevé a Olivia y a RJ al aeropuerto. Era un camino largo y se hizo bastante pesado, especialmente a la vuelta, que estaba sola. Me arrepentí bastante de no haberme llevado a Buster para que me hiciese compañía.

Al principio, estar sin ellos fue extraño. La casa estaba en absoluto silencio y parecía tres veces más grande que de costumbre. Pero no tardé en acostumbrarme. Hice caso de lo que me dijo Olivia: me dediqué a descansar, a ver series mientras comía lo que me daba la

gana y a tomarme ese tiempo como si se tratase de unas vacaciones.

Si no era suficiente con las altas temperaturas que ya estábamos teniendo, habían anunciado en la televisión que el día siguiente iba a llegar una ola de calor sin precedentes al estado de Nueva York.

Fue un alivio no tener que estar trabajando, tener el frigorífico a rebosar y poder ir de la cama al sofá y del sofá a la cama.

A la de Olivia y Ryan.

Y es que, aunque no habíamos hablado de nada de eso, aparte del salón, su dormitorio era el único con aire acondicionado. Dormir en el sótano con el calor y la humedad era completamente imposible —especialmente con la ola de calor que estaba por llegar— y no quería destrozarme la espalda en el sofá, así que… Además, Olivia no iba a saberlo nunca. Un día antes de que volviesen lavaría las sábanas y lo dejaría todo como si no hubiese pasado nada.

Nadie tenía por qué enterarse.

◆ ◆ ◆

No se hizo de noche hasta las nueve. Entonces salimos del salón y dejé que Buster saliera al patio a hacer pipí. No corría ni una sola gota de aire allí fuera. El calor húmedo pronto me provocó sudores. Entré a la cocina y metí una pizza precocinada en el horno. En quince minutos estaba lista. Llamé a Buster y nos fuimos de nuevo al salón, que estaba a una temperatura perfecta. Me comí media pizza y le di los bordes a él. Vimos la tele hasta que nos dormimos en el sofá.

Repetí el plan con la única variación del menú durante las tres noches siguientes. Siempre me quedaba dormida y me despertaba sobre las una o dos de la madrugada, entonces apagaba todo y me subía a la habitación.

Creo que nunca en mi vida había dormido tan bien como en la cama de Olivia y Ryan. El colchón era uno de esos carísimos que se adapta a tu cuerpo. Además, las sábanas eran de hilo fino, suaves y ligeras. Nada que ver con el colchón pequeño del sótano cuyos

muelles sonaban cada vez que me giraba, y las mantas antiguas y pesadas que picaban por todo el cuerpo.

Me despertaba cada mañana en mitad de la cama, con el aire acondicionado a tope y el edredón hasta el cuello. Desayunaba en el patio con el sonido de los pájaros y luego disfrutaba de la casa para mí sola. Y es que, aunque echaba de menos a Olivia y RJ, empezaba a fantasear con la idea de tener una vida así. Y no podía estar más feliz de poder experimentarla, aunque fuera solo durante esas dos semanas.

Esa noche me estaba preparando pasta a la carbonara cuando sonó mi teléfono. Número oculto. Otra vez. Ni siquiera sé por qué lo cogí.

—¿Diga?

—¿Emery Roberts? —respondió una voz de hombre al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

—Estás muerta, hija de puta.

El pitido intermitente me informó de que la llamada había finalizado.

◆ ◆ ◆

Un sonido que no reconocí me despertó. Cuando abrí los ojos me di cuenta de que Buster no estaba a mi lado. *¿Será él el que está haciendo ese ruido?*, pensé. Me levanté bostezando y metí los pies en las zapatillas con torpeza. Salí del salón y entonces descubrí de dónde venía el sonido.

Alguien estaba forcejeando la cerradura.

Me pegué a la pared de un sobresalto.

Dios mío.

¿Qué hago? ¿Qué hago?, me repetía sin parar.

Entonces caí en la cuenta: no cerré con llave la puerta del patio, por eso Buster no estaba en el salón.

Eché a correr hacia la cocina. Me palpitaban los oídos y solo escuchaba mi fuerte respiración mezclada con el sonido metálico de un objeto entrando y saliendo de la cerradura.

Hasta que paró.

Me detuve de golpe. *¿Y si entra por el patio? ¿Y si lo intenta por una ventana? ¿Dónde está Buster? ¿Qué debería hacer: esconderme o salir corriendo?*

Entonces escuché cómo los matorrales que estaban cerca de la fachada del patio se movían.

Estaba viniendo.

Iba a entrar por la puerta trasera.

No lo pensé más veces. Avancé por la cocina a oscuras y abrí el cajón de los cubiertos. Cogí el cuchillo más grande y lo sujeté delante de mí. Avancé unos pasos en silencio y de repente oí cómo la puerta del patio se cerraba de un portazo.

Era demasiado tarde.

Ya estaba allí.

Fuese quien fuese, ya estaba dentro de la casa.

Me tapé la boca en un torpe intento de disimular la forma en la que estaba hiperventilando. Me quedé totalmente paralizada. Todo estaba demasiado oscuro, pero podía sentir perfectamente cómo se acercaba poco a poco. Entonces la luz se encendió y yo estiré el cuchillo con firmeza.

Gritamos los dos a la vez:

—¿¡Señor Keller!?

—¡Emery! —Dio un paso hacia atrás—. ¡Qué susto, joder!

10
EMERY

—¿¡Qué estás haciendo con ese cuchillo!? —preguntó Ryan con ambas manos en el aire. Bajé el arma de forma inmediata.

—Perdón, perdón. Me creía que… Pensaba que había entrado alguien… y yo… —No pude evitar romper a llorar como una niña pequeña.

—Hey, tranquila, ya está. No pasa nada —murmuró acercándose a mí. Colocó una de sus manos en la parte de atrás de mi cabeza y con la otra me rodeó los hombros. Me abrazó mientras que yo lloraba en su pecho—. Siento haberte asustado. La llave estaba puesta por dentro, así que no podía abrir la puerta. Buster me encontró enseguida.

Me retiré de él y me sequé las lágrimas sin mirarle, avergonzada. Vi al perro sentado a su lado, moviéndole la cola.

—Lo siento, de verdad. Es que estoy sola y… Menuda forma de recibirle. —Me cubrí la cara con las manos—. Qué vergüenza, señor Keller, de verdad…

—…Que no pasa nada, mujer —me interrumpió con un tono monótono y me quitó mis propias manos de la cara—. Olivia a veces me recibe de formas peores —Se rio e hizo un gesto golpeando el aire con la mano, como quitándole importancia al asunto—. Oye, ¿cómo es eso de que estás sola? ¿Dónde está mi mujer?

Me sorbí de nuevo la nariz y apoyé el cuerpo en la isla que había en mitad de la cocina.

—¿No lo sabe? —pregunté, frunciendo el ceño—. Se fueron el miércoles pasado a Oregón, a visitar a los padres de la señora Keller.

—¿¡Qué!? —exclamó—. Es una broma, ¿verdad? —preguntó con tono ofendido.

Negué con la cabeza.

—¡Joder! —maldijo a la vez que dio un golpe en la encimera. No me esperaba su reacción, por lo que me encogí a la vez que el golpe sonó. Ryan se apretó el puente de la nariz y sacudió la cabeza—. Esta mujer... Esta mujer me va a volver loco. ¿Tienes idea de cuántos favores he tenido que pedir, de a cuánta gente le he trastocado el horario, solo por venir a darle una sorpresa a Olivia? ¿Por intentar hacer algo especial? Y ella ni siquiera me cuenta que se lleva a mi hijo al otro lado del país. Joder. —Caminó hacia la mesa y retiró una de las sillas de forma brusca. Se dejó caer en ella y suspiró de forma exagerada—. Si es que, haga lo que haga…

Me senté en la silla de al lado y me quedé en silencio.

—Me siento como un imbécil —continuó—. Pensaba que esto arreglaría el desastre del último fin de semana que vine. —Volvió a negar con la cabeza y luego se levantó—. Voy a darme una ducha y a meterme en la cama. Estoy agotado. Perdona el susto de antes.

Le dije que no pasaba nada y, cuando se fue de la cocina, me acordé de pronto: la cama estaba deshecha y el camisón que usaba como pijama tenía que estar por ahí tirado.

Se iba a dar cuenta de que había estado durmiendo en su habitación.

◆ ◆ ◆

A la mañana siguiente, Ryan se despertó sobre las diez y encontró el desayuno listo. No mencionó nada sobre la cama sin hacer, y yo mucho menos. Yo había tenido que volver a dormir en el sótano, y había pasado una noche horrible.

—Qué calor está haciendo, es insoportable —se quejó después de darle un mordisco a la tostada.

—La verdad es que sí —coincidí—, y parece que cada vez va a peor. ¿Necesita algo más?

Me quedé de pie al lado de la mesa, con las manos recogidas delante de la cintura. Ryan me miró un instante antes de retirar la silla que tenía a su lado.

—Pero no te quedes ahí, mujer, siéntate y desayuna algo. ¿Es que Olivia siempre te hace el numerito de no dejarte comer con ella?

—No quiero molestar, señor Keller.

—¿Molestar? ¿Quieres saber lo que de verdad a mí me molesta? —Arqueó las cejas—. Organizar esta sorpresa, en la que he gastado cientos de dólares, y que no sirva de nada.

—¿No ha hablado con Olivia aún para decirle que está aquí?

Negó con la cabeza.

—Eso solo empeoraría las cosas. Empezaría a echarme en cara que no le haya contado mis planes y acabaríamos peleando, como siempre. Aunque ella se haya ido allí sin decirme nada. —Apartó unos granitos de azúcar que habían caído fuera de la taza con el meñique—. No, ni hablar, no pienso contarle nada de esto. —Le dio un sorbo al café—. Al menos podré tener unos días de paz y tranquilidad, sin que nadie me esté gritando por todo lo que hago o dejo de hacer.

Así que piensa quedarse. Estaremos los dos solos. Un nudo se formó en mi estómago al pensarlo.

—Emery —pronunció mi nombre bajando un poco el tono de voz y nuestras miradas se volvieron a encontrar—, sé que esto que te voy a pedir no es justo para ti, pero, por favor, no le digas nada de que he estado aquí cuando vuelva. Solo me traerá problemas, te lo aseguro, y yo no he hecho nada malo.

—No se preocupe, no diré nada.

—Gracias —dijo con media sonrisa—. Siéntate conmigo.

Obedecí y desayunamos juntos mientras me contaba cómo le había ido el viaje que tuvo la noche anterior.

Cuando terminamos, Ryan me ayudó a recoger la mesa y fregamos los platos juntos. Cuando estábamos a punto de terminar, oímos el timbre.

—Voy yo —dijo agarrando el trapo para secarse las manos.

Seguí limpiando el resto mientras veía, desde la ventana de la cocina, a Buster jugando. Iba dando saltitos, intentando cazar a un

abejorro, y luego se restregaba en el césped, empezando por el hocico y acabando panza arriba. Al volver a levantarse, estornudó dos veces y luego volvió a la caza. Me reí con ternura de la escena.

Escuché unas voces a lo lejos, parecían varios hombres. Terminé con el último vaso, me sequé las manos e intenté echar un vistazo a través del pasillo, pero vi que la puerta principal estaba cerrada. Entonces me volví a girar hacia la ventana y descubrí a Ryan con tres hombres más. Llevaban unas cajas de cartón alargadas y parecía que le estaban explicando algo. Él señaló una zona del patio e hizo varios círculos en el aire. Los hombres hicieron varios gestos afirmativos y Ryan le dio una palmada a uno de ellos en el hombro. Luego empezó a caminar de vuelta a la casa.

—No te lo vas a creer —dijo al entrar por la puerta del patio—. Parece que Olivia compró una piscina enorme. —Se rio—. Dicen que en unas dos horitas estará lista para llenar. Qué bien, ¿no? —Se pasó la mano por los dos lados del cuello para secarse el sudor.

—¡Es verdad! Olivia mencionó lo de la piscina —recordé—, pero no sabía que ya la había comprado.

—Bueno, sea como sea, pienso disfrutarla al máximo estos días. —Encogió los hombros—. Oye, Emery, ¿por qué no les preparas algo de beber a los chicos? Con mucho hielo. Yo voy a salir para ayudarles.

Asentí y me puse manos a la obra. Luego les llevé la bandeja con limonada y algún que otro aperitivo. Me dieron las gracias y Ryan me pidió una cerveza. Después los dejé trabajando y empecé a limpiar la casa. Aproveché que él estaba fuera para cambiar las sábanas de la cama por unas limpias. Encontré mi pijama entre las sábanas arrugadas, lo doblé y me lo guardé sujetándolo con el elástico del pantalón corto que llevaba puesto. Cuando ya estaba todo más o menos limpio, escuché su voz gritando mi nombre. Se me aceleró el corazón.

Salí al patio y vi la piscina ya montada al fondo. Crucé entre la hierba hasta llegar a él, que estaba sujetando una manguera que disparaba agua sin parar dentro de la piscina.

—¿Qué te parece? —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja, entusiasmado como un niño.

Miré la estructura con sorpresa.

—¡Es gigante! Cuando Olivia dijo lo de la piscina, pensaba que sería una pequeñita.

—Pero es una pasada, ¿verdad? ¿Te gusta?

Asentí sin poder disimular mi emoción. Me puse de puntillas para intentar ver dentro, pero apenas lo conseguí.

—¿Cuánto tardará en llenarse? —pregunté.

—Pff, exactamente no lo sé, puede que un día completo, o incluso dos. —Tiró la manguera dentro y se sacudió las manos con un par de palmadas—. Pero cuando esté por la mitad ya podemos refrescarnos al menos.

¿Podemos?

—Señor Keller, yo no… —Me rasqué el cuello—. No tengo bañador.

—Pues ve a mi cuarto y coge uno de los de Olivia, el que quieras, ella tiene diez mil y no usa ni la mitad —dijo con indiferencia.

—Es que no…

—…Te estoy dando permiso yo, Emery —me interrumpió—, no pasa nada. Usa lo que necesites. No vas a estar aquí en plena ola de calor viendo cómo me baño yo y tú al borde del desmayo. Por Dios, trabajar con esta temperatura es inhumano. Tú también necesitas un descanso. —Dio un pequeño paso hacia mí y ladeó la cabeza—. Tranquila, ¿vale? Yo no soy Olivia. Podemos tomarnos estos días como unas vacaciones para los dos. Sin trabajo, sin estrés. Sin peleas. —Soltó el aire que había tomado.

—No es eso, es que… —Mis dedos jugueteaban entre sí—. Ella y yo no tenemos la misma talla.

Fue solo durante unas milésimas de segundo, pero Ryan bajó la vista y recorrió mi pecho.

—Oh —dijo haciendo un círculo con los labios—, claro —asintió, mirando a la piscina otra vez—. Quiero decir… No sé. —Se rascó la cabeza y luego hizo una expresión de haber tenido una idea—. Oye, y ¿qué te parecería si, mientras la piscina se sigue llenando, nos vamos tú y yo a Plattsburgh? Podemos ir al centro comercial a comer, y así podrás comprarte un bikini. Y lo que necesites. Tómatelo como la paga extra de verano.

—No sé, señor Keller… La verdad es que nunca he ido allí.

Arrugó el rostro.

—¿Nunca sales con Olivia?

Negué con la cabeza.

—Solo al pueblo, a hacer la compra y a llevar a Ryan al parque.

—¡Dios santo! Mi mujer te tiene aquí como una esclava. —Se llevó las manos a la cabeza y entrelazó los dedos detrás de su cabeza. No pude evitar fijarme en las manchas húmedas que se habían formado en la zona de sus axilas—. Voy a tener que hablar seriamente con ella.

—Bueno, es que llevo muy poco aquí. Tampoco hemos tenido mucho tiempo —intenté defender a mi jefa.

Ryan se cruzó de brazos, marcando aún más los músculos de sus antebrazos.

—Ve a darte una ducha. Arréglate y ponte guapa. Nos vamos en dos horas. Y no hay más que hablar; es una orden.

◆ ◆ ◆

Aunque el viaje en coche hasta Champlain Centre fue bastante largo, yo sentí como si hubiese durado cinco minutos. Ryan y yo no paramos de hablar en ningún momento. Primero le conté las anécdotas más graciosas que me habían ocurrido con RJ, como cuando le pillé dándole su merienda completa a Buster, o cuando le imitaba e intentaba ladrar. Nos reímos a carcajadas y luego él me habló sobre su trabajo: es uno de los sargentos de la base militar en la que vive y trabaja. Se alistó en el ejército justo al terminar el instituto y poco después tuvo que ir a servir a Irak, donde recibió dos tiros por los cuales tuvieron que extirparle el bazo. Mientras me lo explicaba, se subió un poco la camiseta para enseñarme la cicatriz que tiene cerca del bajo vientre. Recuerdo desear verla más de cerca, poder tocarla, pero en su lugar me quedé en silencio y seguí escuchándole hablar.

Tras la cirugía, le asignaron quedarse en la base de Luisiana de forma definitiva, donde, después de unos años y con mucho esfuerzo, llegó a ser sargento.

Me dijo que los sargentos tienen muchas responsabilidades, entre ellas, organizar y entrenar a los soldados. También me explicó cómo tenía que coordinarse con otras bases militares para establecer no sé qué acuerdos que no comprendí porque me quedé embobada mirándolo mientras conducía.

Sujetaba el volante con una mano mientras que su brazo derecho descansaba en el reposabrazos. La camiseta negra que llevaba era ajustada y marcaba sus bíceps y pectorales a la vez que una gotita de sudor resbalaba por su cuello. Me pregunté si, cuando llevaba a Olivia en mi lugar, usaba la mano derecha para tocar su pierna.

◆ ◆ ◆

Champlain Centre era un centro comercial pequeño pero acogedor. Aunque algunas tiendas estaban cerradas, visitamos otras y acabé encontrando diferentes opciones para la piscina. Escogí tres bikinis y dos bañadores y entré en el probador. Ryan se quedó sentado en el sillón que había justo enfrente.

Aún sin probarme ninguno, ya sabía perfectamente cuál me iba a llevar de los cinco. Me desnudé y me puse el bikini negro. Me apreté la parte de arriba lo máximo posible. Aunque —a diferencia de Olivia — yo no tenía el pecho grande, este bañador me favorecía mucho. Me giré para ver cómo resaltaba mis nalgas. Di una vuelta sobre mí misma y me sonreí en el espejo. Estaba increíble.

Abrí la cortina de un tirón y Ryan levantó la vista del teléfono. Entreabrió la boca y yo me esforcé por no gesticular de ninguna forma. Vi perfectamente cómo la nuez subía y bajaba de su garganta lentamente.

—¿Qué le parece este, señor Keller? —pregunté—. Es el más barato.

Abrió y cerró la boca varias veces antes de decir nada.

—No. —Estiró un poco el cuello—. No te preocupes por el precio, digo. Elige el que más te guste. Si te quieres probar más… Adelante.

—Este me gusta —Me encogí de hombros—. Es cómodo. Pero me voy a probar también los otros, por si acaso.

—Como quieras.

Y así lo hice. Me probé el resto, pero solo me gustó cómo me quedaba un bikini más, el de color burdeos, que fue el último que le mostré a él. No hizo ningún comentario al respecto, pero insistió en comprarme los cinco. Finalmente accedí.

Comimos en un restaurante chino y después fuimos a Starbucks a por un café con hielo. Hablamos sobre cine, literatura y música. Cuando me dijo que Eagles era su grupo favorito, y yo le dije que el mío también, no podía creerlo. «¿Cuántas posibilidades había de coincidir también en eso?», exclamó entusiasmado. Me contó que fue a un concierto de ellos en el 98 y hablamos superemocionados sobre nuestros temas favoritos.

Antes de irnos pasamos por Target y compramos unas cuantas cosas para la casa. Luego salimos caminando hasta el aparcamiento y, al llegar al coche, Ryan conectó su teléfono para poner algo de música.

Recorrimos la carretera con el atardecer en el horizonte. Los tonos rosas y anaranjados nos alcanzaron en el interior del vehículo e iluminaron nuestras caras mientras que la voz de Glenn Frey resonaba en los altavoces:

And I found out a long time ago
What a woman can do to your soul
Ah, but she can't take you anyway
You don't already know how to go
And I gotta peaceful easy feeling
And I know you won't let me down
'Cause I'm already standing on the ground

Bajamos las ventanillas para sentir el aire fresco que producía la velocidad y disfrutamos del resto del viaje escuchando la música en silencio.

◆ ◆ ◆

Cuando llegamos a casa eran casi las diez de la noche y me dolían las mejillas de tanto sonreír durante todo el día.

Estaba colocando la compra cuando Ryan entró a la cocina desde la puerta del patio.

—Está ya por más de la mitad. Así que deja eso y cámbiate. Vamos a estrenarla.

—¿¡Ahora!? —Miré el reloj del horno.

Ryan asintió.

—Venga, rápido.

Me reí antes de obedecer.

Cuando salí al patio vestida únicamente con el bikini negro, vi a Ryan sentado en la escalera de la piscina con el torso desnudo y las piernas sumergidas. Parecía que no se había puesto un bañador, sino que llevaba unos boxers negros, pensé que íbamos a juego.

Había colocado encima de la mesa del patio una radio que parecía algo antigua y se escuchaba el principio de *I can't tell you why*. Los altavoces sonaban con fuerza y el sonido, algo cascado, le daba un toque retro que, junto con las luces que colgaban a modo de guirnaldas, convertían el patio en un lugar realmente acogedor.

Me recogí la media melena rubia en un moño despeinado y noté sus ojos clavados en mi cuerpo mientras lo hacía. Me acerqué a las escaleras y agarré el metal para ayudarme a subir. Ryan se apartó a un lado y, cuando estaba arriba del todo y había pasado las piernas hacia el lado interior de la piscina, me ofreció una mano. Le miré desde arriba y ninguno de los dos nos movimos por un instante. Noté que mi cuerpo reaccionó al agua fría y, entonces, tomé su mano.

Cuando iba a dar un pasito hacia el siguiente escalón, Ryan tiró de mí con fuerza y me caí de lleno en el agua. Me sumergí por completo antes de volver a salir a la superficie.

—¡Eh! —me quejé y le salpiqué todo lo que pude.

Ryan se rio y empezó a imitar mi ataque.

Jugamos como dos niños hasta que perdimos la noción del tiempo. Recuerdo que de fondo sonaba *How long* mientras me perseguía para sumergirme en el agua, y *Heartache Tonight* cuando hacíamos mini carreras de nado y buceo.

Nos olvidamos de la ola de calor que asfixiaba Nueva York, del trabajo, de las responsabilidades y el estrés del día a día.

Y también, inevitablemente, nos olvidamos de Olivia.

◆ ◆ ◆

Ryan volvió al patio cubierto con una toalla que le rodeaba los hombros y con un albornoz en las manos. Se colocó delante de las escaleras de la piscina y lo abrió en el aire. Salí despacio del agua, dejando que las gotas resbalasen por todo mi cuerpo y luego dejé que Ryan me pusiese el albornoz.

Olía a ella.

Entramos en la cocina y comimos las galletas con pedazos de chocolate y nueces que habíamos comprado en Target.

—Puedes ducharte arriba y dormir en mi cuarto.

—¡No! No hace falta. Me ducho abajo como siempre y duermo en mi habitación.

—Emery, sé que has estado durmiendo en mi cama. Vi el camisón —dijo con gesto serio. Sentí cómo se me encendían las mejillas y tragué saliva, esperando una regañina por su parte—. Y es lógico. Lo irracional es que estés abajo durmiendo sin aire acondicionado y con goteras. —Se apartó la toalla y la tiró en una de las sillas. Me esforcé de forma sobrehumana por no bajar la vista—. Eres una más de mi familia y quiero que estés bien. Yo dormiré en el sofá. Total, ya estoy acostumbrado. —Puso un gesto divertido y caminó en dirección al pasillo.

—Pero, señor Keller, yo…

—…tú vas a hacer lo que he dicho, y punto —me interrumpió con un tono firme, como si estuviera dándole una orden a uno de sus soldados—. No quiero oír nada más del tema. Buenas noches, Emery. —Me guiñó un ojo antes de salir de la cocina.

11
LUCÍA

Desde que llegué a la casa de los Keller los días pasan volando. Empiezo tan temprano y acabo tan tarde que no tengo tiempo ni para pensar y, cuando me quiero dar cuenta, ya estoy comenzando otra vez.

La verdad es que estoy encantada con los niños. Son un amor los dos. Es increíble lo rápido que se han adaptado a estar conmigo y lo cariñosos y buenos que son. Lo peor es la carga de trabajo tan grande que tengo, ¡y la responsabilidad! Vivo con el miedo constante de que le pase algo a los niños, que se enfermen o se hagan daño, y que sea culpa mía.

Olivia… tiene días. Bueno, momentos. A veces es amable conmigo, me dice que no me preocupe tanto por todo y, otras veces, parece que enloquece. Cualquier pequeño detalle que he hecho o que no he hecho consigue sacarla de sus casillas. Como el otro día, por ejemplo, que decidió inspeccionar el salón al milímetro, pasando el dedo por los rincones más escondidos para ver si encontraba algo de polvo. Y lo encontró.

—Hasta aquí hemos llegado. Prepara tus maletas y busca el vuelo más cercano. No te he contratado para que tengas la casa llena de porquería, ¿no te da vergüenza? —exclamó aún con el dedo manchado de polvo en el aire—. Estás despedida.

Cuando abrí la boca para disculparme, Olivia soltó un quejido y se dobló hacia delante con un movimiento brusco. Me acerqué a ella preocupada.

—¿Estás bien?

—La niña… —Gruñó de dolor y se apoyó en mí para enderezarse—. Yo debería estar descansando. Necesito descansar.

—Por supuesto, Olivia, déjame que te acompañe arriba y te prepare algo que te ayude a sentirte mejor.

Me soltó de golpe y se quedó mirándome con un gesto indescifrable.

—No hace falta, puedo yo sola. —Me dio la espalda y caminó lentamente hacia la puerta, pero, justo antes de salir, volvió a girarse hacia mí—. Lucy, olvida lo que te he dicho del despido, pero que no se vuelva a repetir. El nacimiento de Emery está acercándose, y necesito que esté todo perfecto para no tener que preocuparme de nada más. Lo entiendes, ¿verdad, querida? Ahora ponte a limpiar de una vez —dijo antes de marcharse al piso de arriba.

La mayor parte del tiempo está encerrada en su habitación, descansando. Se queja constantemente de los dolores y molestias del embarazo, y dice que ya no puede más. A veces se va sola con el coche y no vuelve hasta que pasan unas horas. Yo, por supuesto, no me he atrevido a preguntarle a dónde va.

El otro día, mientras limpiaba el cuarto de los niños, la escuché hablando por teléfono con Ryan. Al principio pensé que estaban discutiendo, por lo alterada que sonaba ella, pero luego la escuché diciéndole cuánto lo echaba de menos y lo mucho que desearía que pudiese volver en ese mismo momento para estar con ella.

La casa está increíblemente mejor que hace unas semanas. Las horas de limpieza a fondo y la constante ventilación han dado su fruto. Es un hogar precioso y, cuando estoy a solas con los niños, me siento a gusto y feliz. ¡Incluso me he hecho amiga de Buster! Ya me deja acariciarle todo lo que quiera y, además, todas las noches intenta colarse para dormir conmigo. Creo que está enamoradito de mí, aunque cuando lo echo al jardín me sigue gruñendo.

Hasta me he acostumbrado a conducir por estás carreteras solitarias de campo… En resumen, que, si no fuera por la actitud cambiante y exigente de Olivia, este trabajo no estaría nada mal. Pero quiero pensar que todo va a cambiar cuando tenga a Emery y

Ryan vuelva para estar con ella. En el fondo, entiendo por qué se siente tan mal. Todo esto no debe de ser nada fácil para ella.

Ahora estoy desayunando con los niños. Es sábado, por lo que el día se presenta mucho más tranquilo que cualquier otro de entre semana. RJ y Parker se están comiendo sus tostadas mientras que yo, por petición de Olivia, los grabo en vídeo. Parece ser que Ryan estaba preocupado de que no estuvieran alimentándose bien, así que, a partir de ahora, tengo que grabarles algunas veces mientras comen. «Solo para que mi marido se quede tranquilo», me explicaba Olivia después de pedirme más vídeos de los niños. «Ryan los echa mucho de menos. Quiere ver cómo juegan, cómo dibujan, cómo duermen o se preparan por las mañanas».

Así que ahora hacer esos vídeos se ha convertido en una más de mis muchas tareas. Aunque a veces es divertido; los niños dicen que jugamos a «las películas», y se inventan historias que interpretan cuales actores de Hollywood, con un idioma inventado, por supuesto. Y yo, por mi parte, tengo que admitir que me lo paso como una enana con ellos.

—No *quedo* más —dice Junior.

—Vale, no te preocupes, si te lo has comido casi todo.

—*Lu-sía*, ¿*judá fueda*?

—¡Claro! Pero antes…

—…Lucy, se llama Lucy, cariño —irrumpe Olivia en la cocina, haciendo que me sobresalte como de costumbre—. Estamos en los Estados Unidos, querida, te pediría que no los confundas.

—Yo no…

—…Salid fuera a jugar, por favor, tengo que hablar con la empleada —me interrumpe de nuevo.

Los niños obedecen ajenos a la atmósfera de tensión que se ha creado. Yo me pongo de pie al recordar que no tengo permitido comer a la misma vez que ellos, regla que me salto a veces con los niños. Intento cubrir mi plato con el cuerpo en un torpe intento de que no se dé cuenta de que yo también estaba desayunando. Olivia se frota la cara con un gesto de desesperación e impaciencia.

—La verdad… No sé ni cómo decir esto. —La mujer se cruza de brazos y se frota a sí misma, como si tuviera frío—. Me resulta

terriblemente incómodo tener esta conversación contigo ahora mismo.

Ya está. Es por lo del desayuno. Me dio una orden clara de que no podía hacerlo y me la he saltado. He abusado demasiado de sus ausencias, pensando que no se daría cuenta y me ha pillado. *Qué estúpida eres, Lucía. No te habría costado nada esperar diez minutos y luego desayunar tú*, *joder*.

—Olivia, yo…

—Solo te lo preguntaré una vez —Levanta la vista y la clava en la mía por primera vez—: ¿no estás usando el *Poo-Pourri*?

¿Qué?

Frunzo el ceño con un gesto extrañado. Me ha pillado totalmente desprevenida, ¿de qué está hablando?

—El… ¿qué?

Se tapa la cara con ambas manos a la misma vez que niega con la cabeza y murmura una y otra vez: «Qué vergüenza, por Dios, qué vergüenza».

De repente, con un movimiento brusco, me da un manotazo en el brazo y, tirando de mí, me arrastra por el pasillo, obligándome a seguirla. Me lleva de mala manera hasta el baño de abajo y, entrando las dos dentro, cierra la puerta. Me aprieta tan fuerte el brazo que, cuando por fin me suelta, puedo ver sus dedos en forma de marcas blancas en mi piel. Me froto el brazo, nerviosa.

—Lo hueles, ¿no?

Trago saliva y mis ojos bailan por el minúsculo cuarto.

No sé dónde meterme.

Olivia se acerca a mí y su cara queda a escasos centímetros de la mía.

—Huele a excremento. Tuyo —especifica.

Entonces se gira y estira el brazo para abrir el pequeño mueble de madera que está al lado del espejo. Coge un bote pequeño y me lo pone delante de la cara, dándome un pequeño toque en la nariz.

—¿Qué pasa? ¿Que va a ser verdad que vivís en la selva? ¿Tengo que estar oliendo los desechos de la *criada* solo porque viene del tercer mundo? —Tira el bote en el lavamanos, que rebota varias veces antes de quedarse quieto, y luego levanta un dedo en señal

de amenaza—. Esta es la última oportunidad que te doy, Lucy. A la próxima estás fuera para siempre.

Y así, sin dejarme responder, se va del cuarto de baño pegando un portazo.

¿Qué demonios ha sido eso?

◆ ◆ ◆

Poo-Pourri: spray a base de una mezcla de aceites de esencias naturales de lavanda y vainilla que elimina el mal olor del baño antes de que empiece, explica Google como si fuera lo más normal del mundo, sin embargo, yo es la primera vez que escucho de su existencia. ¿Será muy común aquí y no usarlo una especie de falta de respeto o algo así? ¿Debería haberme informado mejor sobre este tipo de cosas? ¿Tendría que pedirle perdón a Olivia también por esto?

Dios, siento que haga lo que haga la cago siempre. No hay manera de acertar con ella, o tal vez soy muy torpe, no lo sé. Estoy empezando a dudar de todo lo que hago, digo y pienso.

Me estiro en la cama y luego me pongo bocabajo para seguir usando el móvil. Hace más de una hora que acosté a los niños, por lo que estoy, técnicamente, en mi tiempo libre. El único problema es que ya me está dando sueño.

Estoy viendo un documental de *True Crime*. Tengo que admitir que me apasionan este tipo de programas en los que se desglosan historias de asesinatos; siempre empiezo a ver un par de vídeos y, cuando me quiero dar cuenta, ya me he visto cincuenta sobre un caso que ocurrió hace treinta años. Aunque, en esta ocasión, estoy viendo uno sobre un caso reciente: el de los asesinatos de *Vallevista*. Ya lo oí en su día cuando salió en las noticias, pero ahora llevo dos noches enterándome de todo lo que pasó. Y estoy flipando.

Está hablando el periodista que dio la exclusiva, un tal Federico Cazalla, cuando me llega un mensaje de Marina con un enlace de TikTok. Debajo me escribe: *Mira, nena, me ha salido este vídeo y juraría que es clavadito a uno de tus* host kids. *O es él o se le parece mucho.*

Aunque en casa nunca utilizo mi móvil a no ser que esté en mi habitación, todos los días me lo llevo al pueblo y, algunas veces, les mando fotos a Marina y a Álvaro por el grupo que tenemos los tres juntos. La última fue una mía y de Parker en los columpios.

Le escribo antes de abrir el enlace que me ha mandado: *Que no te oiga mi* host mom *diciendo que todos los niños americanos son iguales… ¡Te mata!*

Solo que, en el mismo segundo que abro el vídeo de Tiktok, reconozco a Parker sentado en la alfombra del salón mientras que juega con sus coches favoritos. Me quedo boquiabierta al ver que el vídeo tiene casi cuatro mil «me gusta» y un montón de comentarios. Veo que el perfil se llama «RJandParkertheCoolBrothers» y, al ir a su página, descubro que cuentan con casi dieciocho mil seguidores.

¿¡Me estás diciendo que mis *host kids* son famosos!? O sea…, ¿*influencers*?

Empiezo a deslizar por el perfil para ver los vídeos uno por uno y me sorprendo al ver que la gran mayoría de los que se han publicado recientemente los he grabado yo. Me río al ver a Parker haciendo muecas a cámara y a Junior bailando, pero paro de golpe cuando un pensamiento se me cruza por la cabeza.

A lo mejor esta es la forma en la que Ryan ve los vídeos, por lo que… Empiezo a mirar los seguidores uno por uno con la esperanza de encontrar su perfil. Hago una búsqueda con su nombre y apellido y paso la siguiente media hora rebuscando entre todos los usuarios que siguen el perfil de los niños. Pero no tengo suerte. No veo ningún perfil que pudiera ser él. ¿Será que no tiene TikTok o que es como buscar una aguja en un pajar entre tantos seguidores?

Desisto de la idea de encontrar a Ryan y vuelvo a ver los vídeos de mis niños con una sonrisa de oreja a oreja. Hasta que me da por leer los comentarios.

12
LUCÍA

Hace mucho rato que debería estar durmiendo, pero llevo las dos últimas horas sin poder despegarme del teléfono.

He llegado hasta la primera publicación de la cuenta, subida hace dos años y pico. Es un vídeo de Junior recién nacido en una cuna. Ni Olivia ni Ryan aparecen nunca en los vídeos, solo los niños y a veces Buster.

He estado leyendo todos los comentarios uno por uno y revisando las correspondientes cuentas.

Al principio no quería creerlo.

Me estaba intentando autoconvencer de que estaba interpretando mal los comentarios, que estaba pensando mal de ellos, que tengo la mente sucia.

Pero, por desgracia, no es así.

No hay uno, ni dos, ni tres, sino cientos y cientos de comentarios del mismo estilo: comentarios sexuales. Algunos son más indirectos que otros, pero se entienden a la perfección. Las mismas personas que dejan estos comentarios acompañados de emoticonos sugerentes y bromas de doble sentido, siguen única y exclusivamente a cuentas familiares que muestran el día a día de sus hijos. Imágenes de niños jugando a la pelota, riendo, comiendo helado, bailando la última canción viral, bañándose en la playa o abriendo los regalos de navidad.

Me llama especialmente la atención un comentario que tiene dos mil *likes* y dice: «La IA hace maravillas». Esto, sumado con que me

doy cuenta de que los vídeos en los que los niños salen comiendo, haciendo bailes que guía un adulto o sin camiseta son los que más veces han guardado y los que más «me gusta» tienen, hace que se me revuelva completamente el estómago. Todo lo que he visto y leído en las últimas horas me da vueltas y vueltas en la cabeza a toda velocidad. Una arcada invade mi garganta y tengo que levantarme de la cama y subir las escaleras corriendo para intentar llegar al baño.

Con las rodillas clavadas en el suelo y abrazada al inodoro, vomito por completo la cena. Luego, mareada, me apoyo en la pared y trato de hacer respiraciones para calmarme. En la boca del estómago se me ha instalado un agujero negro que nunca antes había sentido.

Aunque eso no es nada comparado con la sensación de inseguridad que se ha apoderado de mí.

De repente, me empiezo a obsesionar con la idea de que RJ y Parker no están a salvo, que alguien podría habernos espiado y seguido hasta casa, que hay gente que sabe cómo descubrir la ubicación en la que se ha grabado un vídeo o tomado una foto, que hay demasiada información de los niños en internet y que ya es imposible hacerla desaparecer porque ellos ya la tienen, que están usando sus imágenes para…

Otra arcada.

Tengo que contárselo a Olivia. Tiene que saber todo esto, tiene que enterarse por muy desagradable que sea, por muy incómodo que vaya a ser esa conversación, tiene derecho a conocer todo lo que está pasando para poder borrar todo y olvidar esta pesadilla.

Aunque siento la necesidad de ir ahora mismo a buscarla para tener esa conversación, ya son casi la una de la madrugada y despertarla en mitad de la noche con esta noticia no me parece la mejor idea del mundo, y más sabiendo el estado en el que está. Por lo que decido esperar a mañana. Así yo también me puedo relajar un poco y tratar de digerir todo esto para intentar decírselo de la mejor forma posible, si es que existe para contar algo así.

Me incorporo apoyando las palmas de las manos en la pared y en el váter y me acerco al lavabo para lavarme las manos y la cara. Mi rostro en el espejo me sorprende: si no fuera por el negro de mis

ojos, no habría nada de color en mi cara. Joder, qué mal rato, casi que preferiría no haber visto nada.

Voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua, para ver si así me siento un poco mejor. Mientras me lo tomo, empiezo a oír algo. Parece que viene de la lavandería, de la puerta que lleva al patio. Parece… Parece que alguien está intentando abrirla, que la están forzando.

Trago saliva con fuerza y vuelvo a marearme otra vez. Madre mía, esta noche no gano para disgustos.

Doy unos pasos silenciosos para acercarme a la lavandería. ¿Qué debería hacer? ¿Preguntar el típico: «hay alguien ahí»? ¿Llamar a Olivia? ¿A la policía? ¿Echarme a llorar? Esta última opción es la que más me apetece, la verdad.

Sin embargo, al acercarme más al umbral de la puerta, me doy cuenta de que realmente no suena como si alguien estuviese tratando de abrir, sino más bien como si esta se hubiese quedado entornada y la corriente la estuviera moviendo, haciendo que choque una y otra vez sin llegar a cerrarse del todo. Al darme cuenta de esto, me armo de valor y entro del todo para descubrir que estoy en lo cierto. Suelto el aire acumulado en los pulmones y dejo caer los hombros. Vaya nochecita.

Se me habrá vuelto a olvidar cerrar con llave, no es la primera vez. Joder, qué coraje me da que me pasen estas cosas, me siento super irresponsable, pero con tantas tareas y responsabilidades en la cabeza me es imposible llegar a todo. Menos mal que Olivia no se ha dado cuenta de mi despiste.

Me aseguro —ahora sí— de cerrar bien la puerta y de dejar todas las luces apagadas. Cruzo el pasillo para llegar a la puerta del sótano, la cual dejé abierta de par en par cuando salí corriendo para vomitar. El problema viene cuando, al poner un pie en el primer escalón, escucho un fuerte llanto venir del sótano.

Bajo las escaleras tan rápido que al llegar al último tramo doy un traspié y casi me caigo de boca.

—¡Buster! ¡Fuera, fuera! —le regaño nerviosa.

El labrador gimotea inquieto a la vez que cambia el peso de una pata a otra constantemente.

—¡Se acabó, venga! —Le agarro del collar que lleva en el cuello y tiro con fuerza—. Me vas a buscar la ruina, Buster.

Pero el animal no cede y, en lugar de caminar conmigo, hace resistencia pasiva y se deja caer en el suelo. ¿Qué le pasa? Le suelto por miedo a hacerle daño y decido cambiar de estrategia.

—Vamos a la cocina, ven. ¡Toma, toma! —Chasqueo los dedos y hago como si tuviera algo en ellos.

Normalmente este truco es infalible para llamar su atención y que me siga, pero ahora parece no tener ningún tipo de efecto en él. El labrador se reincorpora y, girándose, se dirige a la cómoda que está pegada a la pared empapelada.

—¡No, no, no! —exclamo al recordar lo que me dijo Olivia sobre Buster y los muebles—. ¡Estate quieto!

Pero no araña nada, solo olisquea los cajones de la cómoda, se sienta delante de ella y luego empieza a llorar otra vez. Me pongo a su lado y me mira para luego volver la vista de nuevo al mueble. Joder, está claramente tratando de decirme algo.

—¿Qué pasa, chiquitito? ¿Hay algo en estos cajones que quieres? —le pregunto a la vez que le acaricio la cabeza. Él se limita a tener la vista clavada en la cómoda y yo termino imitándole y así es como, por primera vez desde que llegué, me doy cuenta de que el último cajón tiene una pequeña cerradura.

13
EMERY

Los días con Ryan pasaron como en un sueño. Nos dedicábamos a estar todo el día en la piscina, jugando a la pelota y a las cartas mientras escuchábamos a Eagles y bebíamos cerveza fría. Nos quedábamos en el agua hasta que veíamos el atardecer. De hecho, recuerdo perfectamente que en el primer atardecer que vimos juntos en la piscina sonaba Take it to the limit por los viejos altavoces.

Cuando ya se hacía de noche, nos montábamos una sesión de cine en el salón.

El único momento malo era cuando me decía que era tarde, que subiese a descansar. Entonces le dejaba en el salón y yo tenía que irme arriba a dormir sola.

Esos cinco días habían sido los mejores de mi vida. Sin embargo, ya estaban llegando a su fin; Ryan tenía que volver a Luisiana al día siguiente. Nuestro tiempo juntos se estaba acabando, y no podía hacer nada para evitarlo.

Ryan cortó la solapa de la caja con el cúter y empezó a desempaquetar el contenido. Había comprado tres tumbonas y una sombrilla para la zona de la piscina. Por lo visto habían llegado esa misma mañana, mientras yo todavía estaba dormida.

—Emery, ¿me traes otra cerveza? —preguntó mientras sacaba una pieza de plástico de la caja.

—Claro, ahora vengo.

Volví con el botellín y me senté yo también en la hierba. Buster se sacudió el cuerpo ruidosamente, dejando cientos de pelitos marrones flotar en el aire durante un momento, y luego caminó hacia mí para sentarse a mi lado. Le acaricié la cabeza mientras que hojeaba el libro de instrucciones.

Ryan no tardó ni diez minutos en montar la primera. La colocó a un lado y me invitó a probarla. Me tumbé en ella y él me miró con una sonrisa. Luego volvió a sentarse en la hierba y se puso manos a la obra con la segunda.

—Oye, Emery, ¿sabes que hoy empieza la feria del pueblo? He pensado que… —Me miró de forma fugaz sin parar de girar el destornillador—. Bueno que, si quieres, si te apetece, como es mi última noche…

—¡Sí! —dije, arrepintiéndome enseguida de mi tono ansioso—. Me… Me encantaría ir a la feria —murmuré con timidez.

◆ ◆ ◆

Caminamos entre los puestos de comida rápida y las atracciones llenas de luces. Ryan me contó que la feria de Elizabethtown se celebraba una vez al año, normalmente en agosto, pero que ese año la habían adelantado un mes por algún otro evento de vehículos que iban a celebrar a mediados de agosto.

Atravesamos la feria y llegamos a la parte de las exhibiciones. La explanada era enorme y había todo tipo de animales de ganado, cientos de ellos. Vimos a una vaca con su ternero, y Ryan insistió en hacerme una foto con la cría.

—¡Estáis adorables! —gritó en mi oído para sobrepasar el ruido de la música *country* mientras que me enseñaba la imagen que acababa de capturar en su teléfono.

Luego nos montamos en la montaña rusa y nos apostamos un algodón de azúcar al primero que bajase las manos. Ninguno lo hizo, así que quedamos empate.

Después fuimos a la noria y, aunque tuvimos que esperar un buen rato en la cola, mereció mucho la pena por las vistas.

—¿Una foto? —me preguntó cuando llegamos al punto más alto.

Le dije que sí con la cabeza. Estiró el móvil delante de nosotros, asegurándose de captar el fondo, y luego me pasó el otro brazo por encima de los hombros. Mirando a cámara, acercó su cara a dos centímetros de la mía. Noté el calor que desprendía y mi piel se erizó mientras sonreía a la pantalla.

—Bueno, como hemos empatado, déjame que te invite yo al algodón de azúcar —dijo cuando bajamos de la noria—. Pero antes tendremos que cenar algo, ¿no? ¿Qué te parece un perrito caliente con un refresco hasta arriba de hielo?

—¡Suena genial! Me muero de hambre —confesé.

Compramos la cena y nos sentamos en una de las mesas de la zona de comida, donde había algo menos de ruido. Hablamos un poco sobre los animales y las atracciones hasta que Ryan cambió de tema.

—A propósito, Emery, sé que ya te lo comenté, pero… No le digas nada de esto a Olivia. Nada. Ni que vine ni mucho menos que hemos estado juntos. Siempre piensa lo peor de mí, y yo no quiero, no puedo —se corrigió— con más peleas.

—No te preocupes. No diré nada. Igualmente…, no ha pasado nada.

—Claro que no —me miró—, pero tú no la conoces como yo. Es celosa a niveles enfermizos, y de todo busca un problema. De verdad, no sabes como es.

Le di otro sorbo a mi bebida y luego me limpié suavemente con la servilleta.

—Y ¿siempre ha sido así? Vuestra relación, digo. No parece que estéis muy…

—…Porque no lo estamos —me interrumpió—. Es agotador. Y mira que yo lo intento una y otra vez, pero es imposible. Realmente nunca… —Se encogió de hombros y negó con la cabeza dos veces—. No sé —dijo antes de suspirar y desviar la mirada—. Cuando éramos novios yo dejé Nueva York por ella, para ir a Oregón, pero teníamos muchos gastos, y el alquiler cada vez era más caro. Luego nos casamos. Al poco tiempo falleció mi padre y me dejó la casa. Una casa en propiedad que estaba mucho más cerca de mi base. Era lo mejor para nuestra familia. Pero Olivia nunca me lo ha perdonado.

Nunca. Siempre me está recriminando que nunca estoy en casa y que lo dejó todo por mí, pero la razón por la que no estoy es porque estoy trabajando para que ella pueda permitirse la vida que tiene, ¡y no lo valora! —Bajó el puño hasta dar en la mesa—. Es desesperante.

Con un movimiento pausado, coloqué mi mano encima de la suya.

—Siento mucho que Olivia no aprecie la suerte que tiene.

Ryan me miró con el rostro serio. Sus ojos celestes brillaban sosteniendo los míos, y entonces volvió a ocurrir: desapareció la gente, la música, el ruido.

◆ ◆ ◆

Me desperté temprano para que Ryan se encontrase un desayuno delicioso cuando se levantase. Después no hubo más baños ni música, tampoco películas. Al terminar de comer, Ryan se dio una ducha y luego preparó la maleta. La mañana pareció pasar en cuestión de segundos, y antes de que pudiese darme cuenta, estaba en la puerta principal para despedir a mi jefe.

—Bueno, será mejor que me vaya ya, no quiero arriesgarme a que haya un atasco o algo así. —Cruzó el umbral y yo concentré todas mis fuerzas en refrenar las lágrimas—. Emery —se giró una última vez—, hacía mucho, mucho tiempo, que no me lo pasaba tan bien como lo he hecho estos días. —Apreté los labios y parpadeé varias veces para contenerme—. Nos vemos pronto. Adiós.

Después de despedirle con un leve movimiento de mano, me quedé inmóvil mientras veía cómo se alejaba de mí y, cuando se montó en el coche y lo vi cada vez más pequeño en la carretera, dejé que mi espalda resbalase por la puerta hasta llegar al suelo.

Entonces rompí a llorar.

14
EMERY

Olivia volvió días después de que Ryan se hubiese marchado. Regresó de muy buen humor y con las pilas recargadas. No le extrañó mucho cuando le conté cómo habían montado y llenado la piscina los muchachos de la tienda y que, además, habían traído unas tumbonas de regalo. Su mayor preocupación al respecto fue que yo me ocupase de la limpieza y los químicos para que ella pudiese disfrutarla sin problemas.

El calor continuaba con fuerza, y nosotras retomamos la rutina del día a día, con la diferencia de que Olivia se pasaba el día en la tumbona, leyendo o mirando el teléfono. Ya nunca me ayudaba, ni siquiera a recoger la mesa después de comer. Tampoco me invitaba a acompañarla, ni a tomarme un descanso o a darme un baño con ellos para refrescarme. Parecía estar en su mundo y no querer que nadie la molestase.

Aunque sí que me habló sobre el viaje y sobre sus padres. Me contó que había aprovechado para hacer unos vídeos muy chulos en el avión para el perfil de RJ, y también me recordó que teníamos que grabar una de las colaboraciones mensuales con la marca de pañales con la que siempre trabajaba.

—Mi padre no puede volar por la bombona de oxígeno, si no vendrían a vernos a menudo —me explicaba—. No sabes cómo lloraba mamá cuando le conté que sería abuela por segunda vez. Era una noticia que tenía que darles en persona, ¿sabes? Tenía que hacerlo. —Suspiró—. Me da tanta pena que estén tan solos… —Noté

que sus ojos empezaban a brillar más de la cuenta—. Ojalá hubiese tenido hermanos. ¿Tú tienes hermanos o hermanas, Emery?

—No, yo también soy hija única.

Olivia se recogió el pelo naranja y luego lo dejó caer en su espalda. La luz del día dejaba ver mejor que nunca las pecas que cubrían su nariz afilada y la parte superior de sus mejillas. Me miró y sonrió.

—Y ¿qué tal por aquí? ¿Se ha portado bien Buster?

—Muy bien, si es un amor de animal, ya lo sabes.

—Siento haberte dejado tanto tiempo sola, Emery.

—No pasa nada.

—¿Qué has estado haciendo?

—Nada en especial. He aprovechado para descansar, tal y como me dijiste.

—Muy bien, te merecías un descanso. Por cierto, mañana tengo ecografía. *La* ecografía —levantó las cejas.

Yo sacudí la cabeza, dando a entender que no sabía a qué se estaba refiriendo.

—En la que me dicen el sexo del bebé. —Me llevé una mano a la boca y ella asintió—. Y me encantaría que me acompañases.

En cuanto le dijeron que era un niño, Olivia empezó a referirse a él como Parker. Me dijo que era el nombre de su padre. Yo me preguntaba si había consultado una decisión tan grande como esa con Ryan, aunque estaba segura de que no.

Cuando volvimos a casa me pidió que escanease la ecografía para mandársela por correo electrónico a su madre. No mencionó a su marido ni una sola vez. Ni una.

Cada vez entendía mejor la frustración de Ryan, su agotamiento. Lo único que él hacía era desvivirse trabajando para que Olivia pudiese tener una vida de ensueño, ¿y eso era todo lo que recibía a cambio? Tenía que contenerme para no expresar lo que realmente pensaba de su comportamiento egoísta.

Llegó agosto y yo no podía dejar de pensar en aquellos días que pasamos juntos. Repetía en mi mente una y otra vez cada

conversación, cada risa, cada mirada, cada canción. No podía olvidarme de su voz, de su presencia, del aroma que desprendía cuando se acercaba a mí, de su cuerpo empapado en la piscina.

Mientras doblaba la ropa limpia de Olivia y la guardaba en el armario, no podía dejar de pensar en lo mismo y, después de asegurarme de que no había nadie, me encerré en la habitación y abrí la otra parte del armario, donde encontré la ropa de Ryan colgada.

La abracé con fuerza, la olí, me deleité en ella.

Volví a echar un vistazo al pasillo antes de abrir el cajón de su ropa interior. Acaricié las prendas y encontré también tres camisetas negras de manga corta, dobladas una encima de la otra. Eran iguales a la que llevó puesta el día que fuimos juntos a Champlain Centre. Agarré una de ellas y me la escondí debajo de la ropa, sujetándola con el elástico del pantalón.

◆ ◆ ◆

—Ah, mi marido llega mañana —dijo Olivia como si nada mientras pasaba una hoja de la novela que estaba leyendo.

Sentí cómo el color desaparecía de mi cara. ¿Iba a volver a verle en tan solo veinticuatro horas?

—Así que asegúrate de poner sábanas limpias en nuestra cama y dejar el baño de la habitación perfecto. Ya sabes cómo es.

¿Cómo es él? ¡Si eres tú la que se queja por todo!, grité en mi mente.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse el señor Keller? —me atreví a preguntar.

—Quince días; sus vacaciones de verano. Solo en verano y en navidad tiene tantos días libres seguidos —explicó y luego echó la cabeza hacia atrás para mirarme—. No sé si voy a sobrevivir tanto tiempo con él —bromeó con un gesto en el que sacó la lengua y se pasó la mano por el cuello como si se lo cortase.

—¿Es que no quieres que venga? —dije, intentando controlar mi tono.

Olivia cerró el libro y se incorporó, descansando los pies en la hierba. Se bajó las gafas de sol y me miró.

—Emery, no seas boba, por favor. Claro que quiero que venga; es mi marido. Pero también sé que cuando lo haga vamos a volver a discutir. El matrimonio… —Suspiró y puso los ojos en blanco— es complicado. Ya lo entenderás cuando te cases —dijo antes de volverse a tumbar bocarriba.

No dije nada más. En lugar de eso, me fui a limpiar su habitación a fondo para que Ryan encontrase todo perfecto y estuviese a gusto. Y, aunque no se lo dije, me quedé con las ganas de hacerlo: *Ya lo entiendo, Olivia. Ya lo entiendo todo,* le contesté en mi mente mientras estiraba las sábanas sobre las que dormiría su marido.

◆ ◆ ◆

Ella ni siquiera fue a recibirlo a la puerta, así que, cuando entró en la cocina, me vio a mí primero. Estaba vestido con el uniforme militar, y a mí se me paró la respiración cuando nos miramos. Cuando me sonrió fui incapaz de moverme. Abrió la boca para decirme algo, pero entonces RJ fue gateando hacia él dando gritos. Su padre se agachó y lo levantó por los aires. Le dio un montón de besos y el bebé se rio a carcajadas. Luego se acercó a mí y recorrió lentamente mi cara de arriba abajo con la mirada.

—Está… —Levanté la mano por encima de mi hombro, señalando con el pulgar la ventana, desde la cual se podía ver a Olivia en la tumbona leyendo. Ryan apretó la mandíbula y asintió.

—Me alegro de volver a verte —susurró y me guiñó un ojo.

Me humedecí los labios y él salió al patio. Se acercó a Olivia y se agachó para besarla en los labios. Apreté los puños con fuerza y la piel me empezó a arder.

Ni siquiera se había levantado para recibirlo. ¿Cómo podía ser tan desagradecida? ¿Cómo podía despreciar tanto a un hombre así? ¿Por qué no valoraba al marido que tenía?

Ryan dejó a Junior en el suelo, que empezó a perseguir a Buster, y se sentó a los pies de la tumbona. Olivia le puso las piernas encima y él comenzó a acariciarlas mientras hablaban. Le tocó la barriga con

suavidad y luego se inclinó para besarla nuevamente, esta vez de una forma más intensa, sujetándole la cara con una mano y con la otra acariciando su muslo.

Rechiné los dientes hasta hacerme daño. Cuando dejó de besarle, se enderezó y fue entonces Olivia quien se lanzó hacia él. Ryan levantó la vista y encontró la mía. Olivia se hizo un hueco en su cuello a la vez que él le frotaba la espalda.

Nos miramos durante todo el tiempo que estuvieron abrazados.

◆ ◆ ◆

Serví el desayuno mientras que Olivia le hablaba a Ryan sobre el viaje a Oregón.

—Por cierto, Ryan, entonces ¿qué ha pasado con la feria de Elizabethtown? —preguntó Olivia mirando su teléfono.

Cruzamos las miradas de forma fugaz al mismo tiempo que el vaso que estaba rellenando con zumo se volcó, llenando una parte de la mesa de líquido naranja.

—¡Emery, por Dios! —exclamó Olivia levantándose de golpe—. ¡Ten más cuidado! ¡Mira cómo me has puesto!

—Lo siento —me disculpé después de coger el trapo de la encimera y empezar a limpiar el desastre que había causado.

—Joder —se quejó Olivia antes de irse de la cocina.

Ryan echó la silla hacia atrás, haciendo equilibrio sobre dos de las patas para comprobar que ya no estaba en el pasillo y luego se dirigió hacia a mí con cara de preocupación.

—¿¡Se lo has contado!? —susurró con nerviosismo.

—¡No, no! ¡Se lo juro! —Me acerqué a él y bajé aún más la voz—. No sabe nada, ni que estuvo aquí ni nada. Se lo juro, señor Keller —murmuré con tono de súplica.

Oímos cómo empezaba a bajar los escalones y me alejé de él para seguir limpiando la mesa.

—Bueno, ya está, no ha pasado nada —dijo al entrar. Vi que se había cambiado la camisa. Se sentó y se sirvió en el plato—. Lo que te estaba diciendo: ¿que qué ha pasado con la feria? —volvió a preguntar, a la misma vez que cubría las tortitas con sirope de arce.

Levanté la vista y pude ver cómo bajaba y subía la nuez en el cuello de Ryan. Se había quedado pálido. Me miró de nuevo durante un segundo.

Olivia le miró y mostró las palmas de las manos, como exigiendo una respuesta.

—No… No sé a qué te refieres, Oli.

—Ay, Ryan, de verdad. —Negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Cogió el teléfono y después se lo pasó para enseñarle algo —. Esto.

Vi sus ojos bailar de un lado a otro de la pantalla mientras sujetaba el móvil entre sus dos manos.

—Ah. —Dejó caer los hombros.

Me froté la barbilla con el reverso de los dedos y creí escuchar mi propio corazón aumentar el ritmo de los latidos.

—Es que no lo entiendo —dijo Olivia metiéndose un trozo de tortita en la boca—. Todos los años es en agosto, si siempre vamos en tus vacaciones, ¿por qué la han puesto este año en julio?

—Ni idea, cariño —murmuró y le devolvió el teléfono.

—Qué fastidio, fue cuando estaba en Oregón. Con la ilusión que me hace siempre —habló con un tono infantil, dedicándole una mueca de tristeza.

—No te preocupes, mi amor, que todavía queda tu cumpleaños. Haremos lo que tú quieras. —Se acercó para besarla.

Sentí que se me desencajaba la mandíbula. Salí al patio con paso ligero, sin decir nada. Me puse a limpiar el comedero y el bebedero de Buster para fingir que estaba ocupada. Luego volví a entrar para recoger el desayuno y vi que ya no estaban en la cocina. Se habían ido sin decirme nada. Parecía que ahora no existía para Olivia, aunque cuando estaba mal yo era su paño de lágrimas, su *ángel*. Me quede pensando que, a veces, parecía que solo utilizaba a las personas a su conveniencia.

Me sequé las lágrimas y encendí el corta césped. Más tarde sería imposible pasarlo debido al calor. Recorrí el patio, arreglando la hierba durante un buen rato. Me empapé en sudor a pesar de que aún era muy de mañana. Creo que pasó algo más de media hora cuando Olivia me llamó desde la puerta del patio.

—¡Nos vamos! ¡Más tarde nos vemos! —se despidió con la mano y desapareció sin darme tiempo a responder.

Los tres primeros días pasaron la mayor parte del tiempo fuera, por lo que apenas pude ver a Ryan. Me dejaban a cargo de RJ, de Buster y de la casa, y ellos se arreglaban y se iban no sé a dónde. Al parecer, Olivia no se conformaba con ir a cenar solo una noche para celebrar su cumpleaños. El poco rato que los veía estaban cariñosos, abrazándose y besándose.

Cada noche temí volverme loca. Los imaginaba ahí, en la cama, desnudos. En la misma cama donde dormí aquellos días en los que solo fuimos Ryan y yo. Porque él era así: él era el hombre que prefería dormir en el sofá para que yo durmiese en su cama, para que estuviese bien. Él era el hombre que trabajaba día y noche para que su mujer viviese entre lujos, aunque ella lo despreciase una y otra vez. Él era uno entre un millón, y Olivia ni lo valoraba ni lo merecía.

Que no se escuchase nada de lo que sucedía en la planta de arriba desde el sótano me producía sentimientos encontrados; por un lado, odiaba no saber y, por otra parte, casi lo agradecía. No sabía si podría soportar oírlo. Apenas soportaba imaginarlo.

Pero la cuarta noche todo cambió. Olivia y Ryan llegaron de madrugada, peleándose a gritos. Subí las escaleras del sótano a gatas y pegué la oreja a la puerta metálica.

—¡Baja la voz! ¡Vas a despertar a RJ!

—¿¡Ahora te importa tu hijo!? —oí decir a Olivia. Me pareció que estaban cruzando el pasillo.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Sabes perfectamente que vosotros dos sois todo para mí.

Olivia se rio de forma amarga.

—Ryan, eres un narcisista y un mentiroso patológico. Necesitas ayuda, te lo digo de verdad. Pídele al ejército que te ponga un psiquiatra porque lo tuyo no es normal.

—Olivia, por Dios. Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Otra vez estás viendo cosas donde no las hay.

—Ah, ¿sí? Pues entonces déjame leer toda la conversación.

¿La conversación? ¿De qué están hablando?, me pregunté extrañada.

—Olivia… —suplicó Ryan.

—Venga, si me lo estoy inventando todo, ¿no? Todo está en mi cabeza, ¿verdad? Dame el móvil entonces. Déjame ver de qué habláis tú y *Emily*. Déjame verlo —volvió a insistir.

—¿Estás hablando en serio? Después de todo lo que he hecho por ti, por nuestra familia. ¿Todo lo que te interesa es mirar un puto móvil? ¿Eso es lo que confías en mí? Está claro que si lo que necesitas es registrar mis cosas tienes un problema muy grave. Muy grave.

—Por supuesto. Por supuesto que lo tengo —dijo Olivia bajando mucho el tono de voz. Oí sus pasos alejarse—. Que disfrutes del sofá.

Un fuerte golpe hizo que me sobresaltase. Ryan había debido de pegarle un puñetazo a la pared o a algún mueble.

◆ ◆ ◆

El viernes por la tarde estaba en el sótano, tirada en la cama con la nariz clavada en la camiseta de Ryan cuando alguien golpeó cinco veces seguidas mi puerta.

—¡Un momento! —exclamé antes de esconder la camiseta debajo del colchón.

Subí las escaleras y abrí la puerta. Era él.

—Hola. Olivia no está —señaló la puerta principal—. Ha ido al pueblo, a una reunión de la escuela infantil. Parece que está pensando en apuntar ya a Junior para que se vaya acostumbrando.

—Ah.

—Como estamos solos, digo que… Bueno, que tenía ganas de hablar contigo. Y me ha parecido buen momento.

Asentí varias veces con movimientos rápidos.

—¿Vamos al salón? Estaremos más fresquitos —propuso.

Ryan fue a por una cerveza y a mí me trajo un refresco de cola. Luego nos sentamos juntos en el sofá, mirándonos cara a cara.

—Me imagino que nos oíste anoche. Lo siento mucho. Es que se pone como una loca a gritar y no hay manera de calmarla. Me saca de mis casillas —dijo con los dedos clavados en la sien.

—No se preocupe. Me pareció oír voces, pero la verdad es que estaba superdormida.

—Menos mal. Lo último que quería era molestarte a ti.

Sacudí la cabeza para darle a entender que no había sido el caso.

—¿Qué pasó?

—Pues lo de siempre, que después de gastarme un dineral en restaurantes y regalos, Olivia encontró una excusa para pelear. Me quitó el móvil mientras estaba en el baño y empezó a rebuscar entre mis conversaciones.

—Con Emily.

—Pensé que no habías oído nada. —Levantó las cejas.

—No… Casi nada… Solo eso.

Él suspiró y le dio un trago al botellín de cerveza.

—Sí, leyó una conversación con Emily —admitió.

—Y ¿quién es? ¿Quién es ella? —intenté disimular mi ansiedad.

—Una chica que trabaja en mi base, una de las auxiliares administrativas. Tenemos que estar en contacto por temas laborales, al igual que con muchos otros trabajadores. A Olivia le da igual todo el peso que llevo sobre los hombros, me está volviendo loco. No sé qué es lo que quiere.

Pasé las uñas por la tela verde del sofá y clavé la vista en la costura, que estaba a punto de descoserse.

—Pero, ¿qué fue lo que leyó para enfadarse tanto?

—¡Nada! ¿¡Qué va a leer!? —exclamó—. Solo se puso así porque es otra mujer. Como te había dicho: son celos enfermizos. No tienen ningún tipo de sentido.

—Entonces entre usted y esa tal Emily… ¿no hay nada?

—¡Por supuesto que no hay nada! —contestó con tono ofendido—. Mira, Emery, yo seré muchas cosas, pero cuando estoy enamorado soy el hombre más fiel sobre la faz de la tierra. Yo sería incapaz de hacer algo así, joder. Mi único crimen ha sido reventarme a trabajar.

—Olivia… Ella no se está portando bien con usted —concluí.

Ryan se giró y descansó la espalda. Le dio otro trago a la cerveza y luego apoyó el cuello por completo en el sofá. Resopló con la mirada clavada en el techo mientras que yo no podía dejar de mirarle la vena que se le marcaba en el lateral del cuello.

—Ojalá todo fuera más fácil. Ojalá todo fuera… —se detuvo un momento— como esos días que pasamos juntos —movió la cabeza para mirarme y me sonrió con la mitad de la boca—. Hacía años que no disfrutaba tanto, te lo juro. Contigo todo es tan fácil. —Se incorporó de nuevo y se acercó un poco a mí—. Tengo que confesarte que te he echado de menos… —Se humedeció los labios antes de continuar—. No podía dejar de pensar en el tiempo que pasamos juntos.

Tragué saliva.

—A mí me pasa lo mismo —confesé entre susurros.

—Tú eres la única que me comprende.

—Señor Keller, yo… —Bajé la vista, pero entonces él me puso su mano en la barbilla y me levantó la cara, obligándome a mirarle.

—Llámame Ryan. Llámame por mi nombre —ordenó en voz baja.

—Ryan… —Di una pequeña bocanada de aire.

Una vibración procedente de nuestras piernas se interpuso entre nosotros. Le siguió una melodía conocida. Me quitó la mano de la cara y sacó el teléfono de su bolsillo para descolgar la llamada.

—Dime, Oli…Sí…Tranquila, no te preocupes…Vale...De acuerdo… Ahora mismo salgo…Hasta ahora —se despidió. Volvió a guardar el teléfono y se secó el sudor de las manos en los vaqueros—. Era ella. Ha pinchado una rueda y necesita que vaya a buscarla. —Se levantó.

Yo le imité sin saber por qué. Se acercó al mueble que había debajo de la televisión y abrió uno de los cajones. Sacó un rotulador y caminó hasta ponerse delante de mí. Me agarró el brazo izquierdo y empezó a escribir unos números.

—Mándame un mensaje que diga: «Sargento, soy Mark, de la base militar. Este es mi nuevo número». Te guardaré con ese nombre, no me vuelvas a hablar hasta que no vuelva a Luisiana, y recuerda lavarte bien el brazo. Ahora tengo que irme.

Asentí dos veces y nos miramos en silencio.

Me acarició levemente la mejilla con dos dedos antes de marcharse.

15
LUCÍA

Son la una y media del mediodía y Olivia todavía no ha salido de su habitación. Hoy es domingo, así que nos quedamos en casa. Desde el gran ventanal de la cocina veo a los niños en el patio, que están jugando a la pelota en compañía de Buster mientras que yo preparo el almuerzo.

No exagero si digo que anoche fue de las peores noches de mi vida. No tenía manera de conciliar el sueño después de todo lo que vi en redes sociales. No paraba de dar vueltas y vueltas, de tener sudores fríos y náuseas. Cuando empezaba a quedarme dormida me espabilaba a los minutos y vuelta a empezar. Creo que, de seguido, solo logré dormir durante una hora y pico.

A Buster me lo terminé llevando a rastras al patio. No había forma de que se moviera por voluntad propia. Está completamente obsesionado con la cómoda —o con lo que sea que hay en el cajón cerrado—. No voy a negar que intenté abrirlo cuando volví al sótano, pero no pude, y tampoco quise forzarlo más para acabar rompiéndolo.

Estoy segura de que la antigua au pair se dejó ahí algo de comida, eso explicaría la fijación del animal. Quisiera pedirle la llave a Olivia porque lo que sea que está ahí se debe de estar pudriendo, pero si le cuento cómo he descubierto que hay comida olvidada ahí dentro, se va a enfadar conmigo y voy a tener problemas; me ha dejado bien clarito varias veces que Buster tiene prohibido bajar al sótano.

Tal vez tenga que inventarme cualquier otra excusa para conseguir la llave, aunque para ser sincera, el cajón cerrado de mi habitación es la menor de mis preocupaciones en estos momentos. Lo que realmente me está comiendo por dentro es lo que le tengo que contar a la madre de los niños.

A estas alturas del día ya me he imaginado cientos de conversaciones ficticias; lo que yo diría, cómo se lo tomaría ella, la forma en la que llorará cuando vea todo lo que tengo que enseñarle, el ataque de ansiedad que le provocará todo esto… La situación no puede ser más desagradable, y no hay forma noble de tomarse la noticia. Ni de contarla.

El sonido de sus pasos bajando las escaleras me saca de mis pensamientos. Olivia aparece en la cocina andando muy despacio, con las piernas separadas y con una mano en los riñones y otra en su enorme barriga. Está pálida y las grandes ojeras marcan su rostro anguloso.

—Buenos días. —«Buenos días» dice… si van a dar las dos de la tarde. Me sonríe y procede a sentarse—. Huele delicioso, Lucy, como de costumbre.

¿Como de costumbre? No contesto. Olivia siempre tiene algo malo que decir de la comida que preparo: o tiene mucha sal o tiene poca, se ha quemado o está poco hecho, la presentación no es adecuada, tiene mucha grasa o es muy poca cantidad… Definitivamente tengo que tener la cabeza muy bien amueblada para que esta mujer no acabe volviéndome loca, porque vaya tela.

—Querida, he estado pensando que tal vez sería una buena idea hacer una cena un poco más especial. Con todo lo del embarazo, lo de Ryan… no he tenido oportunidad de hacerte una bienvenida como Dios manda, y te lo mereces —dice con una sonrisa que parece sincera. Luego se levanta y me toma las manos—. Quería pedirte disculpas, Lucy. Soy consciente de que he estado muy irascible desde que llegaste y no te lo he puesto nada fácil, pero quiero que sepas que yo no soy así, yo no soy… —Da una bocanada de aire. Parece que se está emocionando.

—N-no pasa nada, Olivia, de verdad. Lo entiendo perfectamente: tienes dos niños muy pequeños, un embarazo delicado y a tu pareja

lejos. Entiendo por lo que estás pasando, y lo siento.

Entonces Olivia hace algo que no me esperaba en absoluto: derrama un par de lágrimas y lleva su mano derecha hasta mi cara para acariciarla.

—No sé qué haría sin ti. Aquí sola con ellos… Eres un ángel, un auténtico ángel. —Lleva la vista al ventanal y se queda unos segundos en silencio mientras mira a sus dos hijos—. Nuestro ángel… —repite.

Deben de ser las hormonas del embarazo. Tiene que ser eso. No es normal que una persona sea tan cambiante, que se enfade en menos de un segundo y que se emocione en dos, que parezca odiarme y luego quererme a rabiar. Olivia está en un estado físico muy delicado, y le está pasando factura a su salud mental.

Suspiro pausadamente y me retiro un poco para que aparte la mano de mi cara. Ella vuelve la vista hacia a mí y nos sonreímos de nuevo. Luego se seca las lágrimas y se sienta otra vez en la mesa del comedor, esta vez con mi ayuda.

—Disculpa, querida —suelta una risita—. Esto es una montaña rusa. —Baja el rostro hasta su barriga y la acaricia en su totalidad varias veces—. Espero que esta niña salga pronto. Bueno, como te comentaba, tal vez podrías preparar algún plato típico de tu país: unos tacos, o tal vez unos burritos.

Bajo las cejas.

—Olivia, yo soy española.

—Lo sé, por eso mismo lo digo, para que te sientas como en casa —exclama con una sonrisa.

—Eh… —Sacudo la cabeza. Retiro la silla que está a su lado y me siento yo también—. Olivia, tengo que hablar contigo sobre algo importante. —La saliva baja por mi garganta de forma atropellada y siento que me tiemblan las manos.

—¿Qué ocurre, Lucy?

Tomo aire una vez más antes de hablar.

—Es un poco delicado, es… es sobre los niños.

La mujer se lleva una mano al pecho y se pone en pie de un salto. Rodea la isla de la cocina y se acerca hasta el ventanal, donde puede ver a Junior y a Parker jugando a la pelota.

—¿Ha pasado algo con ellos? —Gira bruscamente el cuello para mirarme—. ¿Habéis tenido problemas en el pueblo? ¿En la escuela infantil? —Noto que respira de forma acelerada.

—No, no. No es eso. —Yo también me levanto y llego hasta la isla, que es lo único que nos separa en estos momentos. Apoyo las palmas de las manos en el mármol—. Es por… A ver —me humedezco los labios—, el otro día, por casualidad, me salió un vídeo de los niños en internet y vi el perfil que les hiciste.

—Mmm —murmura Olivia a la vez que se cruza de brazos. Sus labios se tensan, formando una línea recta, y yo me doy cuenta de que su estado de ánimo está a punto de cambiar.

Trago saliva otra vez y noto que tengo la garganta seca.

—Los vídeos son muy bonitos y muy graciosos, ese no es el problema…

—…No sé a dónde estás tratando de llegar, Lucy —me interrumpe —, y me estás poniendo de los nervios con tanto misterio.

—Olivia, hay un montón de hombres comentando los vídeos y siguiendo el perfil de los niños.

—No veo cuál es el problema. ¿Te parece mal que quiera tener recuerdos de mis hijos? ¿Que utilice esa plataforma para que su padre no sienta que está perdiéndose su infancia? —Se le tensa la mandíbula y el color empieza a volver a su rostro.

—No, no, claro que no. Pero es que esos hombres… —intento explicarme mientras que gesticulo en el aire— ellos…

—…no puedo creerlo, Lucy, de verdad que no puedo creerlo —vuelve a interrumpirme—. Hoy intento hacer las cosas bien, para que te sientas querida, y tú encuentras algo con lo que fastidiarlo. Doy todo de mí por mi familia, y a ti solo se te ocurre juzgarme como madre.

—¡No! ¡No es eso, Olivia! No te estoy juzgando, de verdad, solo quiero advertirte de algo.

—¿Advertirme? No seas ridícula, niña, no hay nada malo en esos vídeos. Tú misma eres quien los graba ahora, ¿recuerdas?

No puedo más.

Son semanas manteniendo la compostura, tragando y adoptando un papel de inferioridad ante ella. Semanas de no poder decir lo que

siento o lo que pienso de verdad sobre nada, porque solo soy una empleada. Pero esto es demasiado. Esto no es sobre mí o sobre ella, es sobre los niños. La rabia que he ido acumulando todo este tiempo debido a su actitud cambiante, a sus faltas de respeto y humillaciones hace que acabe explotando de la peor de las maneras.

—¡Son pedófilos! —grito pegando fuertemente en la isla con las palmas de las manos—. ¡Pedófilos, Olivia! ¡Están usando muchas de esas imágenes como si fuera pornografía! —mi voz desgarrándose me sorprende a mí misma.

Olivia agranda los ojos y retrocede hasta chocarse con la encimera.

—¿Cómo te atreves? —susurra con un hilo de voz—. A… a hablarme así, de esa manera. ¿Cómo te atreves a decir esas barbaridades en mi casa? —Su tono se descontrola una vez más y las lágrimas vuelven a rodar por su rostro—. ¿Cómo puedes estar tan enferma para pensar algo así? Tienes la mente… podrida —escupe con mucho desagrado.

—Que yo tenga o no la mente podrida da igual, lo que te estoy contando es un hecho. ¡Es una realidad, no una interpretación mía! Mira los comentarios, lo que les dicen a tus hijos, ¡es obvio, joder! ¿Cómo no has podido verlo tú antes?

—Lucy —su tono se suaviza un poco—, estoy segura de que todo esto se trata de una equivocación.

—¡No! No me digas que se trata de un mal… de un mal… —intento decir la palabra «malentendido» en inglés, pero no paro de trabarme y acabo poniéndome aún más nerviosa— *mis… missa… misunderstood?* —consigo decir al fin, pero con un tono interrogativo, como esperando a que Olivia me confirme si lo he dicho bien antes de seguir hablando.

Olivia se me queda mirando con un gesto impasible durante unos segundos, justo antes de doblarse hacia delante a la misma vez que aúlla de dolor. Rodeo corriendo la isla para llegar hasta ella y sujetarla. Y entonces veo el líquido que está resbalando por sus piernas y formando un charco en el suelo.

Si no fuera por el barrigón, juraría que se está meando encima.

La mujer se sujeta con fuerza a mí y retuerce el cuello de mi camiseta. Empieza a jadear desesperada.

—Una ambulancia, voy a llamar a una ambulancia —digo de forma atropellada—. Tranquila, tranquila —no sé si se lo estoy diciendo a ella o me lo estoy diciendo a mí.

—¡No! —El grito me sobresalta—. No hace falta.

—¿Cómo que no? Hay que llevarte al hospital ahora mismo. ¿Quieres que te lleve yo?

—Acompáñame hasta el coche. —Echa a andar apoyándose en mí —. A unas millas vive nuestro médico, un buen amigo. Ya me había dicho que fuese a su casa cuando me pusiese de parto y que él me llevaría al hospital. Queda de camino y es mucho más rápido que una ambulancia. Y más barato. Tú tienes que quedarte aquí, cuidando de los niños.

—Pero ¿cómo vas a conducir en este estado? —Cruzamos el pasillo juntas—. Yo te llevo a su casa, aunque sea solo hasta allí.

—Te recuerdo que no es la primera vez que me pongo de parto. Además, estoy perfectamente —dice soltándome y abriendo la puerta principal—. Tráeme mi bolso del hospital, es uno marrón con rayas blancas que hay en el baño de arriba, en el mueble de las toallas.

—Pe-pero, Olivia, ¿cómo…?

Vuelve a caminar con normalidad, señal de que ha pasado la contracción. El problema es que vendrán más. ¿Qué va a pasar si le viene otra mientras está conduciendo? ¡Se puede matar! Joder, esta mujer está loca.

—Lucy, la bolsa —me ordena con una mirada fulminante.

Obedezco y subo las escaleras a toda prisa. Cuando vuelvo a bajar, Olivia ya está de pie al lado del todoterreno.

—Te mandaré un mensaje en cuanto pueda para mantenerte al día de todo. Cuida de los niños y no salgáis de la casa hasta que yo vuelva. Quédate aquí pase lo que pase —insiste a la misma vez que abre el coche y, quitándome la bolsa de las manos, se sube en él.

¿¡Se va a ir sola de verdad!?

Se acaba de poner de parto y no se le ocurre otra cosa que coger el coche para conducir por estas carreteras solitarias.

—Olivia, por Dios, entra en razón —suplico apoyándome en la ventanilla.

—No seas ridícula, por favor. No montes un drama de esto, que no es nada del otro mundo. Ya he parido dos veces más y sé perfectamente lo que tengo que hacer.

—Solo te digo que yo puedo llevar…

Pero mi *host mom* no me deja terminar la frase. Arranca el vehículo y, saliendo de la propiedad, se pierde en la carretera.

◆ ◆ ◆

Han pasado unas tres horas desde que Olivia se fue y todavía no sé nada de ella. Hace un rato le envíe un mensaje que decía: «¿Has llegado bien? ¿Estás ya en el hospital? Dime algo cuando puedas, por favor. Estoy preocupada por vosotras».

Y en realidad lo estoy. Olivia lleva todo este tiempo repitiendo lo delicado y de riesgo que es su embarazo, y justo cuando se pone de parto, no se le ocurre nada mejor que irse sola con el coche.

Es de locos. No puedo dejar de comerme las uñas. Ahora estoy con los niños en el salón. Están tirados en la alfombra coloreando en sus cuadernos mientras vemos en la televisión *Bluey*, unos dibujos animados sobre una perrita. De hecho, es la serie favorita de Parker, mientras que Junior prefiere *La Patrulla Canina.*

Y así pasan las horas, como una tortura lenta entre dibujitos y peleas de hermanos, que empiezan a ponerse más revoltosos cuando llegan las últimas horas de la tarde. Después de darles la cena, bañarles y leerles un cuento, se quedan acostados y yo vuelvo a la cocina.

Reviso otra vez el teléfono. Nada. Vuelvo al salón y aprovecho para hacer una videollamada con mis amigos y ponernos al día. Me desahogo un poco sobre el comportamiento cambiante de Olivia, aunque no les cuento los últimos acontecimientos.

Una hora y media después terminamos la llamada y le hago otra a mis padres, entrando menos en detalles y endulzando —tal vez demasiado— mi estancia aquí. Se despiden contentos y yo me hundo aún más en el sofá de terciopelo verde.

Reviso los mensajes otra vez. Nada. Voy al sótano y me pongo el pijama. Vuelvo a subir y voy a la cocina a por un vaso de agua. Luego voy de nuevo al salón. Me siento en el sofá a mirar el teléfono, pero, después de un rato, me empiezo a sentir incómoda, algo insegura. El mueble de madera que sostiene la televisión cruje haciendo que se me encoja el cuerpo durante un segundo. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Miro hacia atrás para comprobar que nadie se ha colado en la casa y está de pie observándome.

Presa de mi propia paranoia, me levanto una vez más y cruzo el pasillo. Atravieso la cocina hasta llegar a la lavandería y abro la puerta trasera. Llamo a Buster, que acude enseguida con la cabeza erguida y poniendo mucha atención en mí. Casi pareciera que me está preguntando: «¿Todo bien?». Le dejo pasar y cierro la puerta con llave. Vamos juntos al otro extremo de la casa y me aseguro que la puerta principal también esté bien cerrada. El labrador no se separa ni un metro de mí.

Entramos en el salón y nos acurrucamos juntos en la *chaise longue*. Mientras le doy mimos a Buster, reviso cada dos segundos mis mensajes con la esperanza de recibir buenas noticias de Olivia y Emery, pero, después de un buen rato sin ver nada nuevo en la pantalla, me acabo durmiendo abrazada al animal.

16
LUCÍA

La estridente melodía del teléfono me despierta. No sé en qué momento esta canción me pareció una buena opción para elegirla de despertador. Las notas agudas me atraviesan el cerebro y se pasean por cada recoveco como si fueran la serpiente de aquel juego para móviles antiguos.

Abro los ojos, que me pesan más de lo normal, y encuentro a Buster en mi regazo, mirando fijamente a la puerta. Pareciera que no nos hemos movido en toda la noche. Noto cómo nuestras respiraciones están sincronizadas, lo que me da una paz incomprensible.

Hasta que me acuerdo de todo.

Olivia. El parto. La niña.

Me incorporo, espabilándome de golpe, y sujeto el teléfono delante de mi cara. Nada. Ni un mensaje. Resoplo un tanto alterada.

Hoy es lunes. Normalmente ahora tendría que estar preparando el desayuno y despertando a los niños para ir a la escuela infantil, pero Olivia dejó bien claro que no saliésemos de casa hasta que ella volviese. Así que supongo que tengo que seguir la rutina de los fines de semana, por lo que dejo que los niños duerman un rato más mientras que yo me pongo a limpiar y a organizar la casa.

Durante la mañana, reviso el teléfono cada diez minutos con la esperanza de recibir noticias. Cuando son las tres de la tarde y ya he terminado de recoger todo lo del almuerzo, salgo con los niños y con Buster al jardín.

Parece que esta noche juntos ha abierto la veda a los mimos, porque Buster no se despega de mi lado. Tumbado en el cesped junto a mí, tiene apoyada la cabeza en mis piernas mientras que yo le masajeo detrás de las orejas. A pesar de las risas de los niños mientras juegan con las espadas de gomaespuma, puedo oír los pequeños ronquidos del animal. Hasta que noto cómo su cráneo empieza a vibrar en mis manos.

Es mi teléfono. Aparto la cabeza de Buster y me saco el móvil del bolsillo.

—¿¡Olivia!? ¿¡Estás bien!?

—Lucy, querida —contesta con tono calmado. Oigo voces de fondo —. Quería haberte llamado antes, pero ha sido imposible. No lo vas a creer: ¡ni siquiera pudimos salir hacia el hospital! Fue llegar a casa del doctor Emerson y empezar con el parto.

—¡Dios mío! ¿Estáis bien?

—Sí, fue un parto largo, pero no pude haber estado en mejores manos. —Oigo de lejos la risa de un hombre—. Ese es Ryan. En cuanto salí de casa le avisé y puso rumbo a Elizabethtown sin pensarlo dos veces. Estamos viviendo un auténtico sueño. Tienes que verla, es preciosa, es una niña preciosa —repite emocionada—. Los Emerson nos están tratando maravillosamente, pero Richard no confía en mandarme a casa todavía, un pequeño desgarre que me está causando alguna que otra molestia —dice bajando un poco el tono de voz—. Nada grave.

—¡Cómo me alegro de que haya ido todo bien! ¡Y de que tu marido esté allí contigo! ¿Cuándo vendréis a casa? Los niños no paran de preguntar por vosotros.

—Espero que muy pronto, en cuanto el doctor me lo permita. —Un llanto tan agudo como desgarrador empieza a atravesar el altavoz, haciendo que lo separe de mi oído de forma instintiva—. Dámela, dámela, Ryan, tendrá hambre. —Olivia empieza a arrullar a la bebé —. Ya, mi amor, ya está. —El llanto cesa de pronto—. Lucy, querida, como ves no doy abasto. ¿Está todo bien por allí?

—Sí, sí, sin problema. Los niños están genial, solo que preguntan mucho por vosotros —vuelvo a insistir.

—Ya me lo imaginaba. Pronto estaremos por allí. Por favor, cuida mucho de ellos. Llamaré a la escuela de Junior para contar por qué no está yendo a clases. Ahora tengo que colgar, estoy dándole el pecho a Emery.

—Claro, no te preocupes por los… —Cuelga el teléfono antes de que pueda terminar la frase.

◆ ◆ ◆

Pasan tres días más hasta que vuelvo a tener noticias de Olivia, esta vez a través de un mensaje en el que me pregunta por los niños y en el que me envía dos fotos, una de Emery sola y otra en la que sale con el padre. La niña es una monada, aunque mi atención se va por completo hacia Ryan, ¡vaya hombre! Cada vez que lo veo me parece más guapo. Me voy a morir de la vergüenza cuando lo conozca.

Los días continúan lentos y agotadores. Sigo con mi rutina diaria de limpieza para mantener la casa lo mejor posible. Olivia podría volver con Ryan en cualquier momento, y no quiero que se lleve una mala impresión de mí. Por otro lado, el estar días sin salir de casa empieza a pasar factura a los niños, que se aburren con facilidad y preguntan por mamá y papá sin parar. Pero yo me lo tomo con filosofía, aprovecho el enorme patio de la casa y me invento mil juegos nuevos para mantenerlos entretenidos. Gracias a Dios que tenemos este espacio al aire libre para jugar, porque de lo contrario se me caería la casa encima. Además, Buster se ha convertido en mi mejor aliado para vigilar y entretener a los pequeños. Ya no sé qué haría sin este peludín.

Falta poco para la hora de cenar y, como quedaron restos de este mediodía, estoy en el sofá con los niños y Buster viendo la película *Bolt*. Los niños la han debido de ver unas veinte veces, pero es la favorita de ambos y la que piden siempre. Estamos los cuatro acurrucados debajo de la enorme manta de cuadros cuando oímos trastear la cerradura de la puerta principal. Buster es el primero que levanta la cabeza y, tras girarla, salta con un movimiento ágil que

arrastra la manta hasta el suelo. Parker se ríe y el animal sale disparado en dirección al pasillo.

Esta vez no pueden ser imaginaciones mías.

Camino con cautela siguiendo al perro, que se planta delante de la puerta moviendo el rabo de forma alegre y levantando las patas de forma alterna. Escucho un ruido detrás de mí y, al girarme, me doy cuenta de que los niños me han seguido hasta aquí. Junior se frota uno de los ojos, soñoliento, y Parker me pregunta si es mamá. Yo no digo nada y vuelvo de nuevo la vista hacia la puerta, que entonces se abre.

Olivia aparece apartando la puerta con un brazo y, con el otro, sujetando a la bebé, que duerme plácidamente.

—Hola, chicos —susurra.

Los niños sueltan algún alarido de sorpresa y, curiosos, se acercan corriendo a su madre y a su hermana. Olivia se inclina un poco para mostrarles a la niña, que está envuelta en una mantita de ositos. RJ se tapa la boca y Parker se echa a reír. Yo no puedo evitar sonreír ante esta escena.

—Bebé —dice Parker tocándole uno de los mofletes a su hermana —. Bebé —repite, haciendo que todos nos riamos.

—Dios mío, Olivia, es una muñequita. ¡Qué preciosidad de niña! —digo emocionada.

La mujer me sonríe y vuelve a erguirse soltando un quejido incómodo de dolor. Yo no puedo evitar echar un vistazo al exterior de la casa. ¿Dónde está Ryan? ¿Estará aún en el coche?

—Gracias, Lucy, es un regalo del cielo. Un auténtico regalo —parece emocionarse—. Dime, querida, ¿te importaría ir al coche a por mi maleta? Quiero subir a mi habitación y tener un tiempo con mis tres hijos. Necesito descansar.

—¡Por supuesto! Ahora mismo la cojo. ¿Necesitas que os ayude a subir?

—No, gracias, estamos bien.

Asiento y, al pasar por su lado, sonrío mirando a Emery. Le repito a su madre lo bonita que es y acerco mi mano para acariciarle la cara, pero entonces Olivia retrocede bruscamente.

—¿¡Estás loca!? ¿¡Sabes la de gérmenes que puedes tener en las manos!? —Frunce las cejas en un gesto que mezcla el desagrado y el enfado—. Y más conociendo tu falta de higiene personal. No quiero que te acerques a la niña, al menos el primer mes.

Abro la boca, pero la vuelvo a cerrar enseguida; una vez más, Olivia me ha dejado sin palabras. Asiento y salgo de la casa para coger la maleta del coche. Ryan no está aquí y, al volver dentro, veo que Olivia y los niños han desaparecido del pasillo.

—¿Olivia? —pregunto a la vez que pongo un pie en el primer escalón.

—¡Estamos arriba! —oigo su voz en la lejanía.

Subo con la maleta, que pesa un quintal, y llego hasta la habitación principal, que tiene la puerta cerrada. Buster está sentado justo delante, esperando pacientemente a que sus dueños salgan. Toco suavemente con los nudillos antes de hablar.

—Olivia, aquí tengo la maleta.

—Muy bien.

—¿Nece… Necesitas algo más?

—Necesito descansar, Lucy. ¿Puedes comprenderlo? Necesito des-can-sar —exclama en tono molesto—. Ponte a limpiar y estate muy pendiente del teléfono, si necesito algo te mandaré un mensaje.

—De… De acuerdo. ¿Los niños están ahí contigo? ¿Quieres que me los lleve para que descanséis las dos?

Pasa un largo minuto sin que se oiga nada. Bajo las cejas a la vez que me acerco de nuevo a la puerta.

—¿Olivia?

Y entonces la puerta se abre de golpe, haciendo que tenga que dar un paso de repente para no perder el equilibrio, el cual me acerca más a ella.

—Lucy —dice con los ojos inundados—, tengo la vagina desgarrada, dos hijos pequeños y una recién nacida. Mi marido tuvo que volver a la base militar en mitad de la noche, de madrugada, porque uno de sus hombres ha perdido la vida en una práctica de tiro en la que no pudo estar presente. ¿Sabes lo que es eso? —Baja la voz y se acerca más a mí. Las lágrimas ya bajan por sus mejillas —. ¿Sabes lo que es que la persona que más quieres se tenga que

ir? ¿Qué te deje sola con tres niños? —insiste—. Esta situación me supera, y lo único que te pido, lo único, es que me dejes tranquila. —Se sorbe la nariz y se limpia la cara con la manga del jersey. Echa un vistazo a la habitación, la cual no puedo ver porque un perchero lleno de abrigos y bolsos me bloquea la vista—. Tengo que explicarles a mis hijos por qué su padre no está aquí. Una vez más. Necesitamos espacio y privacidad. Lo entiendes, ¿verdad? —pronuncia cada palabra despacio y de forma exagerada, para asegurarse de que capto el mensaje.

Se me queda mirando y no puedo hacer otra cosa más que no sea asentir y murmurar un «lo siento» que ni yo misma alcanzo a escuchar. Da un paso para agarrar la maleta y, arrastrándola al interior de la habitación, cierra de un portazo que hace que se me levanten un poco algunos pelos.

◆ ◆ ◆

Los cinco primeros días Olivia no sale de la habitación en ningún momento. Me pide lo que necesita y yo se lo dejo delante de la puerta. Suele dejar a los niños entrar un rato cada día para que estén con ella y con su hermana, pero a la hora vuelven a salir. Mientras tanto, la rutina diaria sigue igual que siempre: ir al pueblo para llevar a Junior a la escuela, compras en el mercado, pasear en el parque con Parker y Buster, limpieza en casa, cocinar mientras los niños juegan en el patio…

Semana y media después, Olivia y Emery empiezan a pasar algo de tiempo fuera de la habitación. No hemos hablado mucho desde el día en el que llegaron, y la atmósfera se siente bastante tensa; Olivia se muestra distante y apenas pronuncia palabra.

Esta noche los niños han caído enseguida, ni siquiera nos ha dado tiempo de acabar de leer el cuento. Bajo las escaleras con la idea de ir a decírselo a Olivia, pero, al llegar a la planta baja, la escucho entonando una canción:

Hush-a-bye, don't you cry,
go to sleep, my little baby

When you wake, you shall have
All the pretty little horses
Dapples and greys, pintos and bays,
All the pretty little horses

Su voz suena increíblemente dulce y llena de amor. Me espero a que termine de cantar para no interrumpir el momento y entonces entro al salón.

—Ya están dormidos —informo.

Olivia está sentada en la esquina del sofá, dándole el pecho a Emery. Me mira por un segundo y hace una mueca que se quiere parecer a una sonrisa. Luego vuelve la vista a la bebé y, arrullándola, se recoloca el pecho para que siga mamando. Se asegura de que tenga todo el cuerpo tapado por la mantita de colores que la cubre y la mece con ternura.

—Si no necesitas nada más por hoy, voy a darme una ducha y a acostarme.

—Nosotras también nos vamos ya a la cama, en cuanto Emery termine de cenar —explica de forma amable.

—Buenas noches entonces, que descanséis. Dejo el móvil en sonido por si me necesitas.

—Gracias, Lucy, eres un cielo —me sonríe—. Buenas noches.

◆ ◆ ◆

Cuando salgo del baño después de la ducha, veo que la luz del salón está apagada y el pasillo completamente en silencio, por lo que entiendo que ya están todos arriba durmiendo. Antes de ducharme me aseguré de cerrar ambas puertas y de dejar a Buster fuera, durmiendo en su caseta.

Bajo al sótano y, segundos después de tirarme en la cama, mi teléfono personal empieza a vibrar. Es una videollamada entrante de Marina. Respondo y empezamos a ponernos al día la una a la otra. Como siempre, me desahogo sobre la personalidad cambiante de Olivia, aunque omito algunos detalles como el problema con el perfil de los niños en redes sociales. Decido centrarme en contarle lo

bueno: lo mucho que me gusta estar con los niños y lo bonito que es el pueblo de Elizabethtown. Me hace prometerle que le enviaré más fotos de todo.

—¿Y qué tal la primera semana con tres? Me imagino que habrás notado mucho cambio —pregunta con un bostezo a la vez que se maquilla.

—Pues la verdad es que no. De momento está todo el tiempo con la madre. Por lo visto fue un parto difícil y necesitaba mucho reposo. ¡Pero la niña es buenísima! Desde que llegaron, no la he escuchado llorar ni una vez.

Mi amiga deja de pasarse la brocha por las mejillas y vuelve el rostro a la cámara para arquear las cejas y soltar una risita maliciosa.

—Eso pensé yo cuando nació mi hermana: ¡qué buena es! Pero eso es al principio, las dos primeras semanas, vaya. Luego te vas a cagar.

—Hija, qué ánimos.

Hablamos una media hora más antes de que tenga que salir para el trabajo y empezar su día mientras que a mí me empieza a vencer el sueño por terminar el mío.

Antes de irse me pide que mueva la cámara para que vea el cuarto, pero le digo que el móvil está cargando y no puedo moverlo ahora, que ya se lo enseñaré otro día.

Aunque la verdad es que no le he mencionado que no es un dormitorio, sino un sótano lleno de humedades y tuberías que gotean sin parar.

17
EMERY

Olivia y Ryan no acabaron muy bien al final del verano. Se despidieron fríos, con un beso en la mejilla y miradas esquivas. Él había dormido todas las noches en el sofá desde aquella pelea que tuvieron, y la situación no mejoró después.

En los meses siguientes no paramos de intercambiar mensajes prácticamente a todas horas. Ryan se sinceraba conmigo, se desahogaba sobre el desastre que era su matrimonio, y eso le hacía sentir mejor. Decía que solo conmigo podía ser así de vulnerable, que nunca había conectado así con nadie y que no entendía qué le estaba pasando, pero que no podía dejar de pensar en mí ni un segundo.

A veces, muy de noche, cuando ya estaba segura de que Olivia y el niño estaban durmiendo, hablábamos por llamada telefónica en vez de a través de mensajes.

—Me muero de ganas de verte.

Me mordí el labio inferior y sonreí. Mis mejillas se encendían con solo oírle.

—Solo queda un mes —susurré muy bajito.

—Un mes y dos días —me corrigió—. Y no te voy a mentir, Emery, porque a ti no puedo. Ya no. Ya no puedo fingir durante más tiempo, y necesito decirlo en voz alta: tengo más ganas de verte a ti que a ella.

Hundí la cara en la almohada y di un gritito silencioso.

—Como no llegue pronto navidad creo que me voy a volver loca —dije con una risita—. Estos tres meses sin verte han sido una pesadilla.

—Emery, tengo que confesarte que —murmuró con un pequeño jadeo— no dejo de imaginar cómo sería besarte…, tocar tu cuerpo…

Un escalofrío me recorrió desde los pies hasta la cabeza. Me rocé los labios con los dedos y miré al techo del sótano.

—Pero nunca podremos, Ryan —bajé más la voz—. Ella… no lo entendería.

—Lo sé. Y nunca debe saber nada de esto. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí. —Me detuve un instante y suspiré—. Además, lleva un tiempo insoportable. El embarazo le está sentando fatal. A veces pienso que es bipolar, en serio.

—Bienvenida a mi mundo —se rio de forma sarcástica.

—Un día me trata bien y otro mal. Uno se queja por todo y al otro está llorando. No puedo más, Ryan, si no fuera por ti ya me habría ido de esta casa. Olivia está loca.

—Me alegra que por fin alguien se dé cuenta. Esa mujer necesita ayuda urgentemente.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Te vas…? ¿La vas a dejar?

—Por supuesto que me voy a divorciar. Mi matrimonio hace mucho tiempo que está muerto. Pero quiero hacer las cosas bien, no quiero que RJ y el bebé paguen la culpa y acaben sufriendo las consecuencias.

—¿Que paguen…? ¿A qué te refieres? ¿Crees que sería capaz de hacerles algo para hacerte daño a ti o algo así?

—¿La verdad? No lo sé. Mi mujer es impredecible. Tenemos que tener mucho cuidado. No puede enterarse de absolutamente nada hasta que decidamos qué hacer. Puedo confiar en ti, ¿verdad, nena?

—Claro que sí. Nunca se me ocurriría decirle nada.

—Muy bien. Ahora tengo que colgar, ya es tarde. Miraré las fotitos que me has pasado hoy antes de dormir. Te veo en mis sueños, preciosa.

—Adiós, Ryan —me despedí intentando disimular la risita nerviosa que me salía cada vez que me hablaba de esa forma.

Después de colgar, busqué en Youtube la canción *Please come home for christmas*, de nuestro grupo favorito, y se la envié a Ryan. Me quedé dormida con el teléfono en la mano, esperando su respuesta, que llegó a la mañana siguiente en forma de mensaje: «No pienso en otra cosa».

◆ ◆ ◆

RJ avanzaba con pasos torpes mientras que yo le sujetaba las dos manos. Daba pequeños gritos y decía «teh» «teh», mientras perseguíamos al perro, que nos seguía el juego correteando.

Olivia, desde la tumbona, sujetaba el móvil delante de su cara con una sonrisa.

—Suéltalo, a ver si tenemos suerte y grabamos sus primeros pasos.

Obedecí y, muy suavemente, dejé ir a Junior, que estaba completamente concentrado en Buster. Las dos nos quedamos boquiabiertas al ver que seguía caminando. A los pocos pasos se tropezó en la hierba y cayó al suelo. Cuando parecía que iba a empezar a llorar, el labrador le lamió los mofletes hasta que el bebé empezó a reírse.

Olivia y yo nos miramos con ternura y nos reímos de la escena.

—Dios mío, ¡sus primeros pasos! —dijo cubriéndose la boca emocionada y volviendo la vista a la pantalla—. Esto se hace viral fijo.

Me acerqué a ella y me senté en la tumbona de al lado.

—Por cierto, esta mañana me escribieron los de las cremitas para la piel. Quieren volver a trabajar con nosotros, así que hay que ir pensando en qué vamos a hacer. —Hizo una mueca de dolor y se colocó la mano en el bajo vientre. Reposó la cabeza hacia atrás y soltó el aire por la boca, formando un círculo con los labios—. Menos mal que puedo seguir trabajando, no sabes lo mucho que me ayuda. Si no fuera por los cuatro enfermos que… ¡Mira, mira! —exclamó de repente y señaló con el dedo.

Me giré para ver cómo Junior se ayudaba de Buster para levantarse y, con una mano en su lomo marrón, caminaba alrededor

del patio.

◆ ◆ ◆

Los últimos meses no estaban siendo nada fáciles. Aunque había algunos momentos buenos, Olivia estaba insoportable la mayor parte del tiempo y, además, no hacía nada más que estar con el móvil. Usaba la excusa del embarazo para todo.

Qué lejos había quedado aquello de: «vamos a hacer las cosas juntas, trabajando codo con codo». Se comportaba como si tuviera una enfermedad terminal en lugar de un embarazo normal y corriente. Además, había empezado a tratarme otra vez con la punta del pie, y yo cada día la soportaba menos.

—¡Emery! —volvió a gritar desde el sofá—. ¡Tráeme la mantita eléctrica! ¡Emery! —chilló de nuevo como una desquiciada.

—¡Voy! —exclamé, esforzándome en poner un tono alegre que no sonara demasiado fingido.

Subí corriendo en busca de la manta eléctrica y, desde la planta de arriba, escuché cómo volvía a gritar. Bajé a toda prisa, a riesgo de tropezarme con los escalones, y entré al salón.

Le ayudé a colocarse la manta en las lumbares y la conecté al enchufe de la pared.

—Llevo media hora llamándote.

—Perdona, es que estaba…

—…con el móvil —me miró seria—, ¿no? Como siempre. Últimamente no haces otra cosa que estar con el teléfono.

—Lo siento, Olivia, es que…

—…¿Con quién hablas tanto? —me volvió a interrumpir.

Me quedé en silencio, incapaz de mantenerle la mirada.

—Te he hecho una pregunta —insistió.

—Con mi prima Alice —dije de repente. Me senté en el sofá, me sentía mareada—. Hace unas semanas falleció su novio y está destrozada. Cáncer de pulmón. —Fingí que me enjugaba las lágrimas.

—Santo Dios. —Se incorporó, despegando la espalda del respaldo, y se llevó una mano al pecho—. Lo siento muchísimo, Emery, no

tenía ni idea.

—No, si tienes razón, no debería estar con el teléfono en horas de trabajo, pero es que me da muchísima pena. No volverá a pasar.

—No, no. —Puso una mano en mi brazo y con la otra se cubrió los ojos—. Dios mío, perdóname. Este embarazo me está convirtiendo en un monstruo. Perdóname, Emery, por favor. Habla con tu prima siempre que quieras.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Ya haces más que suficiente aquí como para ponerte más normas absurdas y restricciones. Siento haber estado tan insoportable últimamente. Entre las hormonas de este embarazo horrible y los problemas con mi marido… —Se cubrió la cara con ambas manos y yo disimulé una sonrisita—. Tú lo único que has hecho siempre ha sido ayudarme, y yo… —rompió a llorar.

—No te preocupes, Oli, no pasa nada. —Le puse la mano en la espalda y entonces ella se lanzó hacia a mí y me abrazó con fuerza para seguir llorando en mi hombro.

—Todo esto está siendo demasiado. No puedo. No puedo más… No puedo más —repitió entre sollozos.

La consolé acariciándole la espalda mientras que me preguntaba cuántas veces habría recorrido Ryan el mismo lugar con sus manos desnudas.

18
EMERY

Olivia había pasado las últimas semanas prácticamente encerrada en su habitación, metida en la cama. Apenas le faltaba un mes para dar a luz y no hacía otra cosa que dormir y quejarse. Decía que no podía aguantar más, que estaba siendo un embarazo horrible y que no podía soportarlo ni un segundo más.

Y no era la única.

Su voz se había convertido en sinónimo de malestar. Cuando la escuchaba gritar mi nombre ya sabía lo que venía después, y nunca era agradable. Me acostumbré a andar con pies de plomo con cada palabra que decía, con cada paso que daba. Cualquier falso movimiento podía convertirse en un peligro, en un arma que Olivia usaría contra mí.

Lo único bueno de todo eso era que, como Olivia estaba siempre en su cuarto, podía hablar mucho más con Ryan.

Cada vez estábamos mejor; más conectados y con las ideas más claras, pero aún no se atrevía a pedirle el divorcio debido a la situación.

Íbamos a esperar un poco más, al menos hasta después de que naciera Parker. Era lo lógico, y yo lo entendía totalmente. Él tan solo intentaba hacer lo mejor para todos. Al fin y al cabo, ni él ni yo teníamos la culpa de habernos enamorado perdidamente.

Si tuviésemos que hablar de culpas, tal vez habría que haber pensado en ella, que se dedicó a machacar a su marido hasta destrozar su matrimonio. Yo solo iba a cuidar lo que ella nunca

apreció. Y no estaba dispuesta a renunciar a Ryan bajo ninguna circunstancia. Olivia acabaría entendiéndolo, tenía que hacerlo. No le quedaba otra. Tan solo sería cuestión de tiempo.

A veces los oía hablar por teléfono. Casi siempre estaban discutiendo por una cosa o por otra, y Olivia mencionaba constantemente a la tal Emily. Estaba completamente obsesionada. Da igual lo que Ryan hiciese por ella, siempre encontraba una excusa para pintarlo como el villano.

¿Quién podría soportar a esa mujer? Lo mejor para todos era que se fuera a Oregón para siempre. Después de todo, ¿no era eso lo único que quería? *¿No odia esta casa y este lugar? Pues que se vaya y nos deje en paz para siempre*, pensaba cada vez que la oía quejarse.

◆ ◆ ◆

RJ, Buster y yo montamos el árbol de navidad en el salón. Bueno, Buster mayormente cogía las bolas con la boca y se las ponía a Junior en las piernas para que se las tirase, y él se las tiraba encantado.

Cuando acabamos, pulsé el interruptor y el árbol se iluminó de colores por todas partes. Había quedado precioso. RJ aplaudió y Buster le acompañó con unos ladridos. Ya solo faltaban las decoraciones de la puerta y las de la escalera: quería envolver la barandilla en unas preciosas guirnaldas que había encontrado en el cobertizo.

Y también faltaban los calcetines encima de la chimenea. Aunque todavía no estaban ni mi nombre ni el de Parker, colgué los de Ryan, Olivia, RJ y Buster. Pensé que, cuando Ryan volviese, se iba a encargar de solucionar ese problema. Sabía que lo haría por mí.

Y es que ya solo quedaba una semana y media para sus vacaciones de navidad, y yo llevaba meses tachando día a día el calendario, soñando en cómo sería nuestro encuentro, imaginando que volvíamos a estar solos como aquella vez. Aunque, lamentablemente, era consciente de que Olivia estaba allí,

embarazada de ocho meses y dispuesta a fastidiar cualquier momento de felicidad que los demás pudiéramos tener.

Los días pasaron lentos hasta que llegó el veintiuno de diciembre y Ryan entró por la puerta de casa vestido con su uniforme militar. Quise abrazarle en cuanto le vi; ambos lo estábamos deseando, pero Olivia nos robó nuestro momento cuando apareció en la parte de arriba de las escaleras, agarrándose del pasamanos con una mano y con la otra sujetándose las lumbares a la vez que soltaba varios quejidos de molestia. No pude evitar arrugar el labio superior con un gesto de impotencia.

—¡Olivia, pero ten cuidado! —exclamó Ryan, subiendo los escalones de dos en dos—. Madre mía —murmuró, poniéndole una mano sobre la barriga y acariciándole—. Este niño ya quiere salir. —Se rio antes de inclinarse para hablarle a la tripa—. ¡Hola, Parker, soy papá! ¿Puedes salir ya, por favor? Ahí ya no hay más espacio que puedas aprovechar. ¡En casa hay sitio de sobra, te lo prometo!

Olivia se rio, y creo que es la primera vez que lo hacía en semanas. Pareció que estaba a punto de echarse a llorar cuando Ryan se enderezó de nuevo y se miraron.

—Hola —susurró él.

—Hola —contestó antes de tensar los labios.

Entonces se lanzó hacia él y le besó en la boca. Ryan no se apartó, y yo no pude soportarlo. Salí corriendo y crucé el pasillo hasta llegar al sótano. Me encerré con un portazo y me tiré en la cama, donde lloré sin parar durante lo que me parecieron horas.

No volví a subir hasta que no fue la hora de preparar la cena. Me puse a pelar patatas para hacer un puré y, al cabo de un rato, Ryan entró en la cocina.

—Emery —dijo con una sonrisa cuando me giré.

Le di de nuevo la espalda, sin corresponderle la sonrisa. Entonces sentí cómo se acercaba a mí por detrás y, colocándome las manos en la cintura, me habló al oído.

—Me moría de ganas por estar contigo a solas —susurró.

—¿Conmigo o con ella? —Noté que no podía contener las ganas de llorar. Me aparté de él con la excusa de rebuscar en uno de los cajones.

—Contigo, ya lo sabes. —Caminó detrás de mí y me obligó a mirarle tirándome del brazo—. ¿Por eso te has ido antes? ¿Estabas celosa? Anda, no seas tonta. —Soltó una risita.

Me libré de su brazo y las lágrimas empezaron a caer de nuevo.

Ryan tomó aire y lo soltó con un gesto cansado.

—Sabes de sobra que ya no significa nada para mí, pero que no quiero que se irrite. Por el bebé —aclaró—. Además, Olivia me había dicho que tenías cosas que hacer, que por eso te habías ido.

Zorra, pensé, esforzándome por no insultarla en voz alta como se merecía.

—Eso no es verdad —me limité a decir.

—Joder. Lo siento. —Me puso las manos sobre los hombros—. Me ha vuelto a engañar para manipularme. Joder —repitió—. Parezco tonto, perdóname. Es que no quiero que nada afecte al bebé —insistió—. No quiero que esté más nerviosa o que haga alguna tontería.

Incliné el rostro para disimular que seguía llorando, pero él me agarró la barbilla y me lo levantó. Me miró a unos escasos centímetros de distancia. Nunca antes habíamos estado tan cerca como en ese momento.

—Yo solo —susurró muy bajito y se acercó aún más. Nuestras narices se rozaron— te quiero a ti. —Su aliento, húmedo y caliente, me alcanzó. Me acerqué unos milímetros más, hasta casi tocar sus labios con los míos.

Entonces un llanto desgarrador se oyó al otro lado del pasillo, seguido de su asquerosa voz. Nos apartamos de golpe.

—¡Ryaaan, tu hijo! ¡Ocúpate de él un poquito, que yo me meto a la ducha!

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza antes de murmurar un «lo siento» y volver a obedecer a su mujer.

Otra vez.

Otra vez Olivia era lo único que se interponía entre nosotros.

◆ ◆ ◆

Cuando llegó la noche creí que iba a enloquecer de verdad. No los había oído pelear y, cuando salí del baño, Ryan no estaba en el salón. ¿Iban a dormir juntos? ¿Iban a acostarse? ¿Lo estaban haciendo en ese mismo momento?

Pasaron las doce, la una, las dos de la madrugada. Miraba el reloj del móvil cada quince minutos. No había forma humana de conciliar el sueño. Los veía teniendo sexo en mi mente. Los veía desnudos y besándose. Pero también me imaginaba a mí con Ryan en su habitación, o viviendo una vida en la que Olivia no existía ni había existido nunca.

Intenté enfocarme en ver imágenes positivas, como si se tratase de un mecanismo de defensa ante el miedo que sentía al pensar que estaban juntos en ese momento. Me obligué a pensar en el futuro que nos esperaba juntos, como una familia de verdad. Las imágenes que vi en mi mente me calmaron, hasta que oí chirriar la puerta metálica del sótano: alguien estaba bajando.

Estaba todo muy oscuro y no lograba distinguir su rostro en las escaleras. Bajó muy despacio y silencioso, pero supe que estaba ahí.

Mi respiración aumentó, sin embargo, no me moví ni un centímetro. Se paró al lado de la cama y se quedó observándome durante un instante. Me destapó con un solo movimiento y se agachó un poco. Me dio la sensación de que se estaba quitando los pantalones. Luego hizo lo mismo con los míos y, aún sin hablar, se tumbó sobre mí.

Su aliento cálido se mezclaba con el mío cuando empezó a penetrarme. Se movía cada vez más rápido y, mientras lo hacía, unas gotitas de sudor caían de su frente y se mezclaban con mis lágrimas al bajar por mis mejillas. Nos miramos en la oscuridad y deseé que me besara, pero no lo hizo. Unos minutos después, se detuvo de golpe, con una última embestida. Luego dejó caer el rostro sobre la almohada, justo al lado de mi cabeza. Pasaron apenas unos segundos hasta que se levantó y se apartó de mí. Se vistió de nuevo y, aún sin decir ni una sola palabra, se marchó del sótano.

◆ ◆ ◆

Los días siguientes apenas tuvimos oportunidad de saludarnos. Tampoco nos escribimos ni un solo mensaje. Olivia y Ryan pasaron todo el tiempo juntos, en el sofá de casa o en Elizabethtown. El martes salieron para hacer un viaje en coche hasta Long Island, para visitar a unos amigos de Ryan. Me dejaron sola con Buster y lloré todos los días. No fue hasta el viernes que recibí una brevísima llamada de Ryan en la que me dijo que Olivia se había puesto de parto y que estaban en el hospital. Me esperé a que dijese algo sobre nosotros, que dijese que me quería o que me echaba de menos. Pero, en lugar de eso, me dijo que tenía que colgar, que le estaba llamando la enfermera. Así que pasé el día de navidad sola.

Volvieron el lunes y conocí a Parker al fin. Era una auténtica preciosura de niño, idéntico a su padre, con la misma nariz arqueada y los mismos ojos almendrados.

Conocerle fue un momento mágico, por eso no me esperaba que los primeros días desde que llegaron con él fueran un auténtico infierno.

El bebé lloraba día y noche, contagiando a su hermano, y Olivia le gritaba a Ryan sin parar. Ryan golpeaba los muebles y le recriminaba que estaba en sus vacaciones, que necesitaba descansar. Olivia le insultaba y Ryan se defendía.

Después de la primera semana sin dormir, decidieron bajar la cama de RJ al sótano para que durmiese conmigo, así que tuve que encargarme de él las veinticuatro horas del día.

La falta de sueño nos afectó a todos, y ni siquiera había podido hablar con Ryan ni una sola vez desde que llegaron a casa. Me enteré por una de sus peleas a gritos que le habían concedido doce semanas de permiso por el nacimiento de Parker.

La voz de ella se esforzaba por superar los llantos del bebé cuando le reprochaba a su marido que esos días estaban pensados para cuidar a su hijo, no para estar bebiendo cerveza en el sofá. Olivia le pedía el divorcio dos veces a la semana, a la vez que lo mandaba al cuerno, y Ryan le respondía rompiendo una de las sillas de la cocina a golpes contra el suelo o dándole un par de puñetazos a la pared.

El llanto intermitente de un bebé recién nacido podría acabar con la cordura de cualquiera, y esa casa era el ejemplo perfecto de ello.

◆ ◆ ◆

De rodillas y con el cuerpo inclinado hacia abajo, frotaba los azulejos con rabia. Olivia siempre lo dejaba todo hecho un asco. ¿Qué más daba? Ya lo limpiaría Emery. Enderecé la espalda y me sequé el sudor de la frente con el antebrazo. Suspiré fatigada. La mancha no salía.

Me volví a agachar para seguir intentándolo, pero entonces escuché unos pasos que atravesaban la habitación principal y se dirigían hasta el baño en suite.

—No puedo más. Te lo juro —escupió con ira a la vez que negaba con la cabeza—. Esto es insoportable. ¿Tú crees que es normal? —señaló hacia atrás con la mano.

Me reincorporé un poco, poniendo recta la espalda y quedándome de rodillas ante él.

—No se puede vivir así, Ryan —dije en voz baja.

Exhaló antes de acercarse al lavabo para apoyar el peso. Se cruzó de brazos y luego se frotó los ojos hasta que acabó por pellizcarse la nariz.

—No está bien. No está bien de la cabeza —repitió—. Y me va a volver loco a mí también. Esto tiene que acabar ya. No la aguanto ni un puto segundo más —afirmó uniendo los dedos índice y pulgar y moviéndolos en el aire—. Pero no sé cómo hacerlo, no sé qué hacer… Estoy agotado. —Se cubrió la cara una vez más.

Me puse de pie al fin. No soportaba verlo así. Di el paso que nos separaba y le toqué ambos antebrazos para descubrirle el rostro.

—Pronto se arreglará todo, solo tenemos que esperar un poco. Por los niños —recordé sus palabras.

Me miró y esbozó media sonrisa. Colocó su mano en mi mejilla, cubriéndola por completo, y la acarició hasta llegar a mi pelo, donde enredó sus dedos para acercarme a él.

—Odio que no hayamos podido estar más tiempo juntos —susurró contra el filo de mis labios—. Odio no poder disfrutarte. Odio no poder hacerte mía siempre que quiera.

Me alejó de él unos centímetros durante un instante, solo para luego lanzarse a mi boca. Fue un beso ansioso, violento y desesperado.

Nuestro primer beso.

Me pegó contra su cuerpo con la mano que no tenía en mi cabello y, sin dejar de besarme, me empujó hasta que chocamos contra la pared.

Entonces escuchamos gritar a Olivia.

—¡Ryan!

Con un sobresalto, nos separamos de golpe.

—¿¡Dónde estás!? —Su voz venía de fuera de la habitación y se escuchaba cada vez más fuerte.

Nos miramos y agrandamos los ojos al mismo tiempo. Él me cogió del brazo y me hizo caminar hasta detrás de la puerta del baño. También recogió el trapo que había estado usando para limpiar y me lo dio.

—Ah, ahí estás —escuché a su mujer a escasos metros—. ¿Qué haces ahí parado?

No contestó, y yo, escondida detrás de la puerta, no pude ver si le hizo algún gesto.

—¿Dónde está Emery? Necesito que me ayude con la plancha.

—No lo sé. ¿Tal vez en el sótano? Yo iba a entrar a ducharme.

Hubo un silencio que me pareció demasiado largo. El corazón me latía de forma desmedida mientras que me esforzaba por no respirar.

—¿Pasa algo, Ryan? —dijo al fin.

—No, ¿por qué?

—Estás pálido.

—A decir verdad, me duele un poco el estómago.

Ella hizo un sonido que me pareció una pequeña risa.

—Normal. Tanta cerveza.

—No empecemos otra vez, Olivia.

—¿Empezar? Ni siquiera hemos terminado la conversación de antes.

—¿Conversación? Querrás decir pelea.

La escuché hacer un ruido, como si estuviera resoplando o suspirando dramáticamente.

—Bueno, que voy a ducharme.

—Muy bien.

Ryan cerró la puerta del baño enseguida y oímos sus pasos alejarse.

Esperamos unos minutos y luego me hizo señas para que saliese de allí, no sin antes volver a besarme, esta vez de una manera más calmada.

Atravesé la habitación de puntillas y me asomé con cautela al pasillo. Olivia no estaba allí. Entré en la oficina y me puse a limpiar el polvo de las estanterías. Unos segundos después oí cómo subía las escaleras.

—Emery, ¿dónde estabas? Te estaba buscando.

—Ah, hola, Oli. Pues había bajado mi ropa limpia al sótano y me había puesto a ordenarla. Luego tuve que entrar al baño un ratito. Me ha venido la regla —dije bajando un poco el tono de voz y poniéndome una mano en el bajo vientre.

—Qué raro, no nos hemos cruzado, y te estaba buscando por toda la casa —volvió a explicar.

No sabía qué decir, así que me encogí de hombros y sonreí un poco.

—Sí que es raro, aunque creo que cuando estaba en el baño de abajo yo sí que te escuché en la cocina, pero no sabía que me estabas llamando a mí. Pero bueno, dime, ¿qué necesitas?

Mi jefa torció un poco el gesto, en una expresión que no logré entender.

—No te preocupes, sigue con lo que estabas haciendo.

Estiró los labios como si fuese a sonreír, pero no lo consiguió del todo. Se dio media vuelta y salió de la habitación.

El invierno fue muy duro. Una prueba de fuego para ambos, pero que superamos con creces. Y es que Ryan se esforzó por demostrar que yo era su prioridad; que nosotros lo éramos.

Aprovechando que ya dormía oficialmente en el sofá, bajaba casi todas las noches de madrugada al sótano para estar conmigo. Tenía que ser rápido y breve, para evadir riesgos con Olivia, pero Ryan siempre encontraba la forma de amarme. También le preocupaba

despertar a RJ, que todavía dormía en la cama de al lado, y, aunque teníamos mucho cuidado, no siempre lo conseguíamos.

Algunas veces se quedaba un rato abrazándome, aún desnudos mientras hablábamos en susurros, imaginándonos cómo sería nuestra vida lejos de allí. Solía dormirme a menudo en su pecho, pero, cuando despertaba, él ya no estaba allí conmigo.

◆ ◆ ◆

Con la llegada de la primavera todo pareció calmarse un poco: RJ empezó a acudir a la escuela infantil, y el viaje diario de ida y vuelta al pueblo me ayudaba bastante a despejarme del campo de batalla en el que se había convertido la casa de los Keller. Parker empezó poco a poco a dormir más horas seguidas de noche y, por consecuencia, Olivia y Ryan también. Los gritos disminuyeron, aunque sin llegar a desaparecer del todo.

Un sábado por la tarde Olivia me pidió que me quedase con los dos niños. Me dijo que iban a ir los dos a Elizabethtown a tomar un café, que tenían que hablar de algo importante y que necesitaban hacerlo con tranquilidad, sin los niños por medio y sin ruido constante. Al principio me entró el pánico por tener que quedarme con un bebé tan pequeño y por pensar en que estaban yendo a reconciliarse. Pero Olivia no se arregló para la cita. Se recogió el pelo sucio en una coleta baja y se puso unos vaqueros desgastados y una sudadera ancha, mientras que Ryan llevaba un chándal con el emblema del ejército que se había manchado con puré de manzana esa misma mañana.

Estuvieron fuera durante cuatro horas, y solo conseguí calmar a Parker mojando el chupete en vino blanco. Tiré el resto que había quedado en el vaso por el desagüe y lo enjuagué cuando oí el coche fuera de casa.

Olivia entró con paso acelerado y me quitó a Parker de las manos. Llamó a RJ y subieron a la planta de arriba. No vi entrar a Ryan, y empecé a temerme lo peor.

Salí de la casa y caminé hasta el coche, donde estaba él con las manos en el volante y los ojos vidriosos.

—Ryan, ¿qué ocurre? —Me metí un poco a través de la ventanilla.

El hombre rompió a llorar como un niño y se refugió en mi cuerpo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa, mi amor? —le pregunté en voz baja.

—Olivia… —balbuceó—… ella —dijo algo que no logré entender y se sorbió la nariz.

Eché un vistazo a la casa antes de apartarlo un poco de mí y sujetarle el rostro entre mis manos.

—Tranquilo. Respira. ¿Qué ha pasado?

—Va… Va a llevarse a los niños. Va a quitármelos para siempre. Y también la casa —masculló—. Me lo va a quitar todo. Todo. —Levantó la vista y vi sus ojos azules completamente inundados—. Me va a destrozar la vida.

19
LUCÍA

Mi teléfono, el personal, vuelve a vibrar en el bolsillo de mis pantalones cargo. Mi padre lleva llamándome toda la mañana, lo cual me parece muy raro, pero no he tenido ocasión ni de contestar ni de dejarle un mensaje.

Y es que me da pavor que Olivia me pille con el móvil en horario de trabajo, y más ahora que está pasando mucho más tiempo en el salón. Como es sábado, no he tenido mi tiempo de desconexión en Elizabethtown, donde normalmente aprovecho algún que otro ratito para mirar mis redes sociales y subir alguna historia presumiendo de estar en Estados Unidos.

No es hasta después de comer, cuando Olivia me dice que quiere tener un tiempo a solas con los niños, que puedo bajar al sótano y devolverle la llamada a mi padre.

—Lucía, hija, me tenías preocupado. No hay forma de localizarte.

Sonrío un poco con satisfacción. Mis padres se quejaban constantemente de mí y criticaban todo lo que hacía, pero, por otra parte, estaban siempre controlándome y metiéndose en mi vida. La diferencia es que ahora les es imposible. Y yo me siento libre al fin.

—¿Porque estoy trabajando? —Noto mi tono molesto, el que sigo sin poder controlar cada vez que hablo con ellos—. No puedo estar con el teléfono, estoy ocupada.

—Ya, bueno. —Se aclara la voz—. Te llamo porque ayer por la mañana nos llamaron de lo de la visa. Se ve que intentaron ponerse en contacto contigo y tampoco les atendiste. —Pongo los ojos en

blanco—. El segundo número de contacto que pusiste fue el de mamá, así que hablaron con ella.

Genial. Al final siempre se las apaña para estar metida en mis cosas, para enterarse de todo. ¿No podían enviarme un correo electrónico? Qué manía con llamar, coño; o estás disponible en el segundo que te llamo o no te doy la información que te tengo que dar. Es absurdo.

—Vale, ¿y qué querían?

—Pues no sé qué de un formulario de la web del gobierno. Parece que necesitas adjuntar el contrato de trabajo y rellenar unos datos. Es importante, hija, le dijeron a mamá que si no lo haces en quince días te pueden suspender la visa y tendrías que abandonar el país.

Siento literalmente cómo el color abandona mi cara. ¿Qué formulario? ¿Suspender la visa? No, no, no. No, por favor.

—Tranquila, cariño —Mi padre parece notar mi preocupación—. Les pedí un correo con toda la información de lo que tienes que hacer paso por paso y te lo he reenviado al tuyo. Intenta hacerlo lo antes posible, por si tienes algún problema, que podamos informarnos de cómo solucionarlo.

Doy un largo suspiro antes de humedecerme los labios.

—Gracias, papá, de verdad. Lo voy a arreglar hoy mismo.

—Muy bien, cielo, pero cuéntame también qué tal estás. ¿Cómo va todo por allí?

Hablamos unos diez minutos más en los que mi madre se une a la conversación. Les cuento solo las cosas positivas, incluso exagero e idealizo el pueblo, la casa y la familia: Ryan y Olivia son unos maravillosos *host parents*, son atentos y trabajadores y me cuidan como a una hija más. Los niños son obedientes, cariñosos y tranquilos —aquí solo miento en lo de «tranquilos»—, la casa está a diez minutos de un pueblo grandísimo y maravilloso, y, aunque solo llevo dos meses aquí, ya hemos visitado varias veces el centro de Nueva York. Les prometo algunas fotos, quedamos en hablar pronto y, por primera vez, los echo de menos.

Después subo y camino hasta el salón, donde me encuentro a Olivia y a los niños acurrucados en el sofá, viendo una peli con la luz

apagada. Veo a la izquierda el carro, donde me imagino que estará durmiendo Emery.

—Hola —murmuro sin levantar mucho la voz—. Olivia, tengo un problemita.

La mujer se reincorpora y busca a tientas el mando de la tele. Para la película y vuelve a mirarme.

—¿Qué pasa, Lucy? —Parece que se ha asustado.

—No, tranquila, está todo bien. Es solo que me ha llegado un correo importante del tema de la visa, diciéndome que tengo que rellenar un formulario y enviar algunos documentos personales. Me preguntaba si podría usar el ordenador de la oficina, es que la página no deja subir archivos desde el móvil.

—Ah, es eso. —Suelta un poco de aire por la boca y vuelve a recostarse en el sofá—. Sí, puedes usarlo, pero solo para eso. El ordenador es de mi marido y tiene cosas de trabajo, así que ten cuidado de no tocar nada.

—¡Claro, no te preocupes! ¿Necesitáis algo antes de que vaya a hacer eso?

—*Mitas, mitas* —suplica Parker estirando de la ropa de su madre.

—Pues eso, haznos unas palomitas. Con extra de mantequilla —ordena antes de reanudar la película.

◆ ◆ ◆

La burocracia me saca de mis casillas. Me pongo nerviosa y no doy pie con bola. Tardo diez minutos en rellenar un estúpido formulario —similar a otros tres que ya había rellenado desde España—, y escaneo el contrato de trabajo. Menos mal que hay una impresora en la oficina. Solo me falta adjuntar el archivo a la página y…

El portazo me hace dar un salto brusco sobre la silla. Siento el corazón en la garganta. Olivia está de pie delante de mí, mirando la pantalla del ordenador. Se cruza de brazos.

—¿Todo bien? ¿Has podido hacer lo que necesitabas?

—Sí, solo me falta enviar un archivo más y ya está.

—Genial.

Se queda en silencio, mirándome.

No sé muy bien qué hacer, así que sigo con lo que estaba haciendo.

—¿Listo? —pregunta cuando me ve cerrar la pestaña.

—Sí, ya está todo.

—Muy bien, pues salgamos de aquí. No me gusta que estés alrededor de las cosas de mi marido. Es muy maniático y podría tomarla contigo.

Y entonces ya serían dos, contesto en mi mente.

Me levanto y salgo de la oficina. Olivia me sigue y deja la puerta cerrada.

—Tenemos revisión con el doctor Emerson. Estaré fuera unas horas, porque me han invitado también a cenar, pero si dan las ocho y no hemos vuelto, es que pasaremos la noche allí; no quiero conducir de noche con la niña. Mañana es festivo, así que no hay colegio.

—Perfecto. Id tranquilas. —Sonrío.

La mujer se queda mirándome en silencio una vez más. Sus ojos bailan entre los míos y parece que está estudiando mi rostro.

—Eres una buena chica, Lucía. Cuidarás de mis niños, ¿cierto?

—Claro que sí. Sabes que los adoro —digo con sinceridad.

—Lo sé. —Se detiene un instante en el que no deja de mirarme—. Voy a arreglarme —dice antes de salir de la oficina y dirigirse a su habitación.

20
LUCÍA

Desde el momento en el que Olivia se despide y sale por la puerta principal, un peso invisible desaparece de mis hombros junto a la sensación de ser vigilada y juzgada con cada movimiento que hago.

Les doy la cena a los niños y los acuesto un poco antes de lo normal. Justo después del cuento, aprovecho para ducharme tranquilamente y, al rato, me doy cuenta de que ya son las nueve y cuarto; Olivia pasará la noche fuera.

Respiro aliviada y no puedo evitar sonreír mientras bajo las escaleras. La casa se siente en paz y yo voy a tener, por primera vez en mucho tiempo, una noche para mí.

Le doy un repaso rápido a la cocina para que se quede todo en orden. Luego rebusco en el armario hasta encontrar mi pequeño tesoro: una cajita de cartón con el dibujo de dos estropajos de limpieza que en realidad esconden un paquete de patatas fritas y chocolatinas varias. Guardaba este «kit de emergencia» para cuando tuviera mi próxima regla y necesitara algo para levantarme los ánimos, pero la ocasión lo merece.

Abro la puerta del patio y llamo a Buster para que entre a la casa. El animal mueve la cola y gira sobre sí mismo dos veces. Le hago unas carantoñas antes de irnos juntos al salón.

Enciendo la tele, dejo la habitación a oscuras y me preparo para ver la nueva serie de la que todo el mundo está hablando, por la

cual llevo días sin mirar redes sociales para no comerme ningún *spoiler*.

Me siento en el sofá mientras la serie empieza y me tapo con la manta. Buster se acurruca a mi lado y, justo en este momento, me siento la persona más feliz del mundo.

Solo necesito ver los primeros treinta minutos del primer capítulo para enamorarme del protagonista. ¡Qué hombre! Veo dos capítulos más mientras como chocolate sin parar y, durante todo este tiempo, me olvido por completo de todo; de los niños, de Olivia, de España, del trabajo…

No es hasta el cuarto capítulo, cuando la amante del hermano del padre de la ex novia del protagonista le pide a su secretaria que le haga unas fotocopias, que se me viene de pronto algo a la cabeza que me hace parar la serie.

Mierda.

Subo las escaleras de puntillas; no quiero despertar a los niños. Buster intenta seguirme hasta arriba, pero le regaño y se resigna a esperar abajo. Ya solo me faltaba que hiciera de las suyas en la puerta de Olivia.

Abro la puerta de la oficina con mucho cuidado y llego hasta el escritorio. Levanto la cubierta que protege el escáner de la impresora y cojo mi contrato de trabajo. Con las prisas y con Olivia mirándome todo el rato, lo había olvidado por completo.

Suelto el aire contenido.

Seguro que, si lo llega a encontrar, lo usaría de excusa para liarme una buena, con lo molesta que parecía de que estuviera aquí… De hecho, ahora que lo pienso, estaba muy atenta a la pantalla, vigilando todo lo que hacía. ¿Qué será eso que tanto le preocupaba que viese en el ordenador de Ryan?

Con la vista clavada en la pantalla negra, un pensamiento se me instala en la mente: *no vas a tener otra oportunidad como esta*. Antes de que pueda darle más vueltas, ya estoy sentada delante del monitor, que se inicia lentamente.

Es muy raro. Rarísimo, porque no hay absolutamente nada. Ninguna carpeta, ningún documento, ni una simple foto. He buscado por todas partes, hasta en la papelera de reciclaje, que también está

vacía. Es como si el ordenador fuese nuevo, pero sé que no lo es. Olivia insistió mucho con que era el que Ryan usaba para las cosas del trabajo, pero ¿qué cosas? Si está todo vacío…

Se me ocurre abrir el navegador de internet y echar un vistazo al historial. Solo hay una página que se repite una y otra vez desde hace meses: la del correo electrónico.

Entro y, para mi sorpresa, me lleva directamente a la bandeja de entrada sin pedirme la contraseña. Supongo que está guardada en el ordenador.

Todos los correos son para una misma dirección: *theturners091845@gmail.com*, y los ha enviado desde el mismo correo electrónico que ha usado desde que nos conocimos: *oliviamariekellercontact@gmail.com*.

Bajo con el cursor sin decidirme por cuál abrir. Hay demasiados. Miro las fechas y selecciono uno del mes en el que llegué a Estados Unidos:

Querida Olivia,

¡Cómo nos duele no poder estar allí para ayudaros!

Si estuviéramos más cerca, nosotros mismos cuidaríamos de los niños y no tendríais que gastar más dinero, aunque la verdad es que papá sigue pachucho y estamos yendo y viniendo del hospital cada dos por tres. Aun así, tienes que hacer lo que siempre te hemos enseñado desde pequeña: enfocarte en lo bueno y dejar lo malo a un lado. Recuerda: aquello a lo que le das atención crecerá.

No es tan mala idea lo de contratar a una persona de otro país: los niños podrán aprender otro idioma y una cultura diferente. Tenéis mucha suerte de poder permitiros algo así.

Recuerda enviarme una foto de la chica con nuestros nietos, ¡nos hará mucha ilusión conocerla!

Saludos a Ryan y a los niños.

Tus padres, que te quieren.

Todos los correos parecen del mismo estilo: los padres de Olivia y ella poniéndose un poco al día sobre sus vidas. Olivia siempre suele adjuntar fotos de los niños y los abuelos le expresan cuánto se derriten al verlas.

Sigo leyendo algunos de meses anteriores a mi llegada, pero me aburro un poco, así que voy saltando sin ver nada interesante, hasta

que selecciono uno más reciente, enviado por Olivia el mes pasado:

Papá, mamá:

Tengo miedo. Realmente estoy asustada.

¿Recordáis todo lo que os conté sobre Lucía? Bueno, pues cada vez está yendo a peor. Y es que, si al principio se comportaba de forma extraña, la situación ya ha pasado de castaño oscuro. Lo que empezó con cambios de humor y miradas raras a los niños, se ha convertido en algo aterrador.

Y es que, la otra noche, en mitad de la madrugada, me levanté para ir al baño cuando la encontré en la habitación de los niños, observándolos en la oscuridad y haciendo movimientos extraños.

Y no es solo eso, lo peor de todo es cómo se comporta conmigo y con Ryan cuando viene. Creo que nos detesta, que desearía a los niños para ella sola.

No os asustéis por favor, pero hemos llegado a encontrarnos grapas en nuestra comida, y juraría que falta un cuchillo de los grandes de la cocina. No sé qué hacer. Tengo miedo de despedirla y que se enfade, que lo pague con los niños. Menos mal que estos días está Ryan en casa porque, de lo contrario, no podría pegar ojo.

Ahora está durmiendo, porque viajó en coche y está agotado, pero mañana por la mañana le pediré que hable con ella para que se vaya de casa. Será lo mejor para todos.

Ya os contaré. Os quiero.

PD: Os adjunto en el correo una foto de Junior encima de Buster. Ahora le ha dado por intentar usarlo como caballito.

¿¡Qué!?

¿Qué coño acabo de leer?

¿Les ha dicho a sus padres que estoy loca? ¿Que soy una psicópata?

Si tenía alguna duda, con esto confirmo todas mis sospechas: Olivia está como una puta cabra.

¿Grapas en la comida? ¿Que observo a los niños en la oscuridad en plena madrugada? ¿Que Ryan…? ¿Que Ryan estaba en la habitación durmiendo?

Vuelvo a comprobar el correo para verificar la fecha. Desde que estoy en casa de los Keller, el padre no ha venido ni una sola vez. No entiendo absolutamente nada. De pronto se me hiela la sangre. ¿Y si

soy sonámbula y he ido de verdad a la habitación de los niños? ¿Y si se cayó algo en la comida y Olivia pensó lo peor de mí?

Me pongo a leer los correos de estos últimos dos meses. Descubro que Olivia lleva todo este tiempo, prácticamente desde que llegué, hablándole a sus padres de mí, incluso mandándole fotos mías con los niños. La mayoría de ellas tomadas sin que yo me diera cuenta.

Al principio les contaba cosas normales, del día a día, pero luego empezó a inventarse cosas, como que zarandeaba a los niños si se portaban mal o que había oído cómo insultaba a RJ. En otro correo les explica que había visto desde su ventana cómo le pegaba patadas a Buster cuando este ladraba.

Vuelvo a leer el primer correo que he abierto, el de las grapas. Lo releo y luego abro el siguiente, enviado tres días después:

Queridos padres,

Quiero pediros perdón por preocuparos con ese estúpido correo que os envié el martes. Todo se trataba de un incomprendido; *Lucía es una chica maravillosa, atenta y cariñosa con los niños. Tengo que confesar que llevo unos meses tomando una fuerte medicación para el estrés y la ansiedad, y he visto fantasmas donde no los hay. Me siento avergonzada y ya me he disculpado con ella. Ahora, con Ryan en casa, estoy más tranquila.*

Por favor, no os preocupéis.

Os quiero,

Olivia.

PD: os envío una foto de Parker y Buster jugando a la pelota.

Debo de estar volviéndome loca. Todo esto es muy raro. ¿Ahora soy maravillosa? Además, Olivia sigue mencionando a Ryan en los correos, y yo no le he visto ni una sola vez en persona. ¿Será que venía mientras yo dormía? ¿Qué estaba todo el tiempo en la habitación? ¿Y no nos cruzamos ni una sola vez? Eso es prácticamente imposible.

Leo los siguientes correos hasta llegar arriba del todo. En estos mensajes Olivia es breve, pero ha cambiado de opinión drásticamente y ahora habla muy bien de mí. Típico en ella. ¿Cuánto tardará en odiarme otra vez?

Selecciono el primero de la lista, enviado esta misma tarde y aún sin respuesta de los padres:

Hola,

Todo está bien, pero estoy muy ocupada con los niños y con el trabajo. Ryan llegó hace un rato y se fue directo a la ducha y luego a la cama. Es lo que tiene viajar en coche. Hablamos pronto.
Olivia.

PD: os adjunto una foto mía con los niños.

Frunzo el ceño. ¿El trabajo?

¿Qué trabajo?

Compruebo otra vez la fecha. Es de hace unas horas. Según este correo, Ryan está en la habitación durmiendo. Me quedo paralizada un instante y un pensamiento me cruza la mente de forma fugaz.

La habitación.

Nunca, en todo el tiempo que llevo viviendo aquí, he podido entrar en la habitación de Olivia y Ryan.

Tal vez, si es verdad que su marido está allí, pueda hablar con él y aclarar todo esto. Tal vez llegó mientras yo estaba en el baño u ocupada con los niños y no le oí llegar. Tal vez sea una persona más razonable y pueda explicarle que no soy una puta psicópata porque, aunque Olivia haya rectificado sobre todas las cosas malas que había dicho sobre mí, estoy segura que volverá a cambiar de opinión más tarde o más temprano.

Vuelvo a caminar de puntillas sobre la moqueta del pasillo. Bajo el picaporte muy despacio, pero aun así no puedo evitar que la puerta del dormitorio chirríe de una forma desagradablemente aguda que consigue ponerme los pelos de punta.

—¿Hola? ¿Señor Keller?

Nadie me responde.

—Señor Keller, soy Lucía, la au pair. Perdone que le moleste, ¿podríamos hablar un momento?

Tanteo la pared hasta encontrar el interruptor de la luz y lo presiono para iluminar la estancia.

No hay nadie.

Me cuelo dentro y cierro la puerta.

De golpe, empiezo a toser una y otra vez. Aquí huele muy fuerte, como a lejía. Me acerco rápidamente a la ventana y la abro de par en par para respirar aire fresco. Inhalo y exhalo mientras que la brisa de la noche renueva el aire de la habitación. Mucho mejor.

Me giro y veo que la cama está desecha y las sábanas arrugadas dejan entrever parte del colchón. Hay algo de ropa esparcida por el suelo junto a envases de comida vacíos y latas de refresco aplastadas. La cuna rosa de Emery está ocupada por un par de botellas de agua semivacías.

Entro al baño de la habitación despacio, pero tampoco hay nadie. Descubro que también hay un fuerte olor a químico aquí dentro, pero, sin embargo, está todo hecho un desastre: el lavabo está lleno de manchas negras y hay varios botes de maquillaje dentro. Levanto la vista hasta el espejo para encontrar salpicaduras de color oscuro. El inodoro también está asqueroso, con colores amarronados y verdosos cubriendo toda la zona del desagüe.

Pero lo que más me sorprende es cuando me giro hacia la ducha, cuyo suelo encuentro recubierto por matas y matas de pelo naranja que juraría que es el de Olivia. Me acerco y me pongo de cuclillas para verlo mejor. Agarro unos pocos y los levanto antes de dejarlos caer de nuevo. ¿Se ha cortado el pelo? Cuando se despidió no me di cuenta, aunque, pensándolo mejor, creo que lo llevaba recogido, y tampoco me fijé mucho.

Noto cómo el corazón me va a mil mientras vuelvo a la habitación. Cada detalle es más raro que el anterior y yo cada vez entiendo menos. ¿Qué significa todo esto? Es obvio que aquí está pasando algo raro, y habiendo llegado hasta aquí, no puedo quedarme de brazos cruzados, así que empiezo a investigar el dormitorio.

La cómoda y las dos mesitas de noche están prácticamente vacías, a excepción de algunas prendas de vestir, cajas de medicamentos y paquetes de pañuelos sin abrir. Mi sorpresa llega cuando abro de par en par las puertas dobles de la derecha del armario y veo una única camisa de hombre colgada en una percha. Es azul marino y está perfectamente abotonada y planchada. ¿Cómo es que esta es la única ropa que Ryan tiene en su casa? Es imposible que no deje

nada más aquí para cuando vuelva. No me cuadra nada de nada. ¿A dónde se ha llevado sus cosas?

Doy dos pequeños pasos laterales para ponerme delante de la otra mitad del armario, la que entiendo que le pertenece a ella, y abro las dos puertas a la vez. Al menos esta no está vacía. El perchero está lleno de ropa de mujer que desprende un agradable olor a perfume. Uno los dorsales de mis manos para abrir un hueco entre las prendas y descubrir el final del mueble, el cual toco para ver que no hay nada más. Sin embargo, al bajar la vista veo que hay más ropa desordenada encima de algo.

Me ayudo de un hombro para apartar las muchas telas que cuelgan y voy haciéndome camino hasta descubrir lo que estaba tapando la ropa.

Parece una caja de cartón enorme. Me agacho para mirarla mejor, pero hay tanta ropa por medio que me es imposible. Tiro de ella con todas mis fuerzas, pensando que, al ser tan grande, pesaría bastante, pero resulta ser todo lo contrario y termino volcándola y cayendo al suelo de culo.

—Joder —me quejo a la vez que me froto al lado del muslo.

Parece que está vacía.

Ladeo la cabeza un poco y me empujo con las palmas de las manos para moverme y tener un mejor ángulo de visión. Veo el dibujo que hay en la caja: es la caja de la cuna de Emery. Suspiro molesta; estoy perdiendo el tiempo con tonterías y no encuentro nada que explique todas las cosas raras que estoy viendo esta noche. Aunque, para ser honesta conmigo misma, no tengo ni idea de qué estoy buscando exactamente.

Me levanto del suelo y pongo de pie la caja para devolverla a su lugar. Al tirar de una de las solapas de cartón, veo que hay algo dentro. Abro las otras tres solapas y meto las manos para sacar lo que sea que haya. Está más al fondo de lo que parece, así que tengo que meter prácticamente los brazos enteros. Cuando consigo sacarlo, veo que es otra caja, pero de color rosa y con dibujos de nubecitas. Parece una de zapatos, pero algo más profunda, puede que de unas botas. La coloco en la cama y levanto la tapa.

Hay un pequeño bulto envuelto en una manta, y no en una cualquiera: es la manta de ositos de Emery. El estómago me da un vuelco cuando pongo las manos sobre el bulto.

No puede ser.

Es imposible.

Pero cuando empiezo a destaparlo descubro que estoy en lo cierto.

Emery descansa con los ojos cerrados y una postura relajada.

Empiezo a hiperventilar sin ser capaz de tocarla. El suelo de la habitación parece moverse durante un instante, e incluso tengo que mover los pies para no perder el equilibrio. Un zumbido se apodera de mis oídos y noto el sudor resbalar por mis manos. Noto los latidos de mi corazón golpear con fuerza en el inicio del cuello. Me llevo las manos a la cabeza y me entrelazo los dedos en el pelo.

Me quedo mirando a la bebé.

No se mueve.

No respira.

Está muerta.

21
EMERY

Ryan tenía razón: Olivia lo había estado planeando todo a sus espaldas durante meses.

Cuando se acabó su permiso parental, Ryan se fue sin grandes despedidas. Olivia ni siquiera estaba en casa cuando metió las maletas en el coche y se marchó. No nos besamos porque estaban los niños delante, y habíamos decidido respetar eso hasta que se aclarase lo del divorcio.

Olivia estaba convencida. El día siguiente de que su marido se hubiese ido, me sentó durante una hora para explicármelo todo.

—Y no puedo más —continuó—. Ryan me prometió una vida que no se ha cumplido. Nada de lo que me dijo ha sido así. Aún soy joven, joder, no quiero esto para el resto de mi vida. No, no lo quiero. Todavía puedo volver a empezar. Puedo ser feliz.

—Pero entonces, ¿vais a vender la casa? —pregunté, haciéndome la sorprendida.

—Sí. Es lo justo para los dos. El dinero extra me ayudará a empezar de cero, y el perfil de los niños cada vez está dando más ingresos.

Me quedé en silencio.

—Sé lo que estás pensado: que qué pasa contigo, ¿no? —Encogí los hombros—. Emery, había pensado en que te podrías venir a Oregón con nosotros. Yo voy a seguir necesitando tu ayuda con los niños, incluso más, porque mis padres están muy mayores y necesitan cuidados.

—Ellos… ¿ya lo saben?

—No. No quiero que se enteren por teléfono. Quieren mucho a Ryan, y sé que se van a llevar un mal rato. Al menos si se lo cuento cuando esté allí tendrán la alegría de que nos vamos a quedar con ellos.

—Ah… Ya, claro.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Vendrás con nosotros?

Sin saber por qué, asentí con la cabeza y Olivia se lanzó a mis brazos.

—Gracias —susurró en mi oído—. Sin ti todo esto sería mil veces peor.

◆ ◆ ◆

Tenía el portátil abierto a mi lado, en la cama, y cuando terminó de sonar *Victim of love*, bajé el cursor y seleccioné *Those shoes*, uno de sus temas favoritos.

—Y el lunes quiere ir a comprar los carteles para el anuncio y buscar alguna inmobiliaria que le ayude con la venta —le explicaba a través del teléfono.

—No, no, joder. No puede hacer eso. Tienes que impedirlo, Emery, hay que convencerla. No puedes dejar que venda la casa. ¡Es la casa de mi padre, lo único que me queda de él!

—Lo siento, Ryan, pero no puedo hacer nada. Está completamente decidida.

—Quiere quedarse con todo, joder, todo por lo que tanto he trabajado —gruñó antes de dar un pequeño golpe a algo. Luego se detuvo un instante antes de volver a hablar—. Va a llevarse a mis hijos. No me dejará volver a verlos —sentenció—. Estoy seguro, la conozco. Conozco bien a esa… —volvió a gruñir, esta vez más fuerte, y se tragó el insulto.

Suspiré y me dejé caer hacia atrás en la cama. Nos quedamos en silencio mientras la música seguía sonando de fondo.

—Me ha pedido que me vaya con ellos —confesé.

—¿Qué?

—Quiere irse a Oregón, con sus padres, y dice que va a seguir necesitando mi ayuda con los niños.

—Entonces es verdad: va a llevarse a mis hijos, me los va a quitar —dijo él—. Está actuando con rabia, Emery, creo que lo sabe. Olivia lo sabe.

—¿El qué?

—Lo nuestro. Lo sabe —repitió.

—No, eso es imposible. Todo este tiempo hemos tenido muchísimo cuidado.

—Puede que una de esas noches… Ella…

—No… No creo que… —titubeé, empezando a dudar.

—De una forma u otra se ha enterado. Olivia sabe que me he enamorado de ti, que no quiero estar con ella sino contigo, y no lo soporta. Es retorcida. Todo esto se trata de un plan para destruirme, para quitarme todo lo que tengo —volvió a decir—. Si te vas con ella no estarás a salvo. Tienes que creerme, nena.

—¿Cómo…? ¿Cómo estás tan seguro? —Un escalofrío me recorrió la nuca.

—¡Porque la conozco! Hemos estado quince años casados, sé perfectamente que le encanta jugar sucio; manipular, hacer daño. —Cada vez estaba más alterado—. Joder, si ella fuera una persona normal, una mujer razonable, podríamos acabar bien. Podríamos tener una buena relación por el bien de los niños y tú y yo… Tú y yo podríamos empezar nuestra vida, como una familia de verdad.

—¿Lo dices en serio? Tú… ¿quieres estar conmigo? ¿Sin tener que escondernos?

—Emery… —su voz era dulce y al mismo tiempo sensual al pronunciar mi nombre—, nunca debí haberme casado con ella. Tendría que haberte esperado. Y me odio por ello, pero si me das una oportunidad todavía podemos ser felices.

—Nunca nos dejará en paz —murmuré.

—Lo sé. —Soltó el aire que había tomado y se quedó callado durante un momento—. ¿Sabes que he pensado mil veces en cómo sería nuestra vida si ella no fuera un problema? —Su voz sonó más tierna que nunca.

—Y, ¿cómo sería? —quise saber con una sonrisa tímida.

—Mira, estoy a punto de cumplir veinte años en el ejército, y entonces podré pedir un retiro anticipado. Tendré una buena pensión, algo menos de lo que cobro ahora, pero será más que suficiente. Además, tengo unos ahorros guardados. Podríamos… Podríamos vivir juntos en casa, o venderla e ir a donde tú quisieras. Los cuatro, como una familia. Podemos mudarnos a Florida y comprar una casita en la playa, ¡o a Europa! Vayámonos a España a vivir o, yo qué sé, a Panamá. —Se rio—. Me da igual dónde, pero juntos.

Las lágrimas resbalaban a los lados de mis ojos cerrados. No pude dejar de sonreír mientras visualizaba el futuro que Ryan imaginaba a mi lado. Sentí una felicidad inmensa al oír sus palabras, pero, a su vez, recordé que no podíamos hacer nada de eso, que ella nunca nos dejaría, que Olivia era lo único que nos impedía ser felices para siempre.

La siguiente canción se puso automáticamente y la escuchamos en silencio:

God knows I was feeling alive
And now the sun's coming up
I'm riding with Lady Luck, freeway cars and trucks

Me incorporé en la cama, me sorbí la nariz y me limpié las lágrimas antes de atreverme a hablar.

—Ryan, voy a hacerte una pregunta y quiero que pienses bien la respuesta, que te tomes el tiempo que necesites para pensarla, pero que seas totalmente sincero.

—De acuerdo.

Tragué saliva y respiré profundo.

—¿Cómo te sentirías si Olivia… Si ella… ya no estuviera?

No contestó de forma inmediata. Permaneció callado unos segundos en los que se oía a Glenn Frey cantando:

Stars beginning to fade, and I lead the parade
Just a-wishing I'd stayed a little longer
Lord, let me tell you that the feeling's getting stronger

—¿Ryan? —pregunté, asustada con la idea de haber ido demasiado lejos, temiéndome que pudiese irse sin decirme nada.

—Libre —confesó al fin al otro lado del teléfono con apenas un hilo de voz.

Nos quedamos otra vez sin decir nada durante unos minutos en los que solo se oía a Eagles, hasta que Ryan volvió a hablar para despedirse.

—Emery, tengo que irme. Te… Te llamaré mañana.

Sacudí la cabeza.

—Te qui… —Los pitidos intermitentes me anunciaron que la llamada había terminado—… ero.

Suspiré.

Pero lo entendía. Todo aquello estaba siendo demasiado para él; lo nuestro, Olivia, los niños… Ryan aún estaba asimilando todo lo que había ocurrido en nuestra vida, y todo lo que estaba por ocurrir.

La melodía del teléfono me sobresaltó. Recorrí las sábanas con movimientos rápidos y desesperados. Pensé que sería él, que quería decirme que me quería. Sonreí hasta que levanté el teléfono y vi que era un número oculto. Otra vez.

Pero esta vez no cometí el error de cogerlo, sino que lo dejé sonar. Estaba cansada de toda aquella historia: de las amenazas, de vivir constantemente con miedo. Ryan me había ofrecido una nueva vida, un futuro; pasar página. Quería dejar el pasado atrás de una vez por todas, y eso no iba a ocurrir si seguía atendiendo las llamadas de los cuatro matones a los que Tony pagaba desde la cárcel para que me amenazasen.

Silencié el teléfono y lo dejé vibrando encima de la cama. Luego me arrodillé en el suelo y deslicé la maleta que había debajo del somier. La abrí y rebusqué hasta abrir el doble fondo que tenía. Saqué solo la hoja de papel de periódico doblada y me la escondí en uno de los bolsillos. Dejé el resto de las cosas acomodadas y devolví la maleta a su sitio.

Luego subí a la planta de arriba y me encerré en el baño. Desdoblé la hoja de periódico y leí la noticia por última vez:

Condenado a muerte por el asesinato de una mujer

Palm Beach, Florida – 18 de Julio de 2018

Un tribunal del condado de Palm Beach ha condenado este martes a pena de muerte a Antonio M. Gutiérrez, de 31 años, tras ser hallado culpable del asesinato de Stella R. Wright, una mujer de 26 años que fue encontrada sin vida en la vivienda de Gutiérrez en diciembre del año pasado y con la que, presuntamente, mantenía una relación sentimental de carácter complejo.

Durante el juicio, la fiscalía presentó pruebas contundentes que señalaban al acusado en la escena del crimen, incluyendo el ADN en el arma, registros telefónicos y el testimonio de algunos vecinos y conocidos.

Aunque la defensa alegó inestabilidad mental por el consumo de sustancias, el jurado terminó por emitir un veredicto unánime de culpabilidad por homicidio en primer grado tras unas horas de deliberación. Cabe destacar que el condenado ya contaba con antecedentes por robo y violencia, así como diferentes órdenes de alejamiento con dos de sus ex parejas.

Gutiérrez ya ha ingresado en la unidad de reclusos condenados a pena capital en Florida State Prison, a la espera de ser ejecutado, aunque se espera que sus abogados presenten recurso.

Coloqué la hoja del periódico en el lavabo y abrí el grifo. Dejé que se empapara hasta que la tinta se empezó a correr y la noticia se volvió ilegible.

—Adiós, Tony —me despedí.

22
EMERY

—¿A qué hora llegaste anoche? —preguntó Olivia.

—No sé. Tarde. De madrugada —respondió Ryan sin mirarla a los ojos.

—Pues no te oí. ¿No tenías tu fiesta de despedida?

—Fue el jueves.

—Ah.

Recogí los vasos del desayuno. Olivia bostezó y Ryan me miró de forma fugaz. Yo me quedé mirándolo. Vi que tenía la boca entreabierta y le brillaban los ojos más de lo normal. Me tragué un suspiro apenado.

—¿Podrías quedarte con los niños esta tarde? Tengo que ir a la inmobiliaria. Iba a hacerlo la semana pasada, pero Emery ha estado enferma y lo hemos tenido que posponer.

—Así que sigues con eso.

—Mira, Ryan… —Se frotó un ojo varias veces—, no quiero más peleas ni malos rollos. Lo mejor es que arreglemos las cosas en común y nos organicemos para adaptarnos a nuestra nueva situación; que nos comportemos como los adultos que somos. Me dijiste que ya habías hablado con el abogado, ¿no?

—Sí.

—¿Ya tiene…? —Volvió a bostezar y parpadeó lentamente—. ¿Los papeles… del divorcio?

—Olivia, ¿te encuentras bien? —preguntó Ryan.

—No sé —murmuró a la vez que se colocaba los dedos en las sienes—. Mi cabeza…

Entonces se dejó caer hacia delante y, justo antes de que se golpease con el plato lleno de los restos del desayuno, Ryan puso la mano y la protegió del golpe. Luego se puso de pie sin dejar de sujetarla y, con cuidado, la levantó y se echó su cuerpo a la espalda. Salió de la cocina sin decir nada. Yo le seguí.

Bajamos al sótano y Ryan tumbó con cuidado a Olivia en mi cama. Nos quedamos mirándola en silencio. Su pecho subía y bajaba lentamente.

—Voy a ver cómo están los niños, no quiero dejarlos solos mucho tiempo.

Le dio la espalda a su mujer y empezó a caminar, pero yo le detuve, agarrándolo del brazo.

—¿Estás seguro?

Me miró a mí y luego a ella. Ryan frotaba su labio inferior con el superior con movimientos horizontales y repetitivos. Volvió a mirarme otra vez y entonces asintió en silencio. Me puse de puntillas para besarle y me correspondió con un leve movimiento. Se retiró y sus ojos bailaron entre los míos. Creí leer un rastro de duda en él, de indecisión, pero entonces se dirigió a las escaleras y abandonó el sótano.

Esperé un momento, inmóvil. No quería que Ryan estuviese cerca mientras lo hacía. Cuando creía que ya estaría en el patio, jugando con Buster y con los niños, me di la vuelta y caminé hacia la cama.

Observé su rostro: cada curva, cada línea marcada de su piel, las pequeñas pecas que llenaban sutilmente su nariz y mejillas, sus largas pestañas bajo sus cejas naranjas. No creo que nadie la haya mirado tanto como lo hice yo en ese momento. Me puse de rodillas y me acerqué a su mejilla para besarla.

—Ojalá nos hubieses dejado otra opción —susurré en su oído—. Adiós, Oli.

Agarré mi almohada, que estaba bajo sus pies, y la presioné con fuerza sobre su cara. El cóctel de pastillas que se había tomado mezclado en las tortitas del desayuno pareció hacer efecto, porque

apenas opuso resistencia. Apreté con tanta fuerza que por un momento temí partirle algún hueso de la cara.

Retiré la almohada después de un largo rato. Acerqué el oído a su pecho y luego me aseguré de que no tenía pulso al colocar dos dedos en su cuello.

Al fin se había acabado nuestra pesadilla.

Al fin habíamos terminado con lo único que nos impedía ser felices.

Al fin habíamos acabado con Olivia para siempre.

Sonreí.

Encontré a Ryan, tal y como esperaba, en el patio. Junior estaba sentado sobre la alfombra electrónica, que no paraba de emitir luces y ruidos, y Parker estaba enfrente de él, tumbado bocabajo, apretando con una mano una pequeña pelota de gomaespuma azul.

Toqué el hombro de Ryan y él miró hacia arriba para encontrarme. Se quedó blanco al verme asentir. Bajó el rostro y se quedó con la mirada clavada en sus hijos durante un buen rato, luego se levantó, se sacudió las manos y, sin mirarme, dijo en voz baja:

—Sera mejor que vaya al cobertizo para empezar a preparar las cosas.

Apenas tardó unos segundos en salir de allí y volver a cruzar el patio con una cuba llena en cada mano, lo que me hizo pensar que la noche anterior no podía dormir y se encargó de tenerlo todo listo. No me miró al pasar por mi lado, y yo decidí darle su espacio. Después de todo, eran quince años de matrimonio. Necesitaba tiempo para hacerse la idea, para adaptarse a su nueva vida.

Media hora después, llevé a los niños al salón y esperé a que se durmieran la siesta. Luego decidí bajar al sótano otra vez.

Lo encontré de espaldas, trabajando en la pared. El hueco que había abierto era más grande de lo que yo me imaginaba. Al principio, cuando estábamos pensando en cómo lo haríamos, propuse enterrarla en el patio, pero Ryan estaba demasiado preocupado de que llegase alguna visita inesperada y nos pillara, o de que pasase un helicóptero justo en ese momento y nos grabara en vídeo.

Estaba paranoico con la idea de sacar el cuerpo de la casa, así que se le ocurrió lo de la pared del sótano. Dijo que podría trabajar abajo sin preocuparse de que nadie lo viese, y que la pared quedaría perfecta, que sería imposible que nadie lo descubriese si lo hacíamos bien.

Vi un vómito en el suelo, delante de la cómoda que había arrastrado hacia un lado, y también vi que había cubierto completamente el cuerpo con la manta con la que yo me tapaba todas las noches.

Pobre Ryan, pensé.

Todo esto estaba siendo demasiado para él, pero aun así estaba haciendo lo que tenía que hacer por su familia. Era una situación muy complicada, pero él se estaba comportando como un hombre, y yo iba a estar a su lado mientras pasábamos por ello, mientras superábamos cada bache que la vida nos pusiera con tal de que estuviésemos juntos para siempre.

—¿Te ayudo? —pregunté.

Se giró hacia a mí sobresaltado. El único color que tenía en el rostro eran los círculos amoratados alrededor de los ojos. Conociéndolo como lo conocía, estaba segura de que no había dormido en toda la noche. Ryan era así de responsable: si tenía algo importante que hacer, iba a olvidarse hasta de comer. Siempre se ponía a sí mismo el último.

—No hace falta. —Se movió en el suelo de cuclillas y volcó el cemento en polvo en la cuba. Le añadió agua de una de las garrafas y empezó a mezclarlo con la espátula plana—. Aún me queda un rato con esto. ¿Has organizado lo de los emails?

—No, aún no. —Me crucé de brazos—. Aunque hay un montón de fotos preparadas. Para años incluso. Con la excusa de hacer los álbumes de recuerdos, Olivia no puso problemas. —Miré el bulto en mi cama—. De hecho, estaba encantada, así que tenemos eso solucionado. Además, también tenemos los vídeos del perfil de los niños; no hay por qué preocuparse de eso.

—Tendría que haber comprado más ladrillos —dijo, y me pregunté si había oído todo lo que le acababa de decir—. No sé si con los que hay va a ser suficiente. —Comprobó la textura de la mezcla y le

añadió un poco más de agua—. ¿Por qué no vas al pueblo y compras más? Al menos cinco.

—¿Ahora?

—Sí.

—No sé si es una buena idea que me vean comprando ladrillos hoy, Ryan.

Dejó la herramienta de golpe en la cubeta y me miró con un gesto enfadado.

—Peor idea es dejar la pared mal y que se note. Hay que dejarlo perfecto, joder. Con estos no va a ser suficiente —dijo y señaló los que había en el suelo— y encima uno está roto. —Lo cogió y lo estrelló con rabia, rompiéndolo un poco más y dejando una marca en la pared—. ¡Joder!

Tragué saliva y él se cubrió la cara con ambas manos. Me agaché y, clavando las rodillas en el suelo, lo abracé. Noté que estaba llorando.

—Esto es una locura —balbuceó—. ¿Qué hemos hecho? —apenas vocalizaba entre sollozos—. ¿Qué hemos hecho?

—Shh —traté de calmarle—. Tranquilo, mi amor, tranquilo. Escúchame. —Le sujeté la cara con firmeza y me acerqué a su oído para hablarle—: voy a ir a por los ladrillos. Compraré de más y diré en la tienda que son para hacerle una caseta al perro, ¿de acuerdo? Cuando acabemos con esto nos ponemos a hacerla, así estará todo atado en caso de… —me detuve.

—…demasiado…mujer…la madre… —farfulló entre lloros sin que yo pudiera entenderle.

—Va a estar todo bien, ¿me oyes? Hemos hecho lo que teníamos que hacer. No teníamos alternativa, cielo. Venga, continúa con la pared, que yo vendré en un momento.

No reaccionó, por lo que me vi obligada a endurecer mi tono:

—Ahora no es el momento de lamentarse ni de llorar. Ya no hay vuelta atrás; Olivia está muerta. —Con esas palabras conseguí que me mirase al fin. Las lágrimas habían llegado hasta sus labios, los cuales tensó. Me miró a los ojos y sé que encontró paz. Luego hizo un gesto de conformidad. Le besé todas las veces que me dejó, hasta que se apartó y siguió con la mezcla—. Va a estar todo bien —

repetí mientras le seguía abrazando la espalda— ya verás lo contento que va a estar Buster con su casa nueva —me reí.

Cuando me levanté, Ryan seguía con la mirada clavada en la mezcla de cemento.

—No llegué a sacar mis cosas del coche anoche. La cartera tiene que estar en la guantera, o en el bolsillo de la chaqueta en los asientos de atrás, no sé. No sé dónde la puse —repitió—. Con todo esto… —Suspiró—. Seguro que está ahí, sí, en el coche. Coge mi cartera y usa lo que necesites para comprar los ladrillos. Trae también algo de comida preparada, nos va a hacer falta. Yo voy a seguir con esto. Quiero acabar lo más rápido posible.

Tenía el cuello empapado en sudor. Me agaché para volver a besarle y luego me saboreé los labios.

—Ya ha pasado lo peor, cariño, lo hemos conseguido.

Le acaricié el pelo por última vez antes de irme. Ryan no respondió, pero yo sabía que estaba feliz, solo que aún no lo había asimilado. Y es que, cuando llevas tanto tiempo siendo miserable, la posibilidad de ser feliz puede asustar tanto como asomarse al vacío.

Antes de subir las escaleras, abrí mi ordenador portátil, que estaba encima de la cómoda, y puse la canción *Hotel California* en modo repetición. Pensé que le ayudaría, y él no me pidió que la quitara.

Me aseguré de que los niños seguían durmiendo antes de salir de casa. Me subí hasta arriba la cremallera de la chaqueta y caminé hasta llegar al coche de Ryan. Sonreí al ver la cartera tirada en el suelo junto a su bolsa de viaje.

—Ay, qué cabecita tiene este hombre. —Me reí con ternura antes de morderme el labio inferior y negar dos veces con la cabeza.

Arranqué el coche, pero entonces una melodía me interrumpió. Quité la llave del contacto para oír mejor. Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué mi teléfono, pero no era el mío el que sonaba. La melodía venía de la bolsa de Ryan. Eché un vistazo a la casa y vi que todo estaba tranquilo. Me incliné sobre el asiento de copiloto y rebusqué entre los diferentes compartimentos de la bolsa hasta que lo encontré.

Me incorporé de nuevo y leí en la pantalla: «Shane». Enseguida se cortó la llamada y apareció el fondo de pantalla: una foto de Olivia

con los niños y Buster. Las notificaciones de mensajes y llamadas perdidas empezaron a llenar la pantalla.

Desbloqueé el teléfono con el código que había visto utilizar a Ryan varias veces. El tal Shane le había llamado varias veces, y cuando abrí la conversación con él, vi que tenía de foto de perfil una imagen de una pareja en una playa. En los últimos mensajes Shane se dirigía a Ryan como «jefe», y este le mandaba un par de archivos PDF con horarios y cuadrantes. Shane le felicitaba por su retiro y le deseaba que lo disfrutara. Revisé la conversación y descubrí que las únicas veces que no hablaban de trabajo era para comentar un partido de futbol americano.

—Hombres. —Sonreí poniendo los ojos en blanco.

Salí de la conversación con Shane y, cuando vi que yo ocupaba el segundo lugar, no pude evitar poner una cara de tonta enamorada. Seleccioné el nombre «Mark» y encontré nuestros intercambios de mensajes, nuestras confesiones de amor, nuestros planes de futuro y nuestras fotos subidas de tono.

Pero la sonrisa se me borró de golpe cuando vi el nombre de Emily y decidí abrir su conversación.

A veces desearía no haberlo hecho.

A veces pienso en qué hubiese pasado si no lo hubiese descubierto, si hubiese seguido con todo aquello como si nada.

Durante los siguientes quince minutos me dediqué a leer todos los mensajes que se habían intercambiado durante meses para descubrir que Ryan le decía continuamente frases idénticas a las que me decía a mí. Frases como: «nadie me comprende como tú lo haces», «no puedo creer que seas tan madura con la edad que tienes», «nunca había sentido esto por nadie», «mi matrimonio está muerto desde hace años, solo estoy esperando el momento adecuado para dejarla. Quiero hacer las cosas bien», «solo pienso en nuestro futuro juntos», «ninguna mujer ha sabido excitarme como tú lo haces».

Los mensajes empezaron a verse borrosos a través de mis lágrimas. Tuve que bajar la ventanilla para poder respirar, dando bocanadas de aire profundas y rápidas.

Cuando encontré las fotos de Emily desnuda y leí las demás conversaciones con las otras chicas, tuve que abrir la puerta del coche porque sentía que me estaba ahogando de verdad. Nunca había sentido un dolor tan intenso como el que se me instaló en el centro del pecho.

Lloré hasta que sentí que se me escapaba la vida por la boca, hasta que me quedé sin fuerzas y, mareada, caí en la tierra.

Pensé que me iba a morir, que me estaba muriendo.

Pero luego mi dolor se convirtió en otra cosa. Mi energía se transformó de una forma eléctrica, como nunca antes había experimentado. Era una sensación casi animal que me llenó de fuerza.

Me levanté y me sacudí la tierra de la ropa. Luego me di unas palmadas en la cara hasta que las lágrimas desaparecieron y, cerrando la puerta del coche de un portazo, me dirigí de nuevo a la casa.

Cuando bajé al sótano encontré a Ryan levantando a Olivia en sus brazos sin quitarle la manta que la cubría por completo.

La canción estaba volviendo a empezar:

On a dark desert highway, cool wind in my hair

La llevó hasta el hueco que había abierto en la pared y la empezó a meter con mucho cuidado. Al ir girándose poco a poco notó mi presencia.

Warm smell of colitas rising up through the air

—¿Todavía no te has ido?

Me esforcé en contener mi respiración agitada y me volví a secar la cara con un movimiento rápido y disimulado.

—Yo voy a poner los que pueda para adelantar. Los que pueda —recalcó—, porque he visto que hay más de uno roto.

Up ahead in the distance, I saw a shimmering light

Ya había metido la mitad del cuerpo de su mujer, que parecía quedar sentado, pero las piernas estaban aún fuera. Le sujetó el

torso con una mano antes de empezar a levantar y a doblarle las piernas para encajarlas en el hueco de la pared, pero el cadáver ya estaba rígido. Soltó un gruñido de esfuerzo.

My head grew heavy and my sight grew dim

Cuando lo consiguió, puso los brazos en jarras y se quedó mirando a su mujer. Respiraba con fuerza a través de la boca, parecía agotado.

Luego se giró hacia a mí.

—¿Qué pasa? —Levantó la barbilla, como si exigiese una respuesta—. ¿No has encontrado la cartera?

I had to stop for the night

—No. No es eso.

—¿Entonces? —preguntó mientras se agachaba y empezaba a examinar los ladrillos—. Joder, este también está roto.

There she stood in the doorway, I heard the mission bell

—Es que no sabía… qué tipo de ladrillos comprar.

El hombre suspiró, parecía molesto, desesperado.

—Joder, Emery, pues ladrillos normales. Como estos. —Los señaló.

Me agaché detrás de él y agarré uno de ellos, uno de los pocos que estaban enteros. Al cogerlo, me volví a poner de pie, mientras que él seguía de cuclillas.

And I was thinkin ' to myself, "This could be heaven or this could be hell"

—¿Como estos? —repetí sus palabras susurrándolas y rompí a llorar de nuevo, esta vez sin ser capaz de ocultarlo.

Ryan se giró hacia a mí y bajó las cejas, extrañado. Me miró desde abajo y yo le mantuve la mirada.

Then she lit up a candle and she showed me the way

Entonces levanté el ladrillo y le golpeé con todas mis fuerzas en la base del cráneo.

Se cayó al suelo y la sangre empezó a brotar como si fuera un río. Seguí golpeándolo y escuché cómo se hacían añicos los huesos de su cabeza.

There were voices down the corridor, I thought I heard them say

El charco de sangre que se había empezado a formar sobre el suelo me alcanzó la suela de los zapatos. Solo, cuando el ladrillo empezó a llenarse de sesos y pude ver con claridad lo que había en el interior de su cráneo, paré.

Welcome to the Hotel California

Dejé caer el ladrillo al suelo y me miré las manos, que se habían llenado de sangre. Noté que también me había salpicado en la cara y en la ropa. No pude evitar quedarme mirando la cabeza destrozada de Ryan al mismo tiempo que se oía:

Such a lovely place, such a lovely place
Such a lovely face

Mis rodillas se unieron y caí al suelo, nuevamente sin fuerzas y rota de dolor. Volví a llorar, pero esta vez de la forma más desgarradora en la que había llorado nunca. No sé por cuánto tiempo estuve llorando, pero no paré hasta que un llanto que venía de la parte de arriba me interrumpió.

Entonces recordé de golpe a Parker y a RJ.

Me di cuenta de que ahora tenía dos niños de los que hacerme cargo, a los que cuidar.

"Relax, " said the night man, "We are programmed to receive
You can check out any time you like, but you can never leave"

Todo lo demás iba a tener que esperar.

Me quité la ropa ensangrentada mientras escuchaba el solo final de la canción y me puse otra limpia. Me aseguré de quitarme las manchas de la cara antes de subir a ver a mis hijos.

23
LUCÍA

Emery no responde a la reanimación cardiopulmonar.

Ni siquiera sé si la estoy haciendo bien, pero está claro que está muerta.

¿Qué me esperaba? ¿Qué iba a empezar a llorar como si nada después de estar Dios sabe cuánto tiempo encerrada en una caja sin aire?

Resbalo la espalda por el lateral de la cama hasta que me siento en el suelo, donde rompo en llanto con la cara enterrada en las piernas.

Debería llamar a una ambulancia. O a la policía. Tengo que salir de esta casa de inmediato.

Me apoyo en el colchón para incorporarme, aún con la vista borrosa, y entonces leo el lateral de la caja en la que está Emery: *Bebé Reborn Modelo Lily Margarita Hecho a Mano.*

Me siento en la cama con la vista clavada en la caja. La desplazo para acercarla a mí y luego saco a Emery y la dejo sobre la cama. Me pongo la caja sobre las piernas y aparto la manta para encontrar una cartulina rectangular y un folleto colorido.

En la cartulina se lee:

Certificado de nacimiento

Nombre del bebé: _____
Nombre de la mamá: _____
Fecha de nacimiento: _____

Hora del nacimiento: _____
Peso al nacer: _____
Altura: _____

Olivia no ha escrito nada.

Desdoblo el folleto y lo leo en voz baja:

¡Da la bienvenida a tu bebé reborn Lily Margarita!
Todos nuestros pequeños son creados a mano desde cero, de forma completamente artesanal, con todo el amor y cariño para ofrecer a las mamás reborn una experiencia lo más realista y tierna posible.
Cuidados:
(Recuerda que tu nuevo bebé necesita cuidados para mantenerse sano y en perfecto estado)
-¡No lo bañes! El agua podría estropear los detalles que tanto esfuerzo han costado plasmar en él.
-Protégelo del sol y de las altas o bajas temperaturas.
-¡Dale mucho amor! Ten en cuenta que tu bebé es una obra de arte, y merece ser tratado como tal.
Lily Margarita ha sido confeccionada para acompañarte en todo momento. Desde el equipo de Reborn Memories, deseamos que llene tu vida de amor y felicidad.
Con cariño, Reborn Memories

No es hasta que cierro el folleto que me doy cuenta de lo abierta que se me ha quedado la mandíbula.

Así que Emery, la bebé recién nacida de Olivia, ¿no es más que un muñeco hiperrealista? Pero, ¿por qué? ¿Por qué está haciendo Olivia todo esto? ¿Por qué hace cosas tan extrañas? ¿Por qué se comporta de esta forma? ¿Por qué? ¿Por qué les hablaba así a sus padres de mí?

Devuelvo el muñeco —que ahora me da un mal rollo que te cagas — a su caja y luego vuelvo a abrir la de la cuna para guardarla dentro. Hago espacio en el armario para dejar todo tal y como estaba, y es entonces cuando encuentro la barriga falsa que Olivia ha estado usando todo este tiempo escondida entre la ropa tirada.

Cada vez la entiendo menos, y tengo la sensación de que se me está escapando algo, algo importante que he pasado por alto.

Camino en círculos en la habitación mientras pienso. No sé qué hacer. No sé cómo actuar. ¿Debería llamar a Olivia e intentar aclarar todo esto de una vez? ¿Sincerarnos al fin?

Vuelvo a la oficina y enciendo de nuevo el ordenador.

No puedo evitar releer los correos de nuevo.

Una de dos: u Olivia es esquizofrénica y tiene alucinaciones, o todo esto se trata de una broma de muy, pero que muy mal gusto.

Miro a las esquinas de la habitación. ¿Se tratará de una cámara oculta? ¿Estaré saliendo en la televisión americana? ¿O será que en verdad toma demasiadas pastillas «para el estrés y la ansiedad» y el consumo se le ha ido de las manos?

Decido revisar otra vez el ordenador de arriba abajo. Desisto de seguir buscando carpetas de documentos y echo un vistazo a los programas. Hay pocos, y parecen los típicos que trae el ordenador cuando lo compras, pero uno me llama un poco la atención porque no reconozco el icono que lo representa. Le doy doble clic para abrirlo.

Parece un editor de fotos que me recuerda bastante a Photoshop, pero la apariencia que tiene me hace pensar que es más moderno. Hay una lista que muestra unos cuantos proyectos con fecha de hace meses. Selecciono el primero de la lista que, antes de abrirse, se queda cargando durante unos largos minutos. Cuando lo hace, veo que es una foto de los Keller el día de su boda. Parece la misma que hay en el salón, solo que…

Me quedo mirando la imagen durante un buen rato. Bajo las cejas y arrugo el rostro a la vez que me acerco tanto a la pantalla que casi pego la nariz al monitor.

No tengo ni idea de cómo se maneja este programa, así que muevo el cursor y selecciono varias pestañas sin saber muy bien lo que estoy haciendo, pero no ocurre nada. El proyecto tiene por nombre un montón de números y letras que parecen aleatorias, pero no parece contener nada más que la fotografía.

Echo un vistazo al resto de proyectos de la lista que hay a la derecha y, para mi sorpresa, todas las imágenes me son familiares.

La foto de la boda, la de Olivia y Junior en el tiovivo, la de la pareja con RJ justo delante de la casa… Sí, son las mismas fotos que hay en el salón, solo que…

Esta mujer no es Olivia.

Saco mi móvil para hacerle fotos a las imágenes que aparecen en la pantalla y luego bajo al salón para compararlas.

Pero al entrar al salón y llevar la vista a la pared se me hiela por completo la sangre.

Las fotografías que hay en los marcos de la pared han cambiado.

Han cambiado. Han debido de hacerlo porque, a pesar de ser idénticas en todo lo demás, Olivia era la que aparecía en ellas, y no esa mujer a la que no he visto en mi vida.

Me quedo un rato más mirándolas, completamente descolocada, y luego vuelvo a la oficina de Ryan y me siento para volver a ver las del ordenador.

Apoyo los codos en el escritorio y entrelazo los dedos de ambas manos en mi pelo. Me va a explotar la cabeza. ¿Qué se supone que significa todo esto? ¿Me estoy volviendo loca? ¿Quién es la mujer de las fotos? ¿Por qué se han transformado los cuadros del salón?

Porque antes no eran así… ¿no?

Me rugen las tripas. El estómago se me ha revuelto con todo esto y tengo hasta ganas de vomitar.

La estantería de madera repleta de libros que está justo detrás de mí cruje de repente y siento que se me va a salir el corazón por la boca.

De pronto me siento insegura; no quiero estar sola, y siento que en esta casa el peligro acecha en todas partes. Salgo de la oficina y bajo las escaleras rápidamente, ya sin importarme tanto el ruido que pueda hacer.

Tal vez me tomen por loca o piensen que estoy borracha, pero me da igual. Ahora mismo voy a acabar con todo esto: voy a llamar a la policía. Les voy a explicar todo lo que he encontrado, lo raro que se

comporta Olivia, lo del perfil de los niños, lo de la muñeca. Todo, lo voy a contar todo. Y si no ha cometido ningún delito me da igual, voy a pedir que me saquen de aquí y que me lleven hasta el aeropuerto. Voy a terminar con todo esto antes de que las cosas se tuerzan aún más.

Algo no está bien. No sé exactamente lo que está pasando, pero tengo que salir de aquí lo antes posible.

Lo sé. Ahora lo sé.

Entro en el salón y cojo de encima de la mesa el cargador de mi móvil; no quiero quedarme sin batería mientras espero a que la policía venga o mientras hablamos por teléfono. Tengo que estar localizable.

Enchufo el cargador a la pared y luego este al teléfono. Me detengo durante un instante y hago un par de respiraciones. Pienso en lo que voy a decir y en las palabras que quiero utilizar; no quiero pronunciar mal por los nervios y que no me entiendan. Planeo la conversación en mi mente varias veces.

Pero entonces oigo algo.

Un llanto intermitente seguido de una especie de rasguños.

Es como si alguien estuviese arañando…

¡Buster!

Salgo corriendo del salón y atravieso el pasillo para descubrir que me he dejado la puerta del sótano abierta. ¡Todo este tiempo!

Bajo las escaleras tan rápido que me tropiezo en el último escalón y me caigo al suelo, dándome de lleno en las rodillas. Pero da igual lo rápido que he bajado, porque cuando levanto la cabeza, me doy cuenta que ya es tarde para evitar el destrozo.

Buster ha volcado la cómoda que estaba contra la pared y se ha subido en ella para arañar el muro. Ha arrancado una parte grande del papel, y la cómoda y parte del suelo están llenos de granitos y algún que otro trozo muy pequeño de ladrillo. La hendidura que ha hecho no deja de ser superficial, pero deja ver con más detalle lo mal que está construida la pared.

—¡Buster, ven aquí! ¿Qué estás haciendo? —Me acerco a él después de levantarme del suelo.

El animal me mira solo durante un segundo. No para de llorar y de mover las patas para intercalar el peso de su cuerpo. Mira a la pared e, hincando el hocico varias veces, inhala con fuerza y llora.

—Buster… —murmuro al ver sus patas delanteras manchadas con su propia sangre—, te has destrozado. Tranquilo, ven. —Me agacho a su lado, entre la cómoda que está tirada en el suelo y mi cama. Le abrazo y le acaricio la cabeza mientras miro la pared. Paso la mano por la zona y la gravilla cae encima del mueble—. ¿Qué es lo que hay aquí? —susurro.

Tengo que subir a Buster a rastras. Se retuerce sobre sí mismo para impedir que me lo lleve, incluso intenta morderme —algo que no ha hecho nunca—. Siempre ha estado obsesionado por bajar al sótano, pero nunca lo he visto comportarse de esa forma. Detrás de la pared debe de haber algo escondido. Tal vez algo mucho peor que lo que he encontrado esta noche en la planta de arriba.

Puede que detrás de esa pared esté la clave de todo, la pieza que me falta para dar respuesta a lo que parece no tener explicación. Y, si es así, ya no temeré que me tomen por loca o que mis palabras no tengan sentido, porque estará todo muy claro.

Saco a Buster al patio y lo dejo atado al lado de su caseta. Sigue intranquilo, pero no le queda más remedio que quedarse allí. Abro el cobertizo y rebusco en las herramientas que cuelgan de las paredes y en los armarios con puertas de plástico duro del fondo hasta que encuentro un mazo y una linterna.

Vuelvo al sótano y levanto la cómoda para apartarla de la pared. Al hacerlo, los cajones caen al suelo, incluido el de la cerradura. Imagino que debió de romperse al caer. Lo cojo para mirar su interior y descubro que no hay nada dentro. Está claro que a Buster le interesaba la pared de detrás, y no la cómoda. Aparto el mueble por completo para hacerme espacio.

Levanto el mazo y me preparo para golpear con fuerza en la zona que ha dañado el perro, pero entonces me detengo y miro al techo. ¿Y si provoco un derrumbe? Creo que será mejor que vaya poco a poco.

Y así lo hago, empiezo a golpear la pared con suavidad y voy midiendo la fuerza que uso. El muro se va deshaciendo sin mucha

dificultad; veo que hay pegotes enormes de cemento seco y ladrillos torcidos, incluso algunos de estos parecen incompletos.

Tengo que parar para toser debido a la polvareda que se ha creado. Agito una mano delante de mi cara para intentar apartar las partículas. El ataque de tos me obliga a dejar el mazo a un lado y me doblo sobre mí misma hasta que me recupero un poco. Con lo poco abierta que está la ventana no hay mucha ventilación para todo el polvo que estoy levantando. Tendría que haber dejado la puerta de arriba abierta, al menos así correría un poco más el aire.

Cuando por fin consigo respirar un poco mejor, me alcanza un olor nauseabundo. Es exactamente el mismo olor a tuberías que hay siempre en el sótano, pero multiplicado por mil. Con la mano, quito un último pedazo de ladrillo que se había quedado medio suelto. El agujero ya es lo suficientemente grande como para meter la cabeza.

Me acerco todo lo que puedo a él. El olor es insoportable. Tiene que haber un atasco en la bajante o algo así. No lo sé, pero es asqueroso. Como imaginaba, no se ve nada, así que vuelvo hasta donde dejé el mazo y cojo la linterna.

Me subo la camiseta hasta la nariz, convirtiéndola en una mascarilla improvisada. Ilumino el agujero y meto parcialmente la cabeza.

Entonces veo el esqueleto.

Cientos de bichos lo recorren y puedo ver que aún tiene tiras de carne adherida a los huesos.

Grito tan fuerte que mi voz se rompe.

Retrocedo hacia atrás y doy un traspié que me hace tropezar y caer al suelo. Vomito en el suelo a la vez que oigo a los niños chillar asustados. Han debido de oírme.

Me obligo a levantarme corriendo para impedir que lleguen hasta aquí y que vean esto. Subo hasta arriba del todo y los encuentro llorando, cruzando el pasillo de la mano. Les digo que no pasa nada e intento fingir calma, aunque no puedo dejar de temblar. Me los llevo al salón y, entonces, llamo a la policía, que me confirma que una patrulla está de camino.

24
EMERY

Deslicé a la izquierda para seguir viendo las fotos de la fiesta de despedida de Ryan. Habían hecho un grupo para compartirlas y, también, para escribirle algunos mensajes cariñosos: «Sargento, ha sido todo un honor estar bajo su mando, feliz vida». «Keller, no puedo mentir: fue toda una sorpresa cuando anunciaste que te ibas a retirar de forma anticipada, pero lo entiendo a la perfección. Disfruta con tu maravillosa familia». «Te deseo toda la suerte del mundo en esta nueva etapa, jefe. Que disfrutes tu merecido descanso».

Bloqueé el teléfono y la pantalla se quedó completamente negra. Me vi el rostro reflejado y observé una ligera deformación en mi ojo derecho. Me acerqué mejor al móvil y me di cuenta de que era una pequeña mancha; unas diminutas rayas restregadas de sangre seca que se habían quedado impregnadas en la pantalla, probablemente traspasadas de mis propios dedos.

Me cubrí media palma de una mano con la manga de la chaqueta y la empecé a frotar de manera compulsiva. De esta forma, conseguí que la mancha saliera del móvil, pero a cambio se formó una minúscula decoloración naranja en mi manga.

Cerré los ojos, estiré un poco el cuello hacia atrás y tomé aire detenidamente.

Estaba en problemas.

Ryan estaba muerto, y yo no tenía ninguna forma de salir airosa de la situación. No había justificación alguna. No había nadie a quien

culpar, como cuando dejé la escena del crimen perfecta y la policía no dudó ni un segundo que Tony había matado a Stella.

¿Por qué había tenido que hacerlo? ¿Por qué? ¿Por qué me había traicionado?

Las sienes me palpitaban dolorosamente, como si me estuviesen dando martillazos, cuando la realidad de toda aquella situación me atravesó el corazón como un disparo helado: estaba sola. Completamente sola. Cuando pensaba que por fin había encontrado a alguien con quien llevar mis cargas, mis dolencias, él había decidido destrozarme en dos.

No tenía sentido. ¿Algo de lo que habíamos vivido Ryan y yo era real? Para mí, lo nuestro, había sido lo mejor de mi vida. Hasta aquella trágica noche. E, incluso después de perderle para siempre, mi amor por él seguía siendo exactamente el mismo; inmenso, incondicional, intenso.

No podía entenderlo. Lo nuestro era perfecto. Lo teníamos todo perfectamente planificado, todo estaba bajo control. ¿Cómo pudo Ryan hacerme algo así? ¿A qué clase de hombre le había entregado por completo mi corazón? ¿Por quién lo había arriesgado absolutamente todo?

No podía dejar de darle vueltas a la noche en la que nos atrevimos por primera vez a dar un paso al frente, a planificar una salida y construir un futuro juntos, justo tres semanas antes.

Ryan había vuelto a casa para pasar el fin de semana por primera vez después del permiso por paternidad. Aquella tarde, Olivia se había marchado a Champlain Centre con los niños, en un vergonzoso intento de evitar pasar tiempo con el que todavía era su marido.

Ryan y yo estábamos en la cama del sótano, desnudos y abrazados bajo las sábanas, cuando decidí que ya era hora de preguntarle lo que no paraba de rondar en mi cabeza:

—¿Lo dijiste en serio?

—¿El qué?

Levanté al fin la cabeza de su pecho y apoyé el brazo en la almohada para que nuestras caras quedasen a la misma altura. Con la mano que me quedaba libre le dibujaba caricias en el pecho y en el cuello.

—Que te sentirías libre si ella no estuviese. Ya sabes, si…

Él soltó un poco de aire y se humedeció los labios antes de asentir con la cabeza, desviando luego la mirada hacia las tuberías del techo.

—Pero es la madre de mis hijos, y nunca he querido que le pase nada malo, ¡al contrario! Le he dado todo y más, y nunca ha sido suficiente. Y ahora, ¿voy a dejar que me arruine la vida? —Se llevó la mano con la que no me estaba tocando la espalda a la cara, y luego se frotó la frente con un gesto desesperado—. Es horrible, horrible —insistió—, decirlo en voz alta, pero si ahora mismo me concedieran un deseo sería ese: que Olivia desapareciera para siempre. —Llevó la mano hasta mi rostro y, tras pasarme un mechón detrás de la oreja, me acarició dulcemente la mejilla—. Y así yo podría empezar una vida con el amor de mi vida.

Me sonrojé e intenté, sin ningún éxito, disimular una sonrisita. Él se dio cuenta y me atrajo hasta su boca para besarme, primero con ternura y luego con pasión.

—Pero yo sería incapaz, Emery. Incapaz de hacerle nada. Tú lo sabes. Sabes que de bueno soy tonto, que soy capaz de dejar que nos destroce antes de hacerle daño.

Sus ojos se alternaron entre los míos. Se quedó en silencio, como esperando una respuesta. Ahora entiendo bien lo que estaba haciendo.

—Y si… ¿no tuvieras que hacerlo tú?

Ryan se incorporó, apoyando ambos codos sobre el colchón.

—¿Qué quieres decir?

Le besé antes de contestar.

—¿Y si lo hiciera yo? ¿Y si le parase los pies a Olivia para siempre?

Él me apartó la vista otra vez. Odiaba cuando hacía eso, ¿por qué no quería mirarme? Pero entonces sus ojos azules volvían a los míos y todas mis dudas se disipaban.

—Emery, ¿estás segura de lo que estás diciendo?

Me limité a asentir.

Nos quedamos mirando en silencio, no sé por cuánto tiempo. Pudieron haber sido dos minutos o cinco. No lo sé.

Antes de que se atreviera a romper el silencio, vi su nuez subiendo y bajando dos veces en su garganta.

—No podemos cometer ni un solo error —susurró.

◆ ◆ ◆

Estuvimos hablando durante horas, y no solo esa tarde, sino que, durante las siguientes semanas, no tuvimos otro tema de conversación. Debatiendo, planificando, proponiendo. Tenía que ser perfecto; un plan sin fisuras en el que todas las piezas encajaran a la perfección, que nos permitiese irnos del país los cuatro juntos y empezar una nueva vida.

Lo que más nos preocupaba eran los padres de Olivia.

Por suerte, ella no seguía en contacto con sus antiguas amigas de la universidad ni había hecho un nuevo grupo al mudarse a Elizabethtown, por lo que las únicas personas con las que tenía relación en aquel momento eran sus padres.

Solían hablar por teléfono mínimo una vez al mes, y también intercambiaban correos electrónicos una vez a la semana o tal vez cada dos semanas, en los que Olivia normalmente le enviaba fotos de los niños.

La idea que tuvo Ryan fue la siguiente: compró una cámara de fotos y le dijo a Olivia que la usáramos para hacer álbumes de familia, para que, al menos, tuvieran los recuerdos. Ella no pareció muy conforme con la idea cuando él se la explicó, pero luego intervení yo. La convencí de que en verdad era muy buena idea, no para Ryan, sino para los niños y para ella, y finalmente terminó cediendo y encantada de hacer diferentes sesiones. Luego solo tendríamos que estar pendiente de responder los correos electrónicos de los suegros de Ryan y, llegado el momento, podría hacerme pasar por Olivia para responder las llamadas, aunque, preferiblemente, íbamos a intentar evitarlo para no levantar sospechas.

Iba a funcionar, estábamos seguros, pero ahora todo se había ido al garete por su culpa.

◆ ◆ ◆

Esa misma noche, después de acostar a los niños, bajé al sótano. Usé la manta con la que habíamos cubierto a Olivia para taparle la parte de la cabeza que tenía abierta y luego me tumbé a su lado, en el suelo. Le besé los labios y le acaricié la cara.

—¿Por qué, mi amor? ¿Por qué lo has hecho? —susurré muy bajito —. ¿Y qué voy a hacer yo ahora? —Le volví a besar los labios helados y me giré, quedando tumbada bocarriba, con la vista clavada en el techo—. Estoy sola —me dije a mi misma.

Quise irme, pero fui incapaz de levantarme de su lado y terminé quedándome dormida.

Esa fue la última noche que Ryan y yo pasamos juntos.

◆ ◆ ◆

Me desperté justo antes de que amaneciera. Sentí que la cabeza me iba a estallar. ¿Qué iba a hacer? El plan que teníamos ya no iba a funcionar. Tenía que idear uno nuevo para no caer en la trampa que habían creado los Keller.

Me ocupé de meter a Ryan con Olivia y de cerrar la pared como pude. Más tarde le pondría un papel y algunos muebles para disimular las irregularidades de los ladrillos.

Cuando llegó la hora del desayuno, los niños ya se estaban peleando en la cocina, llorando y gritando como locos.

No puedo con esto. No puedo sola. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? No puedo sola, los mismos pensamientos se repetían de forma compulsiva en mi cabeza.

Después de comer, los niños se durmieron la siesta y yo aproveché para bajar al sótano con un cubo lleno de productos de limpieza.

Entonces, mientras estaba de rodillas frotando el suelo con el cepillo de cerdas duras y veía cómo se formaba la espuma de color ocre, la idea me vino de pronto a la cabeza.

◆ ◆ ◆

Durante los dos meses siguientes, no paré de mirar anuncios, de buscar agencias, de investigar por redes sociales… hasta que encontré a Lucy.

Pero había algo que me preocupaba bastante: ¿cómo iba a justificar estar tanto tiempo fuera de casa? ¿Qué excusa iba a tener para meterme en mi habitación durante horas cuando en realidad iba a salir escalando por la ventana para hacer todo lo que tenía que hacer? ¿Cómo podía parecer realmente vulnerable para manipularla más fácilmente, para que hiciese todo lo que yo quisiese?

Entonces, justo un mes antes de que la chica latina llegara a casa, mi pequeño RJ me trajo, sin saberlo, la respuesta a todos mis problemas.

El niño se acercó a mí y empezó a dar tirones de mi camiseta.

—¿Qué? ¿Qué quieres?

—*Mery…* E… mery*. Pipí.*

—Mamá, soy ma-má —le volví a regañar. No acababan de acostumbrarse.

Pero él me señaló con su pequeño dedito a la altura del ombligo.

—*Emery* —dijo con dificultad.

Yo ladeé la cabeza y dibujé una media sonrisa.

Todo estaba bien.

Todo estaba bajo control.

El plan iba a salir a la perfección.

25
LUCÍA

La policía nos lleva hasta la comisaría del pueblo. Me explican que han clausurado la casa por el hallazgo que ha aparecido en el sótano y que se mantendrá así mientras que ellos y la brigada científica hacen su trabajo.

Me separan de RJ y de Parker, sin apenas dejar que nos despidamos. Ninguno de los dos deja de llorar cuando se los llevan. A mí me hacen esperar al menos tres horas en una habitación hasta que se presentan dos inspectores de policía y me meten en otro cuarto, esta vez mucho más pequeño.

Me hacen contarle todo lo que ha ocurrido al menos unas diez veces. Explico todo lo que ha ocurrido desde que llegué a Estados Unidos, haciendo hincapié en el comportamiento de Olivia y en todo lo que he descubierto. Cuando me vuelven a pedir que empecemos desde el principio otra vez ya estoy completamente agotada, y lo hago llorando.

Me dicen que me tengo que quedar en los calabozos hasta que se aclare todo. Yo insisto de nuevo en que ha sido Olivia Keller, que mató a su antigua au pair y que planeaba hacer lo mismo conmigo. Los inspectores se miran entre ellos y no dicen nada más. Luego me toman las huellas y me encierran en una celda por primera vez.

Dos días después me vuelven a llevar a la sala de interrogatorios y me hacen las mismas preguntas. Vuelvo a decir exactamente lo mismo, solo que esta vez, cuando les afirmo que Olivia es la responsable del asesinato, uno de los inspectores me responde:

—Así que, según tú, Olivia Keller es la responsable de los asesinatos, ¿no?

—¿Asesinatos? —pregunto enfatizando el plural.

—Sí, de los dos cuerpos encontrados.

—¿D-dos? Solo había uno, el de la antigua au pair.

—Los Keller nunca tuvieron otra au pair.

—¿C-cómo dice? —titubeo.

—¿Vas a seguir con lo mismo o nos vas a contar la verdad de una vez?

—¡Les estoy diciendo la verdad! ¡Fue ella!

—Olivia. —El *sheriff* levanta las cejas.

—¡Sí! ¡Ella ha montado todo esto! Ahora entiendo por qué se fue, ¡quería huir!

—Ya.

—¡Tienen que creerme! ¡Fue ella! —repito con un tono desesperado.

—Ya la has oído, Adams, tenemos que creerla. —De pronto da un golpe en la mesa y pone su cara a escasos centímetros de la mía—. Tenemos que creer que Olivia Keller se mató a sí misma y a su marido y que más tarde se emparedó en su sótano mientras que la única otra persona adulta que vivía en su casa no se enteraba de nada y es completamente inocente. ¿¡Piensas que puedes tomarnos por imbéciles!? —me grita al oído. Luego se endereza de nuevo y le oigo decir algo que no entiendo a su compañero—: *fucking wetbacks*.

◆ ◆ ◆

Al día siguiente me llevan al juzgado y me asignan a un abogado al que tengo que contarle todo de nuevo. Él tampoco me cree, pero poco parece importarle los crímenes.

Me explica que un acuerdo previo puede librarme de la cadena perpetua, pero que tengo que declararme culpable. Al principio me niego, pero cuando me lee todas las pruebas presentadas en mi contra entiendo que no tengo otra salida.

Me declaro culpable y de esa forma evitamos el juicio.

Mi abogado me comunica la decisión del juez como una muy buena noticia. Me explica que sin el acuerdo de culpabilidad hubiera sido de por vida y, si no hubiésemos estado en Nueva York, muy probablemente sería pena de muerte. Al menos me cuenta algo que me alegra: los niños están en Oregón, con sus abuelos, y también se han llevado a Buster. Mi abogado me explica que, debido a la situación, los servicios sociales les han ofrecido ayuda para cuidar de ellos. Es un alivio saber que al menos ellos están bien, que van a estarlo.

Mientras tanto yo, de forma inmediata, ingreso en la prisión de Bedford Hills para cumplir cincuenta y cinco años por el doble homicidio de Ryan y Olivia Keller, un crimen del que me empiezo a replantear mi autoría.

EPÍLOGO
EMERY

Me quito uno de los auriculares inalámbricos, que está reproduciendo Witchy woman de Eagles a todo volumen, y le hago un gesto con la mano al muchacho.

—¡Camarero, por favor! —exclamo con un español todavía muy torpe—. ¡Otra piña colada!

El hombre asiente al escucharme y luego va hacia la barra. Me trae mi bebida y le doy las gracias mientras me ajusto las gafas y la pamela de Olivia y me acomodo en la tumbona.

Este hotel es increíble; todo incluido a pie de playa. No se puede pedir más.

Quise venir antes, pero, obviamente, tuve que esperar a que me llamaran para declarar. No podía dar ningún paso en falso. Todo tenía que encajar a la perfección.

Fue mucho más fácil de lo que esperaba. La verdad es que no sé por qué estuve tan estresada tanto tiempo. En cuanto les enseñé la rescisión de contrato firmada por Olivia tres meses y medio antes de que Lucy llegase a Estados Unidos y vieron que desde entonces tenía un apartamento alquilado en Nueva Jersey —donde la mayoría de vecinos me conocen debido a mis constantes visitas—, ya les tenía en el bote.

Aunque no hizo falta, también les mostré la carta de recomendación que me hice en nombre de Olivia y las fotos juntas. Lloré por mi amiga y los agentes me consolaron.

Eso ayudó bastante, pero los emails que les escribí durante meses a los padres de Olivia fueron clave. En las primeras semanas en las que estuvo en casa, me hice pasar por Olivia y les expresaba el miedo que tenía de mi nueva au pair y todas las cosas escalofriantes que hacía. Luego, en las últimas semanas, cambié radicalmente el tono para que pareciera que Lucy estaba escribiendo en nombre de Olivia después de haberla matado.

También sumó su declaración diciendo que la madre de los niños era una loca bipolar, y las historias disparatadas que contaba de ella. Por no hablar de la tarjeta que puse a su nombre y que recibía ingresos regulares a cambio de fotos comprometidas de los niños, todo hecho a través del teléfono que llevaba usando desde que llegó a casa, el que le di yo.

Claro que tuve que hacer muchas cosas desagradables, como volver a sacar el cuerpo de Olivia de la pared para conseguir algo de pelo justo antes de que llegara Lucía, esconderlo, y luego dejarlo en el baño antes de irme. Necesitaba que la presencia real de Olivia estuviera después de tanto tiempo. Temía que su ADN se estuviese borrando con el paso de los meses, así que se me ocurrió eso.

Pero esto vino bien, ya que recordé una parte del plan de Ryan que había olvidado por completo: echar el ácido que usábamos para la piscina en el cadáver de su mujer. Me dijo que esto también ayudaría a camuflar el olor, así que volqué el químico por completo sobre los cuerpos. Además, antes de cerrar definitivamente la pared, los niños y yo nos dedicamos a cazar bichitos de todo tipo en el patio de casa. Contra más descompuestos estuvieran los cadáveres, menos información sacarían los forenses.

Al principio, convertirme en ella me aterraba. ¿Y si los niños no se acostumbraban nunca? ¿Y si alguien venía a casa y se daba cuenta de todo? Pero los miedos y las dudas se fueron haciendo cada vez más pequeñas cuando, después de teñirme el pelo de color naranja, comencé a usar su ropa, sus zapatos, su perfume… Me di cuenta de que mis ojos eran sus ojos y de que estábamos —para bien o para mal— profundamente conectadas para siempre.

Ser ella me hacía sentir poderosa.

Y me encantaba.

Claro que surgieron algunos problemas, diferentes imprevistos, como cuando sus padres no se conformaban con los correos electrónicos y querían hablar por teléfono. La primera vez sí que me puse histérica y pensé que se derrumbaría todo, pero tuve suerte. Son personas muy mayores y, aunque la primera vez que hablamos imité su voz y fingí estar enferma con tos, nunca mencionaron nada. No se dieron cuenta ni sospecharon de mí.

Más allá de limpiar mis huellas la última noche, no me esforcé mucho en borrar mi paso real por la casa de los Keller, porque hubiese sido demasiado complicado. Así que me enfoqué en que todo apuntara a Lucía.

Eran demasiadas cosas en su contra y, encima, nada de lo que ella contaba terminaba de encajar por razones obvias. Las pruebas sumadas con su declaración ayudaron a reforzar la versión de la au pair obsesionada con su jefe y que odiaba a la madre que se interponía entre ellos.

Lo siento, Lucy, nunca fue nada personal contigo.

Yo también soy una víctima de los Keller, a mí también me destrozaron la vida. Hice todo lo que hice por pura supervivencia. Sí, supervivencia. No fue por impartir justicia, como con Stella. Todo aquello fue muy diferente, y en esta ocasión no me quedó más remedio, te lo aseguro.

También fue por amor a esos niños. No podía simplemente irme y dejarlos abandonados. Por eso tuve que buscar a alguien que los cuidase bien cuando me marchase y que, cuando se descubriera todo —porque sabía que más tarde o más temprano se descubriría —, fuese un blanco fácil para la policía.

Pero no creas que eres la única cumpliendo condena. Yo también estoy pagando por todo lo que sufrí con ellos. Y es que aún no he podido olvidarme de Ryan, de lo que podría haber sido, de lo que me prometió que sería, de lo que debió haber sido.

Pero ahora tengo que aceptar que ya no está. Ni él ni nuestro futuro soñado.

Ahora me toca sanar.

Renacer como un ave fénix.

Al menos, sus ahorros serán suficientes para vivir unos cuantos años sin tener que preocuparme por el trabajo. Y luego, ¿quién sabe? Tal vez encuentre en Panamá alguna familia que necesite una empleada doméstica.

Le doy un largo trago a mi piña colada. Luego vuelvo a colocarme el auricular en el oído derecho y le subo al máximo el volumen a la canción:

Woo-hoo, witchy woman
See how high she flies
Woo-hoo, witchy woman
She got the moon in her eye

CANCIONES:

(por orden de aparición)

-One of these nights
-Peaceful easy feeling
-I can't tell you why
-How long
-Heartache Tonight
- Take it to the limit
- Please come home for christmas
-Victim of love
-Those shoes
-Ol' '55
-Hotel California
-Witchy woman

AGRADECIMIENTOS

¡Gracias por leer esta novela! Si te ha gustado, no olvides dejar tu reseña en Amazon y/o Goodreads. Es de gran ayuda para la autora.

Otros títulos de Gema Medina: «El Submundo», «A lugares más oscuros»